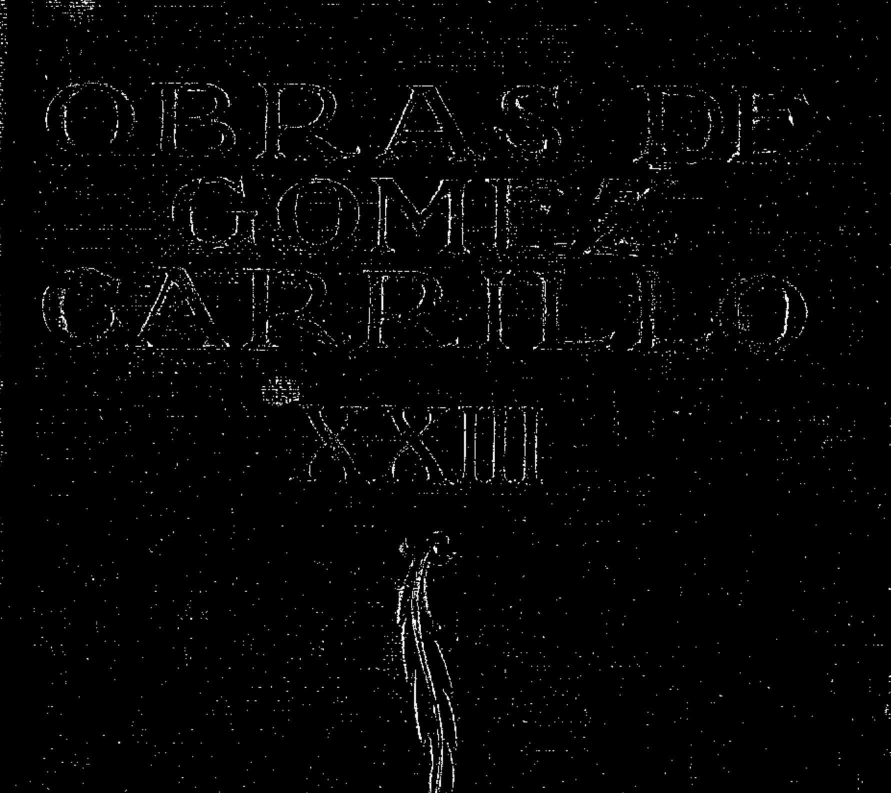

OBRAS DE
GOMEZ
CARRILLO
XXIII

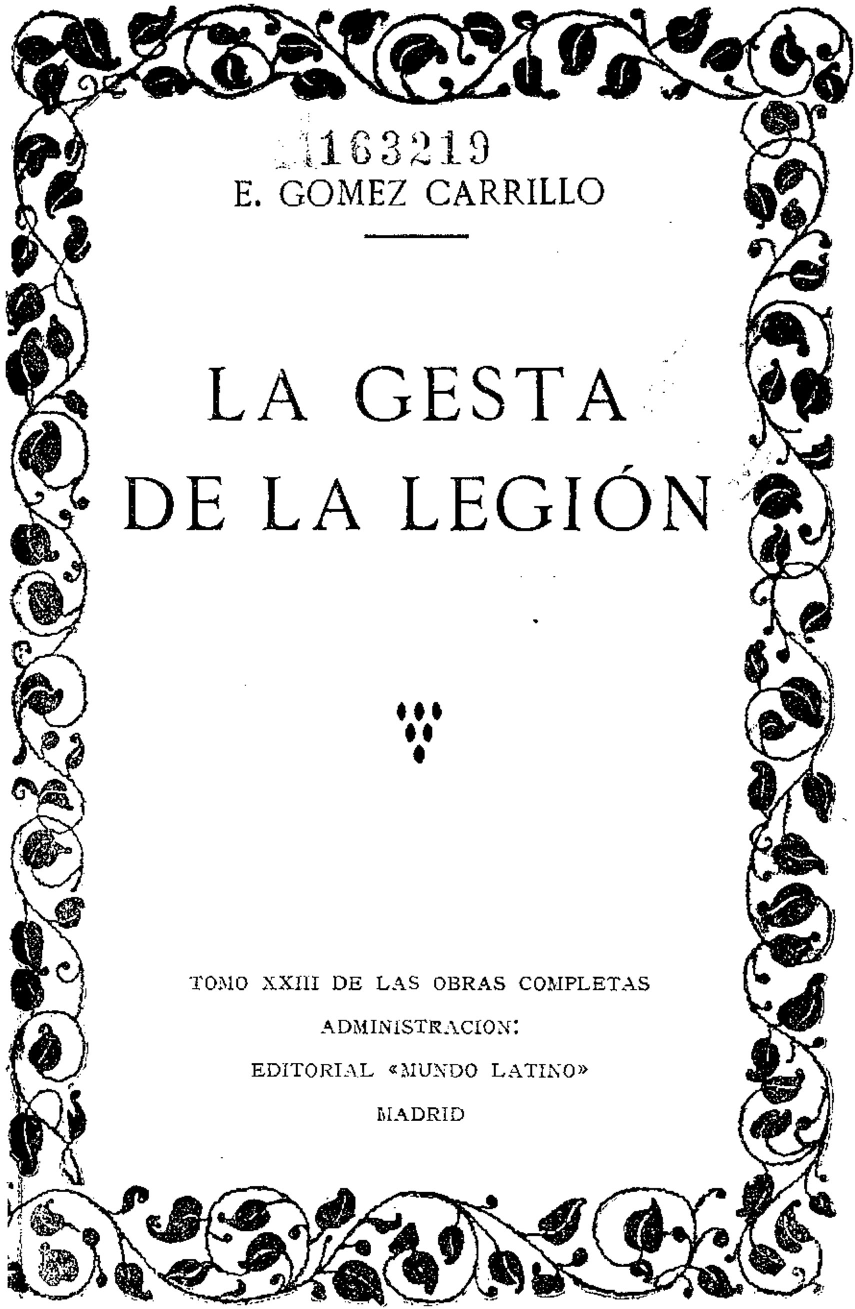
6

12052

12

728310


LA GESTA DE LA LEGIÓN



E. GOMEZ CARRILLO

LA GESTA DE LA LEGIÓN

TOMO XXIII DE LAS OBRAS COMPLETAS

ADMINISTRACION:

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

MADRID

Tipografía Yagües. —Doctor Fourquet, 4.—Madrid.—Teléfono 30-76 M.

DEDICATORIA

A Tomás Romero,

que vivió algunas horas inolvidables

en medio de los héroes de esta gesta,

con un abrazo fraternal de

E. G. C.

Le Lt-Colonel GOT
Commandant le Régiment de Marche
de la Légion Etrangère

Mon cher Monsieur Carrillo

Je suis heureux de la bonne impression que vous avez emportée du Régiment et bien sincèrement je vous remercie pour le réconfort moral que votre présence a apporté à nos braves volontaires espagnols. Bien volontiers j'accepte votre concours, il sera deux fois précieux pour la cause que nous défendons que celui des braves qui généreusement versent leur sang sur le champ de bataille.

Vous trouverez ci-joint le recueil de quelques extraits inédits faits par des volontaires espagnols, elles serviront de base au livre que vous pourrez dire de vos compatriotes qui combattent à nos côtés.

Je vous envoie aussi deux petits récits simples, maladroits que je pourrais intituler :

"Ce n'est rien sergent, c'est pour la France" !

Ce cri stoïque, je l'ai entendu souvent, je l'ai lu souvent. Les sentiments qu'il exprime, dans les jours de blessure ou de mourants que je les considère comme résumant tout l'état d'esprit des

Reginaldo

Avec votre talent, Monsieur Carvalho, après ce que vous avez vu dans votre vie vous pourriez écrire une belle page qui servirait la préface de mon "Livre d'or". Je vous en serais profondément reconnaissant.

J'ai reçu votre bel ouvrage "Parmi les Lusiades", profond et émouvant! Je n'ai pas encore le temps que d'en lire les premières pages et je ne me rappelle qu'avec plaisir toutes les fois que je l'ai ouvert. Il évoque toute cette première partie de la guerre, pendant

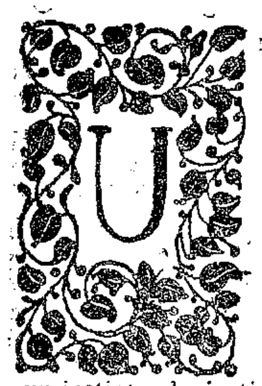
laquelle nous avons eu toute
[illegible] en lui [illegible]
nous avons tant d'affection
il m'oblige à faire un
retour vers le passé et une
[illegible] [illegible] [illegible] [illegible]
profondément [illegible] de
une confiance absolue.
Tous les espoirs dont [illegible]
à l'armée qui a fêté
le rétablissement de la
[illegible].

Avec tous mes
remerciements pour l'intérêt
que vous voulez bien porter
à mon beau Régiment
et à son Chef [illegible]
veuillez agréer, Mon cher
Monsieur Carillo, l'expression
de mes sentiments dévoués

J. [illegible]

LA GESTA DE LA LEGIÓN

I



«Un mundo de enemigos», dice el Káiser, creyendo expresar una idea épica... En realidad no es un mundo, sino el mundo, todo el mundo, el que ha declarado la guerra a Alemania. Y no me refiero a los Gobiernos, entre los cuales los hay aún neutrales por razones de política. Son los pueblos, son las almas, son las razas, son los hombres los que desinteresadamente, llevados por un instinto de justicia, acuden a alistarse bajo las banderas de la libertad. Contemplándolos ahora, reunidos en los campamentos de la Legión Extranjera, me parece imposible contarlos. ¿Cuántas son, en efecto, las naciones que aquí están representadas por los más heroicos de sus hijos? Mejor sería preguntar cuántas son las que no están... De la India, de la China, de más lejos aún, de las islas ignotas, del fondo de los continentes, de todas partes, los voluntarios han corrido hacia las llanuras de Francia para ofrecer su sangre. «Es un espectáculo que hace pensar en las tropas de Amílcar, pintadas por Flau-

bert», escribe un poeta inglés. Es algo superior, más rico en matices espirituales. Sin coturnos de bronce, sin plumas en los cascos, sin pieles de pantera, sin tatuajes de púrpura, la innumerable falange encarna los mil contrastes de la especie humana. Todos los idiomas, todos los tipos, todos los caracteres, todos los ideales se encuentran aquí reunidos.

—Y, sin embargo, jamás se oye una disputa provocada por la diferencia de origen—me dice mi mentor, un gentil teniente venezolano, que ostenta sobre su casaca ocre la cruz de la Legión de Honor.

En la llanura, bajo el sol de otoño, lucen las banderolas de las tiendas de campaña. Hay algo de melancólico y algo de alegre a la vez en esta campiña del Norte, convertida en una Babel guerrera. Mi compañero, que recuerda las alboreadas de oro de su tierra natal, contempla el paisaje en silencio.

— Tres años lleva usted aquí... — le digo.

— Tres años...—murmura.

Yo evoco aquellos días maravillosos de agosto, en los cuales, sin esperar un llamamiento, sin saber siquiera si serían acogidos con solicitud, los extranjeros amontonábanse en la Explanada de los Inválidos, pidiendo, cual el niño griego de Hugo, *de la poudre et des balles*... ¿Quién de ellos hubiérase imaginado entonces lo que iba a ser la tragedia? Con sus instintos de nobles aventureros de la gloria, todos veían confusamente un espectáculo animado, una épica cabalgata, un vasto campo de proezas, y al final, un final cercano, la Victoria... En vez de eso, han tenido la existencia de topos de las trincheras, el lodo y la lluvia de los inviernos, el sol de fuego de los veranos, la pelea en la sombra, la tormenta perpetua de metralla, el esfuerzo tenaz contra un enemigo in-

visible, los largos trabajos de zapa silenciosa, el aburrimiento de los días de espera, lo que constituye la guerra impuesta por la ciencia alemana en fin... No, no era para ellos esa guerra. Sus corazones anhelaban otra cosa. Y, sin embargo, todos han aceptado sin murmurar las duras necesidades de la campaña. Todos, ahora mismo, cuando se les pregunta si querrían abandonar las filas, contestan que no, que esperan siempre la victoria. Porque en el paisaje real, lo único que sigue siendo idéntico al paisaje soñado es la apoteosis de triunfo que brilla, invariable, en el horizonte.

—Si hubiera usted sabido... —le digo a mi teniente.

Sin vacilar me contesta:

—Si hubiera sabido, lo mismo me habría alistado. Ni mis fatigas, ni mis heridas, ni mi nostalgia de ciertas horas, me han hecho nunca arrepentirme.

Luego, con voz más queda, como algo avergonzado de la brava confidencia, agrega:

—Sin duda hay algunos más nerviosos y más impacientes, que, de haber adivinado que no se trataba de tres meses, sino de tres años, de cuatro años, Dios sabe, tal vez de cinco años, no hubieran dejado de vacilar... Pero yo creo que también ésos habrían acabado por decidirse... ¿Qué significa un poco de tiempo menos cuando lo que hemos ofrecido es nuestra vida?... Un soldado debe siempre pensar que cada día es un regalo que le hace la Providencia...

Bien sé que este teniente Sánchez Carrera que me acompaña es un hombre de temple excepcional. Su coronel, al presentármelo, me ha dicho: «Uno de mis mejores oficiales; tan temerario como inteligente.» Y yo he notado que a su arrojo y a su talento une el

carácter más hidalgo que puede soñarse. No quiero, pues, hacer de él el tipo representativo de los voluntarios. Pero él mismo me asegura que cuando me habla de sus compañeros lo hace con absoluta justicia, sin atribuirles virtudes que no tienen.

—En realidad—exclama—, bien puedo pretender que nuestros regimientos están compuestos por hombres que en cada país merecen sobresalir por su energía y su idealismo. Ahora, en cada grupo no hay que buscar sino las cualidades de la raza.

—¿Los españoles, por ejemplo?—le digo.

—Ya verá usted—me contesta—; son más de mil...

—¿Los hispanoamericanos?...

—Son menos numerosos... No es igual... Nosotros venimos de muy lejos, y en general pertenecemos a las clases privilegiadas de nuestras Repúblicas; estudiantes, literatos, oficiales... No hay masa compacta... Somos individuales... La muerte, por desgracia, se ha llevado ya a los mejores... ¿Conoció usted a García Calderón?...

¡José García Calderón!... Sí lo conocí. Lo vi un día, poco antes de la guerra, en casa de su hermano Francisco, y me sentí en el acto atraído por su magnífico ardor juvenil. Atlético de cuerpo y apoplético de entusiasmo, parecía iluminado por una llama ideal de justicia y de amor. Hablando de Arquitectura, de Música, de Poesía, exhalaba un himno perpetuo de lirismo sanguíneo. Era su carne, eran sus nervios, era su ser material entero el que vibraba y gozaba ante las ideas de belleza. Y yo pensaba, viéndolo, oyéndolo, en todo lo que el Nuevo Mundo tenía derecho a esperar de su fogosa actividad.

¡Estaba entonces tan lejos la guerra!

Otro día, mucho más tarde, alguien me dijo:

—Uno de los hermanos de Francisco es soldado francés y se halla en las trincheras.

En el acto adiviné que era aquél. Y pensé de nuevo en la labor heroica que de seguro realizaría; pensé en actos suyos que se me figuraban dignos de ser cantados por un poeta épico; pensé en sus brazos de gigante, en su torso de luchador antiguo, en sus ojos de fuego, en su alma de llama.

En lo único que no pensé fué en la posibilidad de su muerte. Y es que había tal abundancia de vida, tal energía física, tal fuerza espiritual en aquel soñador de sueños maravillosos, que no era posible asociar su imagen, aun colocándola en una tormenta de metralla, a la pálida imagen del no ser. Como Laberdesque, que también fué un americano al servicio de Francia, hubiera podido decir: «Las balas son demasiado pequeñas para inspirarme miedo.» Y lo cierto es que no ha sido una bala la que lo ha matado. Con su estatura gigantesca, ha sucumbido como un gigante mitológico en una catástrofe que tiene algo de mito.

Después de pelear durante más de un año con su fusil, García Calderón encontró que las trincheras eran estrechas para su torso, y quiso cambiar de elemento. El espacio, el vasto espacio azul que las alas de la ciencia han conquistado, sedujo su imaginación.

—Escoja usted entre el aeroplano y los *drachen* —exclamó su general, cuando le oyó expresar sus deseos dedaleanos.

El aeroplano, con su independencia brillante, con su prestigio de ave de presa, con sus embriagueces de vértigo, lo atrajo un instante; pero luego, calculando mejor, comprendió que el verdadero peligro hallábase en los *drachen*, y se decidió por ellos.

¿Sabéis lo que es uno de esos monstruos que el peludo francés llama «salchichas» y que aparecen en el cielo del campo de batalla como enormes paquetes informes? La primera vez que uno los ve no puede menos de reírse de su fealdad. Tienen algo de la pesadez del cetáceo. Son oscuros. Son grotescos. Pero cuando se piensa en los hombres que viven en sus vientres, se siente el escalofrío de la tragedia. Atados a un cable, elévanse a 1.500 metros y permanecen en el espacio, sobre las líneas avanzadas, para servir de observatorios aéreos durante días enteros. La artillería enemiga los bombardea sin cesar. Los aviones de caza los buscan con empeño para lanzarles flechas incendiarias. El viento los sacude, aun en los instantes en que menos se nota la agitación atmosférica, cual si fueran naves desamparadas. Y cuando un soplo recio se desencadena, no existe cuerda que sea bastante sólida para sujetarlos. «No hay semana—dicen los cronistas de la guerra—en que dejemos de perder un *drachen*.» El observador tiene entonces que escoger entre el peligro de ser prisionero y la esperanza de salvarse dejándose caer. En cada «salchicha» hay un paracaídas. «Pero—observa Federico Masson—ese paracaídas puede abrirse o no abrirse.»

El de nuestro amigo, ¡ay!, no se abrió.

Muerte horrible, pensamos todos, al imaginarnos la espantosa *dégringolade* en el aire, el lamentable estrellamiento en el suelo... Muerte horrible, sí... Y no obstante, hay en ella una belleza mitológica. ¡Esos mártires! Libres de las redes de acero del aparato, desplómanse cual si el rayo los hubiese herido en medio de una nube; y cuando llegan al suelo, ya sin sentido, no es más que el cuerpo el que soporta

el choque. El alma se queda en el aire, y se eleva, y se pierde en el azul...

El recuerdo de este héroe ha hecho pasar una nube de melancolía por nuestras almas. Como todos los hombres de guerra, el teniente Carrera, que desprecia su propia vida, no puede pensar en la muerte de un amigo sin sentirse emocionado. Pero en esta atmósfera las impresiones penosas duran poco. Y además, no hay que olvidarlo nunca, la más grande coquetería del legionario es la alegría, el buen humor, la fresca *insouciance*. Una música que pasa tocando un aire exótico basta para que mi buen mentor sonría, diciéndome:

—Aquí no perdemos ocasión de divertirnos... Venga usted a ver a los polacos, que celebran no sé qué fiesta legendaria.

En el camino comienza a contarme recuerdos de guerra, en lenguaje pintoresco, que yo trataré de reproducir al pie de la letra.

—En 1915, antes de la batalla de Champagne—me dice—, nos encontrábamos en los Vosgos, acantonados en un grupo de pueblos vecinos de Belfort. Hasta entonces habíamos estado casi siempre, durante los primeros meses de guerra, en las trincheras, y sólo en el mes de julio fuimos trasladados a aquella hermosa comarca, para gozar allí de un largo descanso. Dos meses de los más agradables que pueden soñarse en campaña, y sobre todo en un país tan delicioso, transcurrieron allí en reposo absoluto. Nuestras marchas militares por las montañas del Ballon de Alsacia y del Ballon de Servence eran la delicia de nuestros legionarios, porque en verdad no hay panoramas más bellos que los de aquellos valles cuando se les contempla desde lo alto de las monta-

ñas. El sol de julio había secado la hierba y madurado el trigo. La tierra se veía abajo como cubierta por enorme manto de oro. Allá a lo lejos se divisaba Mulhouse, la gentil capital alsaciana, donde los rayos del hermoso sol doraban los techos de la ciudad. No tenían, pues, más preocupaciones los legionarios que la de «la permisión» y la del ejercicio cotidiano de perfeccionamiento de la instrucción militar. Pero esta agradable vida llegó a aburrirlos; la encontraban demasiado prolongada, sobre todo los legionarios del segundo regimiento extranjero, que, celosos de sus camaradas del primero, deseaban una ocasión de distinguirse. El mismo año, en efecto, los legionarios del primer regimiento habían agregado a su larga lista de hechos de armas una página más de gloria en el frente de Arras, bajo el mando del valeroso coronel Cot. ¿No recuerda usted aquella batalla? Fué la del 9 de mayo. En un solo día rompimos la muralla de las líneas alemanas en más de seis kilómetros de profundidad, poniendo al enemigo en la más completa derrota y arrancando de aquel campo el renombre y la gloria de una victoria sin precedentes, que causó la admiración de todos. Ahí conquistó dicho primer regimiento extranjero su primera citación a la orden del día del ejército. Razón tenían, pues, los legionarios del segundo extranjero en afanarse por la gloria de su regimiento, sedientos de lucha y de honor, y deseosos de arrancar del campo de batalla tantos laureles gloriosos como sus camaradas de Arras.

—¿El 9 de mayo fué cuando usted ganó su cruz de Guerra?—le pregunto.

—Sí—me dice.

El teniente Sánchez Carrera continúa en estos términos exactos su interesante relato:

—Durante los dos meses de deliciosa temporada en aquellas hermosas regiones de los Vosgos, hicimos un paseo por el frente de Alsacia, admirando con entusiasmo la tierra conquistada por el esfuerzo patriótico de las tropas francesas. Un día, el 14 de septiembre, llegó a nuestro campamento la orden de partida. Esta orden tan esperada, que iba al fin a satisfacer los deseos de todos, fué recibida en los campamentos de la Legión con calurosas demostraciones de satisfacción. Pero nos preguntábamos: ¿Adónde vamos? ¿Qué dirección vamos a tomar?... Todo el mundo debía estar listo a una hora fija de la noche del 14. Esto era lo único que sabíamos, y nada más... De los Vosgos fuimos, pues, dirigidos hacia las llanuras de Champagne para ocupar nuestro sector de retaguardia, ocho días antes de la batalla del 25. Los regimientos de la Legión acampaban en formaciones contiguas, en un áspero bosque protegido por un declive del terreno que separaba las líneas de nuestro campamento de Souain, distante de seis a ocho kilómetros. Estábamos, por supuesto, al abrigo de las

miradas indiscretas de las tropas enemigas. El bosque, formando un ángulo recto por el Norte, limitaba un claro que medía aproximadamente cien metros cuadrados; ese espacio, favorecido además por el declive ya indicado, se cubría más al Norte por una cortina de árboles que, como un telón de teatro, ocultaba felizmente nuestros movimientos. Ninguna ocasión tan oportuna cual aquélla había tenido hasta entonces de admirar la fuerza de acción y la grandeza de carácter, no solamente de los legionarios, sino de todos los nobles soldados de Francia, que tantas veces han sorprendido al mundo con su heroísmo. Como un solo hombre, animados solamente por el sagrado ardor del patriotismo, se les veía solícitos y abnegados en los diferentes trabajos de preparación del ataque, sin otra ocupación que la de salvar, a costa de todo sacrificio, el honor de su sagrada patria, y con el pensamiento siempre fijo en la lucha y la esperanza de la victoria. Así pasamos, pues, en permanente actividad los ocho últimos días que precedieron a la batalla. La preparación del ataque era urgentísima. La más grande animación acompañaba siempre el trabajo y las fatigas de nuestros legionarios, quienes llenaban de alegría el campamento con sus cánticos de guerra, sus discursos inflamados, en los que hacían resaltar la imagen épica de nuestros ilustres emperadores o de heroicos libertadores de otros pueblos y de otros tiempos. ¡Qué días tan hermosos aquéllos y qué bellas las horas que nos acercaban a la gloriosa lucha! ¿No son ésos, acaso, los momentos más felices que pueda vivir un soldado? Jamás se ha visto unión tan fraternal entre los seres humanos como la que reina en los campamentos la víspera de supremos sacrificios. Digo sacrificios, porque un

campo de batalla en los tiempos modernos es como un inmenso mar donde existen todas las tempestades de los siglos y todos los volcanes de la tierra, y en cuya superficie flotan las más horrorosas miserias; pero ni sus volcanes arrojando fuego, ni su lluvia de centellas, ni su granizo de acero detienen al hombre que quiere atravesar ese mar infernal. ¿Por qué? Porque en medio de tantos y de tan eminentes peligros, el hombre, en su traje de soldado, contempla durante algunos segundos aquel infierno donde la muerte tiende sus brazos por doquiera para estrangularlo con horror y sin piedad, y con una sonrisa trágica se burla del terror en ese mismo momento en que los más nobles impulsos de su corazón y los sentimientos del más sagrado deber lo transforman en un ser invencible, que compara lo pequeño de su vida con la grandeza del honor y de la gloria que le esperan más allá..., en la otra orilla...

A medida que nos acercamos al campamento de los polacos, la llanura se anima y se alegra. Los vuelos de las banderas mézclanse en el aire con el clamor de las voces y de las trompetas. Viniendo, como venimos, del cuartel de los marroquíes, nos figuramos haber recorrido la mitad del mundo: de tal modo el contraste es notable entre aquellos caballeros friolentos que esconden sus rostros de bronce en los pliegues de sus albornoces, y estos gigantes rubios, de ojos de porcelana, que nos reciben sonriendo.

—¡Viva la Polonia libre!—grita mi compañero al penetrar en la inmensa barraca del festín.

—¡Vivaaa!—contestan cien voces.

Y de pronto elévase entre los acordes de una música grave una voz armoniosa que entona el himno nacional:

El teutón, el moscovita no permanecerán ahí,
si sacamos nuestro sable,
y si nuestra divisa es:
concordia y patria.
¡Marcha, marcha, Dombrowski!...
Basta de esclavitud;
ya tenemos las armas de Raclawice.
Dios nos dará Kosciusco.
¡Marcha. marcha, Dombrowski!...

Cuando el canto termina, un grupo de oficiales nos invita a tomar asiento alrededor de una mesa llena de botellas y de copas. Hay un teniente que ha vivido en Buenos Aires... Hay otro que ha visitado Madrid, Sevilla, Toledo, y que brinda por la gloria de Goya... Hay un sargento que me conoció en el Barrio Latino hace veinte años... Hay un médico que sabe de memoria los anales de la Legión y que ofrece demostrarme que en gran parte D. Alfonso XIII le debe su trono a los voluntarios.

—Recuerde usted la historia de la primera guerra carlista—me dice—. Si entonces Luis Felipe de Francia no hubiera prestado la Legión a la reina Isabel, quizás D. Carlos habría triunfado... Yo soy descendiente de los héroes que regaron con su sangre el suelo español... Entre mis papeles tengo, aquí mismo, las memorias del gran Dombrowski... Si le interesa a usted ese episodio de los fastos de nuestros regimientos, antes de marcharse le daré ese libro, que es muy raro...

—Y yo se lo devolveré a usted cuando venga, después de la victoria, a almorzar conmigo—le contesto.

—Sí, en París, o en Madrid, o en Buenos Aires... Yo soy un cristiano errante, lo mismo que usted...

—¡Lo pequeño que es el mundo!—exclama otro.

Y en el acto la intimidad se establece, como es na-

tural entre «viejos amigos»... Porque en la Legión la amistad es cosa instantánea, que se ata con el más ligero lazo y que en seguida toma formas familiares y obsequiosas.

—Un cigarrillo—dice uno.

—No—dice otro—, no... Una pipa... Aquí hay que fumar en pipa...

Poco a poco voy dándome cuenta de que me encuentro entre literatos y artistas. Bajo la corteza militar de las maneras adquiridas en tres años de guerra, descubro en mis polacos la gracia curiosa y felina de una raza extraordinariamente refinada. El oficial que ha estado en España es un pintor conocido, admirado, que dejó sus pinceles luminosos en Granada el día de la movilización europea, para venir a ofrecer su sangre a la Francia libertadora. En la batalla de Carency una bala le atravesó la mano derecha, y durante varios meses creyó que no podría volver a pintar. Ahora, curado por milagro, asegura que su herida le ha dado una sensibilidad tal en los dedos, que puede dibujar hasta en la oscuridad. El médico, que habla español, no es médico sino porque su familia le obligó a estudiar Medicina. Su verdadero oficio es hacer versos. Y los hace en polaco en francés, en italiano, en ruso, en alemán.

—¿Y en castellano?—le pregunto.

—Todavía no—me contesta.

Oyéndole pronunciar nuestra lengua casi sin acento, me figuro que la ha estudiado a fondo y que ha vivido en nuestros países largo tiempo. Pero él se ríe cuando se lo digo.

—El español—exclama abriendo sus grandes ojos claros—me lo ha enseñado mi asistente en estos últimos meses... Mi asistente es mejicano...

Luego me da una receta para aprender cualquier idioma en unas cuantas semanas. No hay nada más fácil ni más seguro, según él. Basta buscar a un hombre que no sabe una palabra de ningún idioma extranjero y tener necesidad de entenderse con él.

—Vamos a ver—murmura—, si usted estuviera enamorado de una inglesa que no supiera más que inglés y que consintiera en irse a vivir con usted, ¿dejaría usted de entenderse con ella?... Al cabo de un mes sabría usted la lengua de Shakespeare tan bien como Romeo...

Otro oficial mueve la cabeza negativamente y sonríe con melancolía, diciéndome:

—No le haga usted caso... Es un loco...

Hay algo de infantil, algo de exquisitamente pueril, en la alegría de estos hombres a quienes el vino les comunica una animación inocente y ruidosa. Con algunas botellas más, y en un lugar cercano de las líneas de combate, es seguro que nuestra reunión haría pensar en aquellas asambleas tragicómicas en las cuales los guerreros de Sienkiewicz confundían lo sublime y lo grotesco en charlas salpicadas de citas latinas y de anécdotas escabrosas.

Pero en la Legión la sobriedad relativa es de rigor. Nada de aguardiente, nada de licores, nada más que vino. Y para cerebros como los de estos hombres del Norte, acostumbrados a resistir las más rudas *vodkas*, el burdeos ligero de las cantinas francesas es algo así como un refresco de familia.

En una de las paredes de la barraca, un cartel inmenso, escrito en grandes unciales verdes sobre fondo rojo, llama mi atención. Es una proclama que reza: «¡Venid, polacos! Tratemos de vencer a los enemigos de Francia, que combate por la causa de

las naciones. Esperemos mejores destinos para nuestra patria luchando bajo las banderas francesas, que son las señeras del honor y de la victoria. Venid, compañeros; los trofeos de la República nos prometen justas venganzas. Gracias a Francia y a sus aliados volveremos a ver nuestros hogares, que abandonamos llorando.» El médico, que me ve leer esta proclama, me dice:

—Es la de 1796...

Y notando que no comprendo, me recuerda la epopeya de la Legión de Dombrowski, que en tiempo del Directorio peleó heroicamente en Terracina, en Trebbia, en Mantua. ¡Ah, el magnífico recuerdo!... Evocándolo, estos artistas que resucitan el alma aventurera de Kniaziewicz, tórnanse graves y olvidan sus poemas, sus cuadros, sus teatros, para no pensar sino en la patria. «La independencia—decían los hombres de hace un siglo en Varsovia—nos la traerán nuestros hijos ausentes.» Hoy la misma ilusión anima al mismo pueblo. Hoy cada uno de los polacos que lucha en Francia se siente capaz de renovar las hazañas épicas de Somosierra y de Magliario, sólo para demostrar a los que aún gimen bajo el yugo extranjero que el corazón de la vieja Polonia es siempre digno de que el mundo lo admire.

De pronto, como para acompañar nuestros íntimos pensamientos, la música lanza de nuevo sus clamores austeros, y de los pechos salen las mismas voces:

La Polonia no ha muerto aún,
puesto que nosotros vivimos;
lo que la fuerza extranjera nos ha robado,
lo reconquistaremos con el sable.
¡Marcha, marcha, Dombrowski!...

Después de oír cantar todo el himno, nos encaminamos hacia la «cabaña», en la cual nos espera el general de la División para almorzar. Dos polacos han insistido de tal manera en «escoltarnos», que hemos tenido necesidad de dejarnos acompañar por ellos. Los cantos nacionales, los vinos generosos, las charlas ardientes, han animado sus almas de patriotas y de guerreros.

—¡Muera Alemania!—grita uno de ellos.

Mi mentor, sonriendo, le pregunta:

—¿Y los rusos?...

—¡También, mueran los rusos!—le contesta.

Pero en seguida, obligándonos a detenernos para oír su discurso, nos dice:

—Entre nosotros, cada uno tiene su odio especial... Nosotros somos del ducado de Posen... Casi todos los voluntarios que luchan en la Legión son de Posen... Nuestros verdugos son los prusianos... Al principio de la guerra éramos unos dos mil... La mitad han muerto con el orgullo de haber plantado nuestra bandera en las trincheras enemigas... ¡Ah!... Ustedes no pueden comprender ese orgullo... Hay que haber nacido en la esclavitud... Cuando en 1914, en los primeros días de la pelea, nuestro compañero Ladislao Szuyski sucumbió con el estandarte polaco entre las manos crispadas, todos envidiamos su sacrificio... El 9 de mayo de 1915 nuestra compañía se ofreció voluntariamente para conducir el ataque de Arras, con tal que le permitieran llevar nuestra bandera desplegada... ¡Ah!... ¡Ah! Nuestro capitán murió... Todos nuestros oficiales murieron... La mitad de nuestros soldados murieron... No importa... Nuestros colores flotaron en las posiciones que arrebatamos al enemigo...

Hay algo de fiebre, algo de alucinación en la actitud de este hombre que nos habla sin hacer un gesto, cual un autómata, abriendo mucho los ojos claros...

Al llegar al límite del campamento polaco, los dos voluntarios rubios nos estrechan las manos y regresan hacia la barraca, donde sus camaradas continúan bebiendo. Durante algunos instantes sus voces nos acompañan con los acentos del himno:

Con nuestros sables la conquistaremos.
¡Marcha, marcha, Dombrowski!...

III

El aire tibio de esta mañana brumosa y húmeda nos acaricia suavemente las sienes. Hay algo de fantástico en la inmensa llanura cubierta de tiendas grises, sonora de músicas lejanas, pululante de cortejos extraños. Montados en potros ligeros, unos cuantos jinetes africanos pasan al galope, haciendo flotar sus albornoces rojos. En una encrucijada, un centenar de griegos rodea a un vendedor ambulante. De vez en cuando un oficial se acerca a mi compañero y le habla al oído, preguntándole, sin duda, quién es el paisano que va con él.

—No ha acabado usted de contarme sus recuerdos —digo a Sánchez Carrero...

—Si quisiera hacer el relato de todas nuestras batallas—me contesta—, no acabaría en tres días...

—Puesto que no tenemos prisa...

—Es cierto...

Y reanudando el hilo de su interesante narración, mi amigo prosigue literalmente de esta manera:

«—El 24 de septiembre de 1915, víspera de la gran batalla, el coronel Cot ordenó reposo absoluto para todo el mundo, lo cual dió lugar a que cada uno se preparase como para asistir a una fiesta nacional al

siguiente día. Desde por la mañana los legionarios se apresuraron cuidadosamente a tomar todas las disposiciones de su aseo corporal, pues el legionario es limpio por excelencia y no descuida jamás su *toilette:* ésta es una condición innata del verdadero soldado. Después del concierto organizado en la tarde por nuestras bandas, nuestro coronel se dirigió al campamento de cada batallón y dió lectura a la magnífica orden del día del generalísimo Joffre. El coronel, rodeado de todos sus legionarios, transmitióles, con su voz enérgica y clara, que caracteriza la bondad e inteligencia del oficial francés cuando habla a sus subordinados, aquella admirable alocución del jefe supremo, a la cual agregó algunos ejemplos de valor y de abnegación del glorioso pasado de la Legión Extranjera. Los legionarios escucharon aquellas palabras con la devoción más pura. El entusiasmo hizo brotar de nuestros ojos una lágrima. Todos los corazones latían unísonamente y un solo deseo ardía en ellos: el de la batalla y el de la victoria. Imposible olvidar aquella tarde. Los preparativos de partida se podían apreciar en los más mínimos detalles que se toman al emprender un viaje largo, muy largo, eterno para muchos... Antes de la cena cada capitán reunió su compañía y la arengó paternalmente, dándole prudentes consejos sobre las diferentes maneras de conducirse en el ataque de trincheras, combate que cambia cada día de forma y de táctica. Yo no quería perder ningún detalle, porque todos me interesaban a cuál más. Asistí a la enérgica y patriótica conferencia que el impetuoso capitán Dubech hizo a nuestra compañía. Su discurso fué acogido con las más vivas demostraciones de simpatía por parte de sus subordinados, que se sentían orgullosos de ad-

mirar en su capitán las cualidades del jefe y la modestia del soldado.

»El sol aquella tarde se acostó como un rey en la púrpura y el oro; su descenso en el ocaso fué parecido a una apoteosis; y cuando hubo desaparecido, una brisa dulce se deslizó sobre la llanura. En el bosque la canción del follaje vibró más armoniosa. Embriagados por la esperanza del triunfo, nuestros legionarios respiraban con delicia la frescura vespertina. La noche llegó al fin, lentamente. Una gran frescura descendía del cielo. Una orden del mayor del campamento impuso silencio en todas las tiendas del bosque. Todo el mundo debía acostarse para dormir hasta la hora de la partida. El bombardeo era cada vez más intenso, pues las baterías francesas rivalizaban en la rapidez del tiro para obtener mejor resultado en la destrucción de las fortificaciones enemigas.

»A media noche, hora fijada para el *receveil*, todo el mundo se puso de pie. Las cocinas rodantes de las compañías distribuyeron en seguida la sopa y el café, que los legionarios devoraron con el mejor apetito antes de emprender la marcha. Media hora más tarde se veían en la sombra las masas densas de los batallones formados en columnas dobles a lo largo de la orilla del bosque. Los cabos y sargentos pasaban, en voz baja, una última revista a sus escuadras, mientras los oficiales se aseguraban del orden de sus secciones. ¡Todo estaba en orden! Un silencio absoluto reinaba en las filas. Las brasas de las pipas y de los cigarrillos brillaban como luciérnegas, saltando entre la oscuridad. A las doce y veinticinco la columna se puso en movimiento, deslizándose por pequeños grupos por el sendero de la gran llanura que debía

conducirnos a las trincheras. El camino no era sino de seis kilómetros, más o menos; pero la oscuridad de la noche y las dificultades del avance hacían muy lenta y fatigosa la marcha. Al fin llegamos a la entrada de los grandes *boyaux*, vías de comunicación preparadas con anticipación para la circulación de los regimientos y del aprovisionamiento. La entrada de los *boyaux* comenzaba a lo largo de un bosque de pinos. La marcha en los *boyaux* se hizo más lenta. A medida que avanzábamos, el estruendo del 75 francés hería nuestros oídos y nos producía la impresión de una banda de demonios lanzando horribles alaridos y enviando a nuestros enemigos ráfagas infernales. Si interiormente los oficiales estábamos preocupados, los soldados estaban muy tranquilos, y sus chistes y reflexiones tenían el acento de los días más apacibles. La luz de los fuegos artificiales iluminaba de vez en cuando nuestro camino. Los obuses de los alemanes pasaban sobre nuestras cabezas, rozando los pinos, cuyas ramas, destrozadas por las explosiones, se desprendían de sus troncos mutilados y regaban con sus hojas verdes el camino que nos conducía hacia la lucha y hacia la victoria. Al alba, la cabeza de la columna había llegado ya al puesto que debíamos ocupar. ¡Qué espectáculo tan hermoso se presentaba a nuestra vista! ¡No hay nada más imponente ni nada más maravilloso! El bombardeo, como la hora del ataque se aproximaba, era cada vez más violento. Los grandes obuses franceses sacudían la tierra desesperadamente; sus formidables explosiones sobre las líneas enemigas levantaban inmensas pirámides negruzcas, cargadas de fuego y de restos humanos. Los legionarios admiraban aquel cuadro con la mayor tranquilidad del mundo, sin preocupar-

se de la tragedia que iba a comenzar, y de la cual ellos eran los principales actores.

»A las ocho y media fuimos prevenidos de que la hora del asalto estaba fijada por el general para las nueve y cuarto. Las últimas disposiciones llenaron de regocijo a los legionarios, que ardían en deseo de desplegarse en batalla fuera de las trincheras. La emoción crecía por instantes en las líneas, y cada cual miraba con insistencia su reloj. De repente nuestros cañones se callaron, y aquel silencio brusco nos pareció espantoso... ¡La hora había llegado y la tempestad se desencadenaba! ¡El gran choque comenzaba! ¡Qué música tan rara y tan hermosa la de aquellos terribles instrumentos de guerra!

»El huracán más furioso desencadenóse. «¡Adelante!» Y como una ola, nuestras tropas lanzáronse a la conquista de las posiciones enemigas. Los que no habían nunca visto el fuego gritaban nerviosos: «¡Viva Francia! ¡Muera Alemania!»... Los que ya conocían esos trances trágicos avanzaban tranquilos por las faldas de la colina que se trataba de conquistar. Al fin llegamos a las trincheras enemigas, y en una lucha cuerpo a cuerpo, en una pelea feroz e implacable, desalojamos a los *boches*, que las creían invulnerables: de tal modo las tenían fortificadas. Los gritos de victoria comenzaron a sonar, y su eco, que se transmitía en las filas, llegaba pronto hasta las tropas francesas. Capturamos ametralladoras y prisioneros. Los vivas frenéticos aumentaban. Aquella emoción infinita hizo brotar en nuestros ojos algunas lágrimas. Nuestros corazones palpitaban llenos de alegría. Desde que la primera ola salió, el movimiento fué uniforme. Todo el resto de la Legión avanzaba a medida que las primeras olas progresaban. De pronto

la artillería enemiga comenzó a sumergirnos bajo un torrente de proyectiles. Los gritos desgarradores repercutieron en la trinchera y *boyaux* de acceso. Los brazos arrancados volaron ante nuestros ojos. Las cabezas rodaron a nuestros pies. Hombres con el cuerpo abierto, desesperados, espantados o pasmados; sus vestidos hechos jirones sangrientos... ¡Espectáculo terrible! ¡Visión de espanto! Pero esa horrible escena, lejos de desmoralizar a nuestros legionarios, aumentó su coraje e hizo nacer en sus corazones, en aquel momento trágico, el deseo de vengar a sus compañeros. Un capitán, cuyo nombre es muy popular en el regimiento por sus hechos heroicos y su indomable energía, se encontraba a la cabeza de su compañía en el ala derecha de la paralela. Sin esperar órdenes, mandó a su compañía que pusiera bayoneta al fusil, e hizo un gesto para que se aprestase. Todos los oficiales de la izquierda, guiados por el mismo pensamiento, imitaron aquel gesto, que en seguida comunicaron a sus hombres, gritándoles: «*Allons pour la France! En avant la Legion!*» Los legionarios lanzaron un grito frenético, y saltaron el parapeto, y se lanzaron furiosamente, siguiendo a sus jefes, sobre las segundas trincheras alemanas. En estos momentos el telón de las ametralladoras enemigas, escondidas en los abrigos blindados, se levantó completamente; las explosiones de los *shrapnells* se multiplicaron para cerrarnos el paso. Los alambrados estaban como pulverizados, gracias a nuestra preparación de Artillería, y dimos un salto magnífico, atravesando los sesenta u ochenta metros que nos separaban de la trinchera *boche*. En varios puntos los alemanes, llenos de terror, habían dejado pasar, ocultos en sus cuevas, a las dos primeras olas,

cuya misión consistía en avanzar sin ocuparse de las defensas subterráneas, de modo que, cuando los legionarios llegaron, una lucha cuerpo a cuerpo se entabló en las entradas de las cuevas y de los *boyaux* de acceso. Sólo quedaba en pie un puñado de los nuestros, cuyo jefe, un teniente, yacía por tierra gravemente herido, pero pudiendo todavía desde allí animar a sus valientes soldados y dirigirlos en aquella lucha épica. Aquel rincón fortificado de la trinchera fué conquistado completamente; 130 prisioneros fueron reunidos sobre el terreno por seis legionarios vencedores. Luchando así, la Legión pasó aquel primer día de batalla de trinchera en trinchera. Hechos como éste se repitieron durante todo el día 25, y luego, en los siguientes días, se multiplicaron con grandes sacrificios, pero con más gloria. ¡Oh, cuántos héroes hay aquí que viven ocultos en la sombra! Los actos de heroísmo, de bravura ejemplar y de abnegación infinita que nadie conoce nunca, son los más numerosos en esta guerra. Sólo el que pelea entre ellos sabe distinguir sus magníficos resplandores de heroísmo. En el momento de nuestra progresión, en la mañana del 25, un cabo, avanzando al lado de su sargento, cayó herido de muerte al llegar al parapeto de la trinchera enemiga. Como había algunos alambrados que nos impedían el paso, el sargento creyó que su camarada había quedado ahí enredado, y se detuvo un instante para levantarlo; pero el cabo, moribundo, le dijo: «¡Es inútil, mi sargento; déjeme y avance usted; yo muero feliz por Francia.» Y exhalando un suspiro, gritó a sus compañeros que pasaban: «¡Adelante, hermanos; adelante!» Otro de los nuestros fué enterrado por un obús al saltar el parapeto. Imposible de desenterrarlo, sus camaradas con-

tinuaban avanzando. Habían andado algunos pasos, cuando un segundo obús cayó en el mismo punto que el precedente, y revolviendo la tierra, sacó fuera de su tumba al pobre peludo, que, levantándose medio aturdido, se lanzó al encuentro de sus camaradas, gritando: «¡Adelante; *nous le avors, vive la France!*» Al valor del legionario hay que agregar su tenacidad y su energía. Los que tenemos ocasión de admirarlos de cerca nos quedamos no menos sorprendidos de ver que muchos rechazan el derecho de dejar el campo de batalla cuando están heridos, y chorreando sangre, continúan la lucha con más ardor. Así combatió la Legión durante aquellos días de batalla, soportando multitud de privaciones y todos los rigores de la guerra de trincheras.»

El teniente Sánchez Carrera me ha hecho este relato, que reproduzco sin cambiarle una palabra, con una objetividad, casi puede decirse con una indiferencia tal, que si yo no supiera la parte que él tomó en las batallas de la Legión, me figuraría que me repite lo que ha leído en algún libro.

—¿Y usted?—le pregunto sonriendo—. ¿Dónde estaba durante aquella lucha?...

Sonriendo también, me contesta:

—A la cabeza de mis hombres..., como todos los oficiales...

Luego, para evitar que le obligue a hablar de sus propias proezas, exclama:

—¡Eh!... No olvide usted que nos espera el general para almorzar... Apresuremos el paso...

IV

Un general, un coronel, un comandante, tres capitanes... Mi compañero, algo turbado ante tanto galón, se detiene en el umbral de la estancia que sirve de *salle à manger* al Estado Mayor de la división marroquí.

—¡Adelante!—dice una voz afable.

Las diestras se tienden afectuosas; las presentaciones se hacen en tono familiar; las preguntas curiosas comienzan. Es el general el que presenta. Para cada uno de sus oficiales escoge una frase expresiva que define lapidariamente un carácter y una carrera. Nada de palabras solemnes. Tratándose, como se trata, de una falange de héroes, ni necesidad siquiera tiene de pronunciar este vocablo.

—Un bravo con más heridas que pelos—dice, poniéndose frente a un capitán algo calvo...

—Éste—exclama ante el comandante—nos ha salvado la vida en dos circunstancias...

Luego, cogiendo por el brazo al coronel, murmura:

—El bravo de los bravos... Vea usted sus cruces... No hay dos como él en el ejército... Es el as...

Y mirando, con una sonrisa fraternal en las pupilas, a su compañero de épicas aventuras, le dice:

—No se ponga usted colorado...

En realidad, no es éste el único que se ruboriza al oír su propio elogio. Todos, cuando les llega su turno, bajan la vista y sienten una ligera oleada roja subir a sus rostros tostados.

—Lo que el general no puede decir—asegura al fin uno de los capitanes—es que quien merece todos esos elogios...

—¡Eh!... ¡Eh!...—interrumpe el gran jefe—. Nada de flores, hijo mío...; nada de flores para mí... Yo soy un buen papá y nada más...

Su faz risueña se ruboriza también... Y para cambiar el curso de la charla me ofrece una silla a su derecha y me promete una comida opípara, aderezada por un antiguo cocinero del sultán de Marruecos, que de seguro es algo brujo, puesto que con los pocos elementos de que dispone hace platos dignos de *Las mil y una noches*.

La estancia es amplia, y por su ventana, que da a un jardincillo poblado de rosales, entran las ramas de un laurel. En un ángulo, un harmonio de forma arcaica enseña sus teclas amarillentas. Las paredes están cubiertas de imágenes devotas. Entre dos búcaros llenos de flores artificiales, una lámpara de plata arde a los pies de una madona vestida de azul. Sobre cada uno de los cromos que reproducen Santas Familias de Rafael, Asunciones de Murillo o mártires de Ribera, hay una palma atada con una cinta negra. En una rinconera, seis o siete devocionarios ostentan sus lomos cubiertos de letras y de cruces de oro.

Uno de los capitanes, que nota mi sorpresa ante tanta santidad, me dice:

—Ésta es la casa del cura.

—¿Y el cura?—le pregunto.

—Al pie de ese laurel..., en el jardín...

En seguida, advirtiendo que no comprendo, me cuenta la eterna historia del eterno sacrificio inútil, la historia que se repite en tantas aldeas de Flandes y de Champaña... Al ocupar el pueblo, hace tres años, los prusianos impusieron a los habitantes una contribución de guerra que el alcalde y el párroco declararon excesiva. Al cabo de tres días, viendo que los aldeanos se negaban a sacar sus economías, el jefe de la Komandantur hizo fusilar al cura, acusado de oponerse a las órdenes del invasor...

—No hay que hablar de cosas lúgubres—dice el coronel—; hay que comer y beber. La primera copa, que sea a la salud del teniente Sánchez Carrero, de quien no quiero decir muchas cosas para no ofender su modestia...

El oficial venezolano no puede ocultar su emoción, y murmura un «*Merçi, mon colonel*», en voz baja, como si pidiera por favor que no se acordase nadie de su presencia. Pero el coronel, que tiene empeño en atormentarlo, nos hace el elogio de su valor frío, de su arrojo impasible, de su inteligencia extraordinaria en los momentos más difíciles...

—¿Se acuerda usted—le pregunta—del día en que usted solo, con una ametralladora, defendió el puente?... Aquel día usted salvó a su compañía...

—Le suplico a usted, mi coronel...

—Es necesario que su amigo sepa lo que usted ha hecho... De lo contrario, va a creer que las cruces que lleva usted en el pecho las ha ganado en las oficinas... Cada vez que hay algo extraordinario que intentar, usted es siempre el primero...

—Mi coronel, por favor...

El general interviene para salvar a mi *cicerone*, exclamando:

—¡Déjelo usted tranquilo, porque de lo contrario le va usted a cortar el apetito!... Asaltemos el alcuzcuz...

De una olla inmensa, que dos soldados moros acaban de colocar en el centro de la mesa, escápase, entre espirales de humo, el más rico aroma de especies exóticas. Es todo el Oriente, con sus zocos misteriosos y su eterno sahumerio de platos complicados; es todo el encanto glotón de los festines de *Las mil y una noches* lo que el cocinero brujo nos ha servido. Las hondas escudillas en las cuales el pobre cura mártir comía su sopa aldeana van llenándose de trozos de carnero que nadan en una salsa bermeja. Y cuando la olla desaparece, otros dos moros traen una fuente enorme, desbordante de sémola blanca como la crema, con objeto de completar el plato clásico de las tierras mahometanas. El apetito, que no necesita muchos halagos para mostrarse, aparece en todos los labios y en todos los ojos. Una alegría sana anima los rudos rostros de los comensales. Las frases ligeras que celebran la ciencia del antiguo servidor del Sultán revelan la ingenuidad de estas almas infantiles, como lo son siempre las almas de los héroes.

Poco a poco, a medida que las botellas se vacían y que los estómagos se llenan, la charla adquiere una alegría familiar, en la que desaparece la jerarquía y se borran los protocolos. Cada uno dice lo que piensa en alta voz. Ya no hay aquí tres jefes y unos cuantos oficiales, sino un grupo de compañeros unidos por un soplo enternecedor de afecto. «*Mon enfant*», exclama el general cuando dirige la pala-

bra a alguno de los militares jóvenes. «*Mon général*», contestan ellos con un acento filial. Y yo evoco otros almuerzos en otros sectores del frente, iguales en regocijo cortés, en alegría fresca, en cordial camaradería, y pienso que verdaderamente, en medio de sus crímenes y de sus horrores, la guerra tiene la virtud de crear una atmósfera de cariño desinteresado y noble, que demuestra que los grandes sentimientos humanos no son vanas fórmulas. Y aquí esta sensación es más profunda que en ninguna otra parte, porque los seres que componen la gran familia de la Legión no pertenecen a un mismo pueblo, ni están educados en los mismos ideales, ni siquiera hablan la misma lengua, sino que son ejemplares de todas las razas. «El teniente rubio—me dice Sánchez Carrero—es holandés, y el moreno, armenio.» Pero es tan fuerte el lazo moral que une a los legionarios, que parecen de un mismo país, hasta de una misma familia... Las penas, las alegrías, los triunfos, todo es de todos en la falange heroica. Hay que ver el regocijo con que uno de los oficiales exclama, hablando del ascenso que un teniente español acaba de obtener: «¡Ese sí que es un bravo!» Y hay que ver luego la pena que se pinta en los semblantes cuando el general evoca la figura de un norteamericano muerto hace poco.

—¿No conoció usted a Víctor Chapman?—me pregunta Sánchez Carrero—. Era un amigo de García Calderón, y sucumbió casi al mismo tiempo que él...

¡José García Calderón y Víctor Chapman!... Uno del Norte y otro del Sur, pero los dos igualmente dignos de encarnar el ideal de la democracia del Nuevo Continente.

¿Se conocieron acaso en la Escuela de Bellas Ar-

tes, donde ambos aprendían los secretos de las líneas armoniosas hace cuatro años?... ¿Se confiaron algún día sus nobles anhelos de constructores fantásticos?... ¿Se dijeron sus ensueños juveniles?...

Lo cierto es que, como si hubiesen estado de acuerdo, el sajón y el latino alistáronse en calidad de voluntarios al estallar la guerra e hicieron una carrera idéntica. Hasta abril de 1915, Chapman luchó en las trincheras. Luego, deseoso de moverse, sediento de vértigo, pidió alas y alzó el vuelo.

Mientras Chapman servía la causa francesa en los campos de batalla, su hermano mayor escribía en los periódicos neoyorquinos los estudios filosóficos que se han publicado en un volumen con el título *Deutschland über Alles or Germany speaks*. Un amigo mío, que ha leído esta obra, me dice:

—Parece que fueran páginas de Francisco García Calderón traducidas al inglés.

Los actos del joven aviador también se parecen a los del otro García Calderón. Deseoso de innovar y de distinguirse, logró ser al mismo tiempo piloto y ametrallador. Mientras los demás aviones de combate iban tripulados por dos personas, en el suyo él lo hacía todo. No había en el frente nadie que le ganase en buen humor, en entusiasmo, en heroísmo sereno. Cuando se hablaba de empresas difíciles y de tentativas peligrosas, los jefes de las escuadrillas volantes estaban siempre seguros de que el *petit yankée* sería el primero en pedir, con su acento ligeramente clownesco, que se le permitiera tomar parte en las expediciones proyectadas. Y lo admirable era la alegría casi infantil con que afrontaba los riesgos y soportaba los esfuerzos. Al regresar de largos periplos celestes, sin quitarse sus trapos grasientos,

acercábase a los compañeros que acudían a recibirle y les exponía sus nobles teorías icarianas. Cada día ocurríasele alguna idea, más o menos fantástica, para perfeccionar su aparato. Quería volar más rápidamente, quería subir más arriba... Y al mismo tiempo quería dar formas más bellas al aeroplano.

—¡Siempre artista!—murmuraban sus jefes.

Los de García Calderón exclamaban, oyéndole exponer sus principios:

—¡Siempre poeta!

Esto no es todo. El padre de García Calderón fue presidente de la República del Perú. Uno de los abuelos de Chapman, el famoso John Kay, fué el que dió a los Estados la primera Constitución de Nueva York.

Para disipar la nube de melancolía que la evocación de esta sombra trágica ha hecho pasar por encima de nuestra mesa, el coronel brinda por mí:

—La cruz de comendador de la Legión de Honor que usted lleva—me dice—es también una cruz de Guerra... En las luchas de la pluma...

Me ha llegado el turno a mí también de ponerme colorado, de murmurar: «*Mon colonel, je vous en supplie*», de bajar la vista huyendo de las miradas halagadoras... Ante los elogios que se me atribuyen, Sánchez Carrero se anima, lleno de orgullo, y dice al oído de su vecino palabras que no oigo, pero que adivino. Somos casi compatriotas, somos de la misma basta familia que habla español, somos amigos... Para vengarme de la ligera tortura a que este bravo jefe me somete con su brindis, me bastaría ponerme en pie y recordarle sus gloriosas hazañas y sus gloriosas heridas. No lo hago, sin embargo, porque las palabras son siempre pálidas cuando se trata de celebrar la gesta sublime de un hombre como él.

El café humea en tazas diminutas. El general nos ofrece cigarrillos que las damas mejicanas le han enviado para sus soldados, para sus *enfants*, según su expresión habitual. Yo aprovecho el momento de lo que se llama «el calor comunicativo de la hora de las copas», y trato de hacer hablar al coronel de sus voluntarios españoles e hispanoamericanos, que son, naturalmente, los que más me interesan.

—Ya los verá usted—me dice—, ya los verá usted... Hay tiempo... Ahora lo único que quiero es hacerle leer a usted las seis menciones que ha merecido la Legión, y que dan derecho a nuestros soldados a llevar la *fourragère* roja... Son los únicos regimientos que han conquistado esa insignia...

Y llevándome a un extremo de la estancia, me señala un cuadrito en el cual campea, entre dos madonas de Murillo, el mayor título de gloria que puede hasta hoy ostentar un cuerpo de ejército.

He aquí esas breves notas, que no me atrevo a traducir por miedo a quitarles algo de su magnífico acento lapidario:

2e RÉGIMENT DE MARCHE DU 1er RÉGIMENT ÉTRANGER

1re CITATION: Chargé le 9 mai, sous les ordres du Lt-Colonel COT d'enlever à la baïonnete une position allemande très fortement retranchée, s'est élancé à l'attaque, officiers en tête, avec un entrain superbe, gagnat d'un seul bond plusieurs kilomètres de terrain, malgré une trés vive résistance de l'ennemi et le feu violent de ses mitrailleuses. (Ordre no 102 du 8-9-15, 10e Armée.)

2e CITATION: Pendant les opérations du 20 septembre au 17 octobre 1915, sous le commandement du

Lt-Colonel COT, a fait preuve des plus belles qualités de courage, d'entrain et d'endurance. Le 28 septembre, avec un admirable esprit de sacrifice, s'est lancé à l'assaut d'une position qu'il fallait enlever à tout prix et malgré le feu extrêmement dense des mitrailleuses ennemies, est parvenu jusque dans les tranchées allemandes. (Ordre nº 478, du 30 janvier 1917, 4e Armée.)

2e RÉGIMENT DE MARCHE DU 2e RÉGIMENT ÉTRANGER

3e CITATION: Le 25 septembre 1915, s'est élancé à l'assaut des positions ennemies avec un entrain et un élan superbes, faisant de nombreux prisionniers et s'emparant de plusieurs mitrailleuses. (Ordre nº 478, du janvier 1917, 4e Armée.)

LE RÉGIMENT DE MARCHE DE LA LÉGION ÉTRANGERE

4e CITATION: Sous l'energique commandement de son chef, le Lt-Colonel COT, le Régiment de Marche de la Légion Étrangère, chargé le 14 juillet 1916 d'enlever un village fortement occupé par l'ennemi, s'est élancé à l'attaque avec une vigueur et un entrain remarquables, a conquis le village à la baïonnette, brisant la résistance acharnée des Allemands et s'opposant ensuite énergiquement à toutes les contres-attaques des renforts amenés dans la nuit du 4 au 5 juillet 1916. A fait 750 prisonniers, dont 15 officiers et pris des mitrailleuses. (Ordre nº 385 du 27 août 1916, 6e Armée.)

5e CITATION: Merveilleux régiment qu'anime la haine de l'ennemi et l'sprit de sacrifice le plus élevé. Le 17 avril, sous les ordres du Lt-Colonel DURIEZ,

s'est lancé à l'attaque contre un ennemi averti et fortement retranché, et lui a enlevé ses premières lignes. Arrêté par des mitrailleuses et malgré la disparition de son chef, mortellement touché, a continué l'opération par un combat incessant de jour et de nuit, jusqu'à ce que le but assigné fût atteint. Combattant corps a corps pendant cinq jours et malgré de lourdes pertes et des difficultés considérables de ravitaillement, a enlevé à l'ennemi plus de 2 kilomètres carrés de terrain. A forcé, par la vigueur de cette pression continue, les Allemands à évacuer un village fortement organisé où s'étaient brisées toutes nos attaques depuis plus de deux ans. (Ordre nº 809 du 7 mai 1917, 4e Armée.)

6e CITATION: Le 20 août 1917, sous l'énergique impulsion de son chef, le Lt Colonel ROLLET, s'est élancé à l'assaut d'un village et d'un bois puissamment organisé. Malgré les difficultés du terrain, les a enlevés avec une telle fougue, qu'en dépit de nos propres barrages, il a dépassé l'objectif final qui lui avait été assigné, à près de 3 kilomètres de son point de départ. Entreprenan aussitôt une nouvelle action qui n'avait été prévue que pour une date ultérieure, et dans une direction toute différente, a fait preuve de belles qualités manœuvrières en se rendant maître d'une série de hauteurs, puis d'un village dont l'enlèvement avait coûté précédemment de lourds sacrifices à l'ennemi. A ainsi assuré la possession d'un front de 2 kilomètres 500 et la capture de 680 prisonniers et de 8 canons et de nombreuses mitrailleuses. (Décision du haut commandement en chef du 18 septembre 1917.)

V

Un oficial rubio, pálido, de aspecto enfermizo, ha venido a sentarse a mi lado, y mientras los demás comentan en alta voz las últimas noticias de París, que aquí casi parecen noticias del otro mundo, me interroga suavemente, insidiosamente, sobre lo que pasa en España. Las Juntas militares le preocupan. No se da una cuenta exacta de lo que pide el Ejército en Barcelona, en Zaragoza, en Madrid. Y además, ¿por qué los simples soldados no toman parte en ese movimiento?

—Entre nosotros—me dice—la ola reformadora sale del fondo... Es el pueblo...

Estas palabras me bastan para comprender que mi interlocutor es ruso y que, además, es revolucionario.

—¿Hay muchos compatriotas de usted en la Legión?—le pregunto.

Sin contestarme, me habla siempre de España, de la extraña situación de España, de la imposibilidad de conocer en estos momentos el alma española. Se le nota preocupado de una manera seria por lo que pasa del otro lado de los Pirineos. El nombre de Pablo Iglesias acude a sus labios con frecuencia. ¿Qué

clase de hombre es aquel apóstol?... Lerroux también le interesa... ¿Y Melquiades Álvarez?... Lo malo es que todos ellos creen que la revolución puede hacerse de acuerdo con los elementos burgueses...

—Es cierto—le digo—. En los países latinos el volchevikismo es imposible... Se necesita una raza de iluminados para producir tipos como Lenine, como Trotzki, como Sevinkoff...

Cuando le hablo, sus ojos azules me miran, a través de espesos lentes, con una insistencia fija, que poco a poco me impresiona. Se nota que para este hombre todo es grave, todo es trágico, todo es trascendental.

—La guerra—murmura—es el más espantoso de los crímenes... No le hablo a usted de la guerra actual... Ésta, por el contrario, es providencial, porque tiene la misión de desarraigar del alma humana la idea de la guerra... Es la guerra contra la guerra, la guerra contra las masas de esclavos armados... El instinto del hombre es sanguinario... Sólo los seres superiores, muy refinados, conocen la bondad gracias a un largo esfuerzo contra sus propios sentimientos. Somos criaturas hechas a la imagen de Dios, pero no de un Dios filosófico y abstracto, sino del Dios terrible de la Biblia, del Dios de Josué y de Job, del destructor de pueblos, del conquistador implacable de tierras prometidas... El emperador de Alemania está en lo cierto cuando dice que cuenta con la ayuda de su Viejo Dios para llegar al Canaán de sus ambiciones incendiando, pillando, destruyendo... La apoteosis del espionaje y de la traición está en Jericó...; la apología de la matanza está en Madián... Vea usted el ejemplo vivo de Tolstoï, que para mí es el símbolo del devenir: siendo joven fué

militar; más tarde, cuando llegó a perfeccionarse, fué el profeta del antimilitarismo... La paz: he ahí el ideal...

Hay algo de lúgubre y algo de cantante en la voz apostólica de este pacifista que lleva al pecho tres palmas de bronce, ganadas seguramente en medio de atroces carnicerías. Hay algo de fantasmal en esta figura lívida, cuyos ojos no se mueven, cuyos labios apenas palpitan...

Y yo pienso con nostalgia en la alegría infantil de los polacos que vimos por la mañana, en la gracia elegante de los caballeros marroquíes, en la cortesía fogosa de los hispanoamericanos... Si el teniente Sánchez Carrero, que tiene tanto empeño en demostrarme que en la Legión todo es alegría, entusiasmo, ingenuidad y frescura de alma, no me hubiera abandonado un instante para ir a preparar mi visita al campamento español, le preguntaría si hay muchos tipos como éste en el regimiento. Pero en el fondo ya sé lo que me contestaría. Haciendo un gesto vago, me diría:

—Es un ruso...

Hay un misterio terrible, un misterio angustioso en el alma de los rusos cultos. Lo que saben lo han aprendido, sin duda, en los libros que nos han servido a todos para formar nuestra mentalidad. Sus maestros son nuestros maestros. Sus creencias son nuestras creencias. Y, sin embargo, el foso que separa sus almas de las nuestras es infranqueable. He ahí a Lenine, por ejemplo. ¿Quién podrá saber jamás lo que hay en su cerebro? «Se ha vendido», exclaman los que no consideran sino sus actos de traición hacia sus aliados. Mas los que lo conocen a fondo contestan: «Lenine puede muy bien haberse entrega-

do a los alemanes por ceguera o por pasión; en cuanto a venderse, no; no es un hombre que se vende.» Y, en efecto, a medida que la silueta del dictador va aclarándose a la luz trágica de los acontecimientos, el mundo entero nota que el resorte que determina sus acciones no es ni el cálculo ni la habilidad, ni siquiera el apetito de poder personal, sino la verdadera fiebre revolucionaria. Ya no sólo la existencia de los países aliados, pero hasta la propia existencia de su patria representa para él menos que el triunfo de sus utopías. «Entre la vuelta a la Monarquía y el entronamiento al socialismo burgués —ha declarado con ruda franqueza—, prefiero lo primero.» Pero antes de resignarse a ceder su puesto a un restaurador de dinastías, está dispuesto a luchar hasta el último instante defendiendo su quimera. La paz, la humillación militar, el desquiciamiento del Imperio, son poca cosa, a su modo de ver, cuando se espera que, gracias a tales desastres, la igualdad social reine en el mundo... ¿Pura utopía, desastrosa en estos momentos en que Alemania amenaza la libertad del mundo? Seguramente. Mas hay que ver a quien hoy manda en Petrogrado tal cual es, y no tal cual sería si hubiera nacido en Inglaterra o en Francia. Su grandeza está en su misma fe errada, en su misma ceguera mística. Leyendo su historia, examinando su vida, se ve desde luego que ha sido siempre una especie de apóstol atormentado por las quimeras de una religión revolucionaria algo brumosa, de la cual, según sus ilusiones, ha de salir la redención de los pobres y de los oprimidos, no gracias a la concordia, sino gracias a la más terrible violencia. No hay ni lógica humana ni fuerza de experiencia secular que logre hacerle acordar la más peque-

ña de las concesiones a sus adversarios. Lo que el mundo entero puede pensar de él le tiene sin cuidado. Para llegar a sus fines es capaz de pasar por encima de todo. La destrucción del orden en Rusia no es más que el primer paso en su camino victorioso. Si la Providencia le conserva la vida, empleará su energía en suscitar la ruptura social en todos los países, y sobre todo en Alemania.

Tomando al pie de la letra las tentativas de fraternización entre sus tropas y las del enemigo, comenzó, en efecto, por enviar a las líneas germánicas un vagón lleno de hojas de propaganda democrática. Los alemanes se contentaron con quemar el tren. Pero no es un fiasco de tal naturaleza el que pueda desilusionar a un apóstol ciego y sordo. Sus compañeros menos fanáticos, como Trotzki y Gorki, tratan aún de convencerle de que es obra vana y hasta obra peligrosa la que consiste en inspirar desconfianza a los demás pueblos. «Antes de evangelizar a los vecinos—le dicen—, tratemos de convencer a nuestros compatriotas.» El no los oye...

El oficial ruso que me hablaba hace un instante de España, y que ahora se entusiasma evocando las aventuras recientes de los revolucionarios compatriotas suyos, exclama:

—Todos somos iguales a Lenine...

—¿Todos los rusos?—le pregunto.

—Todos los hombres—me contesta.

Para darme cuenta de que se equivoca no tengo necesidad sino de recordar las páginas que un legionario moscovita de gran talento, Levedev, consagró, poco ha, a sus compañeros de campaña. Lo mismo que los demás voluntarios extranjeros, esos hombres que en septiembre de 1914 se alistaron bajo las

banderas de la República, tienen por Francia un gran amor romántico. Esto nadie lo pone en duda. Pero, ¿hay en ellos la misma sencillez heroica que en los italianos o en los españoles?... No. El alma esiava está llena de laberintos y de contradicciones. Y así, antes de acudir, como los demás voluntarios extranjeros, a ofrecer sus servicios en 1914, los rusos de París comenzaron por formar una especie de Soviet para discutir largamente las razones del acto generoso que se preparaban a realizar. «Tratábamos de saber—dice Levedev—si al tomar parte en la guerra lo hacíamos con carácter político o sólo como entusiastas amigos de Francia.» Y agrega:

«D'impétueux discours furent prononcés. Les partisans de la première manière démontraien que notre acte était vraiment une démarche politique, devant s'appuyer sur une note motivée, surtouts étant donnée l'hostilité quasi générale des émigrants russes contre l'enrôlement; cette note, affimaient-lils, donnerait une impulsion nouvelle aux hésitants, á tous ceux qui sentaient le devoir de s'engager, mais se laissaient effrayer par le dogme; enfin elle nous laverait dans l'avenir de tout blâme, puisqu'elle serait l'exposé sincère desraisons qui nous poussaient à cet acte si lourd de responsabilités.

»Les apôtres de la seconde manière insistaient, au contraire, pour qu'on donnât à notre groupe le caractère d'une organisation militaire purement technique. Ils ne voulaient pas engager leurs partis par une action individuelle. Ils soutenaient que «nous ne »sommes dans ce conflit grandiose qu'une poussiére »d'hommes», et qu'il serait difficile d'élaborer une déclaration répondant aux sentiments de tous les sig-

nataires. Mais ils n'étaient qu'une infime minorité.

»On décida donc de publier une déclaration et on en confia la rédaction à cinq représentants de chaque parti — ce qui en faisait en somme un acte politique.»

El resultado de este modo de comprender el sacrificio personal en aras de una causa noble se notó poco después, cuando en medio de la gran familia sencilla, alegre, infantil y heroica de los legionarios, comenzaron a surgir entre los rusos dificultades de mil clases, casi siempre creadas por la pasión política. Unidos en la batalla, aquellos hombres complicados y sutiles separábanse en grupos enemigos en cuanto volvían al campamento. Todo era entre ellos motivo para entablar debates trascendentales. En todas partes encontraban pretexto para redactar protestas y contraprotestas.

—Debemos pedir al Gobierno—decían unos—que nos separe de la Legión y nos deje formar un regimiento aparte, compuesto sólo de eslavos.

—No—contestaban otros—; es preciso, al contrario, formar parte del ejército francés, repartidos en todas las divisiones, para poder predicar nuestras teorías a nuestros hermanos los proletarios de Francia.

Al mismo tiempo, como para complicar algo más la situación moral de los voluntarios, un grupo de rusos de Ginebra y de París, entre los cuales figuraban Lenine y Trotzki, emprendió una campaña de propaganda destinada a demostrar que los que servían en el ejército de los aliados defendían un régimen burgués. Las confidencias de Lavedev sobre este conflicto son muy curiosas:

«La polémique—dice—des émigrants à notre sujet qui se donnait cours à l'arrière ne nous troublait pas trop sous les shrapnells et les marmites, mais aux heures de repos, nous lui accordions une certaine attention.

»A la première attaque, discrète, de nos adversaires, Étienne Nikolaevitch répondit ainsi:

«Jusqu'à présent nous n'avons pas douté un instant de la droituru de chemin choisie. Sans phrases hypocrites, voici ce que nous avons voulu: d'abord remercier de son hospitalité le pays qui nous a abrite, ensuite empècher l'invasion d'une puissance étrangère. Ceci est élémentaire, et c'est en vain qu'on chercherait à travestir ce double sentiment.» Vous dites: «N'oubliez pas que tout demeure comme par le passé!» C'est une autre affaire; voici ce que je répondrai: non seulement nous ne l'oublions pas, mais ici même une dure réalité nous rappelle ã chaque instant que jusque dans les conditions d'égalité où nous nous trouvons il existe encore des castes et des classes, et, si nous sortons entiers de cette fournaise, il y a pen de chance que nous nous transformions jamais en partisans d'une paisable collaboration des classes...»

Y en una página que, según mi amigo Sánchez Carrero, es la única que entristece los brillantes anales de los regimientos extranjeros, agrega:

«Les relations entre volontaires et légionnaires étaient de plus en plus tendues. Finalement la situation, qui était devenue intolérable, fut résolue par le renvoi du front de quarante-deux hommes, au nombre desqueis se trouva Sletov. Le plus curieux de

l'affaire, c'est que les officiers qui le renvoyèrent n'avaient pas la moindre mauvaise intention à son égard; au contraire, ils profitaient de l'occasion pour éviter tous les misères du front à un homme respectable!... Mais naturellement ils ne donnèrent pas ces explications.»

¡Sletov!... Yo lo conocí cuando, expulsado de la Legión en compañía de los otros cuarenta perturbadores, pasó por París, vestido de soldado, con un aspecto extraño e hirsuto, en el cual había algo de evangélico y algo de diabólico, con sus ojos azules inquietos detrás de sus espejuelos, con su barba de peregrino, con sus manos siempre sucias...

—Es un hombre simbólico, un ruso típico—me dijo el amigo que me lo presentó.

Era, en efecto, una mezcla de sublime heroísmo y de sutileza disputadora, de orgullo ciego y de humildad teatral, de entusiasmo delirante y de duda filosófica. Antes de alistarse en 1914, había discutido durante días y días sobre las causas de la guerra, sobre los resultados de una victoria alemana, sobre la influencia que el desarrollo del militarismo podía tener sobre la democracia. Pero una vez convencido de que sólo se trataba de luchar contra el imperio feudal de los Hohenzollern, no vaciló un instante en ofrecer su sangre a la causa francesa. Muy débil, muy enfermizo, muy miope, temblaba, el día de la visita médica, de miedo de que no le considerasen como apto para el servicio de campaña. Poco después, en el campamento en que los legionarios aprendían el manejo del fusil, su mayor preocupación era su poca salud y su mucha torpeza física. «Temo caer enfermo antes de haber tomado parte en alguna ba-

talla», decía. Y con un ardor de niño que juega a la guerra, aprovechaba sus horas de descanso en ejercitarse con una escoba, dando formidables cargas a la bayoneta contra enemigos imaginarios.

Me acuerdo de sus palabras, de su voz cantante, de sus maneras suaves.

—Un día u otro—me dijo—escribiré la historia de mis tiempos de la Legión, de mis largas marchas durante las cuales se me figuraba que los huesos iban a desquiciarse, de mis esfuerzos por no pensar en nada, en ser un hombre sencillo como los sargentos argelinos que nos mandaban..., de mi voluntad de animalizarme para llegar a ser una fiera contenta de comer y de matar... En el fondo yo soy un hombre alegre...

Esto me lo decía Sletov, con su cara lúgubre, con su voz de enterrador, con sus ojos de enfermo. Y luego me hablaba de nuevo de las dudas que lo atormentaban, lo mismo que a sus compañeros, y en las cuales había una especie de vago tolstoísmo corregido por el socialismo científico. Su alma era pacífica, evangélica, incapaz de odio. Su razón era pacifista, con argumentos de fraternidad de pueblos, de inocencia de las masas que se sacrifican por servir las ambiciones de los emperadores. «Y entre todos los emperadores—agregaba—, el más odioso es el de Rusia, cuya causa, no obstante, estamos sirviendo nosotros que lo detestamos, nosotros que, en 1905, fuimos las víctimas de sus cosacos... Hay algo de absurdo en nuestro caso... Pero, en el fondo, los que nos acusan de servir al Zar no notan que nuestro objeto único es ponernos de parte de la democracia francesa, atacada por el militarismo prusiano... Lo demás no nos importa...; pregúntele usted a cualquiera

de nuestros compañeros legionarios, y lo notará...»

El oficial que hoy se ha sentado a mi lado me hace recordar las palabras del pobre Sletov, que murió poco después.

—Todos somos iguales—me dice de nuevo—, todos los hombres...

En realidad, en la masa ruidosa, alegre, inconscientemente sublime, de la Legión, estos rusos complicados, inquietos, razonadores, cultivadores de utopías revolucionarias, han formado siempre un grupo especial, algo melancólico, algo sombrío, muy heroico, pero incapaz de compartir el entusiasmo ingenuo, la fuerte embriaguez guerrera de sus camaradas del resto del mundo.

El coronel a quien le comunico mis impresiones, sonríe con aire enigmático y murmura:

—Es cierto... Tienen un carácter especial... Han leído mucho..., son idealistas...; pero son buenos soldados, bravos en la pelea, resistentes, pacientes... Todos los voluntarios son buenos soldados... No hay medio de establecer categorías de arrojo entre los diversos pueblos que forman nuestra tropa... Ya usted sabe que tenemos hombres de todos los países, hasta turcos, hasta austriacos, hasta búlgaros... Todos son magníficos... ¿Quiere usted hojear nuestro Libro de Oro, en el cual hemos hecho escribir a los soldados mismos algunas de sus impresiones? Ya verá usted que hay ahí páginas de verdadera poesía junto a otras de una simplicidad enternecedora... Venga usted...

VI

En una estancia vecina, sobre una mesa, se halla el volumen que contiene los fastos de los regimientos extranjeros. Lo abro con respeto, y en la primera hoja veo el nombre de un amigo que murió sirviendo a Francia, del pobre José García Calderón. Con mano firme, aquel artista, que era al mismo tiempo un poeta exquisito y un dibujante admirable, ha dejado ahí unos cuantos croquis de algunos de sus compañeros de trinchera. El primero es Juan, un intelectual que analiza sus propias sensaciones a la manera de Amiel y que lleva un diario de su vida. «¡Qué le importa la calidad de la emoción!... Lo que le importa es que haya una cada día y que tenga fases distintas y que pueda dar asunto para cuatro páginas. Vive como un entomologista curioso de menudos animalejos y que colecciona escarabajos o mariposas; es igual. Anda con la cabeza inclinada a la izquierda, del lado del corazón, y parece escucharle como un relojero mide el tictac. Si silba una bala, se detiene para esperar el matiz que su frágil amenaza dará al sentir del momento, y luego adelanta la hora de cenar porque espera reacciones fisiológicas sobre su estado interior. Como un meteorologista ro-

deado de instrumentos, analiza el tiempo que hará; busca en su humor las leyes de su clima moral. ¡Qué regocijado cuando nos previene para mañana una «melancolía viril» o un «tierno ciclón», y que mañana trae el humor previsto, infalible como el viento del Sur trae lluvia! ¡Y qué variedad de nombres para decir el color de su alma! Lleva una Carta de lo Tierno, como en Versalles; pero con una vaga ordenación de ciencia. Hay en ella «amargura belicosa» y «amistad variable» y «odio fijo», y hay días «lluviosos» en que no se le encuentra, porque dice, después, que lloraba a ocultas. Durante ocho días estudió cuál sería su humor si le hirieran, y creo que el hospital le parecía rico en matices. Le mataron un día en que nos había anunciado modorra ecuánime.» Detrás del analista Juan, aparece Roberto el pesimista. «Roberto bebe todo el día un café negro, acre, porque nos dijo una vez que le prefería sin azúcar, y por respeto humano sigue bebiéndolo así, con una serenidad heroica. Sigo su intoxicación desde la mañana. Desde su quinta taza le veo que me acecha para decirme en frases cortas, sin ilación, que la vida es una inmensa farsa sin sentido. Interpreta ingenioso el «velo de Maya», ingenuo en su pesimismo, como Bernardino de Saint-Pierre en su plácida alabanza. Es un furioso wagneriano, con la memoria obstruída por los fuertes motivos de sueño y de muerte. Concibe el mundo como una Saga llena de voluntades malhechoras, y nos desprecia un tanto porque no tenemos conciencia de esta oculta amenaza. Ebrio de soledad y de abandono, goza de una acerba felicidad de intelectual. Al lado suyo el aire toma (o tal vez es un vecino que dispara) el olor malvado de la pólvora. El desasosiego de la trinchera le parece natu-

ral. Al atardecer anda borracho de pesimismo y de café, excitado, feliz cuando caen bombas, y convencido de que todas caen «en la mismísima trinchera». Ese vino negro le es indispensable para que su corazón repique como una campana loca.» Ahora aparece Andrés. «Andrés vive de cartas: de las que le envían, de las que escribe. Bebe tinta. Siempre tiene una carta larga comenzada, y nos abandona apenas concluye de comer para concluir el pliego 17. No dice nunca una palabra. Escucha a todos con igual atención si se habla de mujeres o de las injusticias del sargento; sus oídos registran todo, y corre sin duda a llenar páginas con una escritura regular. Nunca concluye una carta: como los folletines, las deja en suspenso cuando la ternura desleída pesa los veinticinco gramos que permite el reglamento. Orla sus páginas con frases cortas al margen, que la cruzan, y en el sobre van siempre saludos para Antonio, o la fecha olvidada, o postrimeras ternuras «mientras llega el cartero». Se inventa corresponsales extravagantes, de preferencia hombres, porque las mujeres hacen trampas con su escritura gorda que llena cuatro páginas con cuatro palabras. Su pena secreta es no tener amigos metódicos que le escriban siempre sobre un papel idéntico, y nos ha dicho una noche que no escribía más a su amigo Juan porque Juan le contestaba en máquina de escribir. Cuando hay un herido, le envía durante ocho días un diario exacto de la trinchera. Cuando hay un muerto, reune todos sus recuerdos y los recuerdos de todos para enviar al padre, a la hermana y a la viuda cartas larguísimas sobre su hermano de armas. Recibe un paquete gordo todos los días, y apenas lo tiene entre manos, corre atareado a contestarlo. Y, regu-

larmente, hacemos todos su servicio. Cuando le llega su hora de guardia, le encuentro agobiado porque no ha podido ir más allá de un pliego a su portera.» Junto a Andrés, encontramos a Enrique. «Para olvidar, Enrique duerme. Como en las viejas litografías del Imperio, parece esperar siempre que Bonaparte le sorprenda y releve la guardia y le dé en la mañana, cuando despierte, un golpecito en la mejilla y el «¿Cómo te llamas?» que precede al fusilamiento o al ascenso. En las largas jornadas es mi vecino. Estoy seguro de que duerme caminando. Le vigilo para descubrir el momento en que se inyecta la droga. Pero nada descubro. En los pajares de las granjas, es el hombre que duerme y sobre el que se camina sin escrúpulos porque no gruñe, el vecino ante quien se cuentan los billetes recónditos o se dicen, en horas malas, las confesiones irreparables. La muerte le cogerá dormido y seguirá para siempre su sueño.» El último es Román. «Román bebe emociones raras. Busca apasionadamente el peligro inútil, por los minutos fuertes que da el miedo y que le hacen olvidar Dios sabe qué tragedia. Se expone cuanto puede. Su quepis tiene dos balas y tres su capota, y el pantalón una que agujereó tres veces entrando y saliendo con fantasía de aguja. Juega con la muerte como un torero con la bestia, como un torero loco que quisiera vivir en corrida. Se desespera cuando le tiran mal, cuando después de un cuarto de hora de terror vuelve con la ropa intacta. Hace un mes que le abaleamos la capota mientras duerme y que le despertamos para que mire los huecos. Él palpa desconfiado y cree poder distinguir la bala enemiga comparando la forma del deterioro. Luego sale a sacar la cabeza y sudar frío durante un cuarto de hora de peligro.

Le enterramos una noche con una bala en el corazón, y parecía sonreír feliz porque al fin le habían atravesado la camisa.»

Viendo las finas siluetas trazadas por un artista que ya no existe y que fué un héroe, el rudo guerrero que me acompaña no puede ocultar su tristeza.

—¡Pobre muchacho!—murmura.

Y luego, contemplando las figuras dibujadas en el álbum, agrega:

—Es verdad..., todo es verdad...; aquí tenemos los tipos más raros, los más curiosos, los más interesantes... Habría que estudiarlos uno por uno, como fenómenos... Cada uno es una novela, o un poema... ¡Cuánto idealismo, cuánto corazón, cuánto espíritu en ellos!... Aquí han acudido, atraídos por una idea..., aquí han caído ya tantos..., los más jóvenes..., tal vez los mejores... La muerte escoge con manos diabólicas...

Ante la emoción del soldado encanecido en las batallas, del magnífico jinete colonial que ostenta tantas cicatrices como cruces, mis ojos se nublan. Las páginas que tengo entre las manos, y en las cuales hay una cruz junto a cada nombre, me parecen el más bello, el más triste de los martirologios. ¡Cuánta existencia sublime sacrificada por el capricho sanguinario de un emperador! Hombres que habían nacido para empresas de vida, de entusiasmo, de arte, de amor, y que habían nacido muy lejos de los Imperios que se disputan el predominio de Europa, han venido a morir en estas trincheras, defendiendo una tierra de la que muy a menudo sólo conocían el nombre legendario.

«El 17 de junio—dice una nota del Libro de Oro, del Libro de Sangre—4.000 legionarios tomaron par-

te en la batalla al Norte de Arras. De esos 4.000, no quedaron sino 1.800.» Entre los muertos de aquella jornada, ¡cuántos poetas de veinte años deben haber muerto!

—¡Pobres, pobres muchachos!—me dice el coronel, contemplando el libro...

VII

—Este Libro de Oro es un cementerio—le digo al coronel.

—En efecto—murmura—, muchos muertos, muchos muertos... Pero todos iluminados por la gloria, todos santificados por el heroísmo... No creo que haya en los martirologios sagrados ejemplos de fe superiores a los que nos ofrecen estas páginas... Lea usted alguna de las más humildes. Lea usted ésta.

Con el índice me señala una carta, en la cual un pobre peludo que ignora los arcanos de la ortografía refiere la muerte de un sargento: «Desde los primeros días de la campaña—dice—mi compañero Gelbert se había hecho notar por su valor sereno, y en las memorables jornadas del Artois, en mayo y junio de 1915, ganó los galones de sargento y la cruz de Guerra. El 28 de septiembre del mismo año, el tiro del enemigo causaba estragos terribles en nuestras filas de ataque. Siguiendo a nuestro sargento, habíamos llegado a unos cuantos metros de las alambradas alemanas, cuando un proyectil inmenso estalló a los pies de Gelbert. Al verlo caer, me arrastré hasta él y logré llevarlo a nuestra trinchera. Tenía las dos piernas rotas, y de muchas heridas de su cuerpo es-

capábanse chorros de sangre. Yo comprendí en el acto que no tardaría en morir. «¿Sufres?», le pregunté. Con la voz más tranquila contestóme: «No..., no »sufro...; no sé si los mártires cristianos, cuando les »arrancaban pedazos de carne, sufrían. Lo que sí sé »es que al leer sus vidas yo temblaba de horror pen»sando en sus padecimientos. Y ahora que me en»cuentro como ellos, noto que no sufro... Dentro de »algunos minutos habré dejado de existir. No lo sien»to siquiera. ¿Qué muerte puede ser más envidiable »que la de un hombre que da su sangre por una gran »causa, por un gran país?...» Un momento después cerró los ojos para siempre.»

Dos o tres páginas más adelante, la letra menuda y clara del coronel Cot atrae mi atención. Es un elogio fúnebre en estilo de soldado, muy diferente del de los predicadores de corte, pero de una elocuencia lapidaria que impresiona como las más nobles frases de Bossuet. Helo aquí, en su texto mismo, modelo del género:

«Le 4 juillet, la 5e compagnie du bataillon Waddell tient la gauche de Belloy et s'avance à l'assaut. Or, de fortes pertes ont déjà éclairci les rangs. La section dont fait partie Kazarine et que commande le lieutenan Flotte, a été fort éprouvé du fait de mitrailleuses qu'il faut à tourt prix détruire.

»Kazarine est un tireur excellent, doué d'un courage audessus de tout éloge et ayant déjà fait ses preuves. Il s'avance en rampant dans les herbes hautes, ses camarades y sont couchés; un des Allemonds, servant de la mitrailleuse, se lève pour voir ce qu'ils sont devenus; Kazarine l'abat, puis, s'avançant encore, attend, et, au moment où un deuxième Alle-

mand cherche d'où vient le coup, l'abat à son tour. A ce moment, il s'aperçoit que le troisième, resté dans le boyan où se cachaient les mitrailleuses, cherche à démonter les pièces principales, qui les rendraient inutilisables. Il se précipite, fond sur le boche et le tue à son tour, avant qu'il ait songé à remuer. Les autres, une quinzoine environ, levént inmédiatement les bras et crient: «Kamerades!»

»Kazarine, à lui seul, on peut en juger, a pris les mitrailleuses et les ennemis. Ceux-ci, emmenés à l'arrière, il ne s'arrête pas; aidé de quelques camarades qui l'ont rejoint, et voyant qu'une partie des Allemands se replie, il se lance à leur poursuite. Un légionnaire, puis le deuxième sont tués; Kazarine continue jusqu'au moment où une balle l'atteint en pleine poitrine, arrêtant son élan et il tombe, mais il lui reste deux balles à tirer et il s'en sert et il a la joie, avant de fermer ses yeux et de perdre connaissance, de voir un de ceux qui se sauvaient rester sur le sol.

»Aux Armées, le 16 decembre 1916.»

Así mueren todos en la Legión—me dice con orgullo el rudo jefe.

Y señalándome una págima firmada por un sargento, agrega:

—Esto es más hermoso aún.

«El 7 de octubre de 1915, en Champagne—dice este elogio—, el batallón A del 2.° regimiento de Marcha Extranjero estaba al norte de Souain en primera línea. La tercera compañía ocupaba un sector terriblemente bombardeado. Nuestra trinchera hallábase en el interior de un bosque, y para nuestras observaciones teníamos establecido un puesto avanzado en

terreno sin árboles. Desde hacía una hora, un grupo de mi media sección estaba en este puesto, alrededor del cual llovía la metralla. De pronto oímos una explosión formidable. Una bomba de 105 acaba de estallar a diez metros, cubriéndonos de polvo. Yo oí un gemido. Un joven inglés llamado Lydon, soldado maravilloso, acababa de caer con los dos pies literalmente arrancados y con otras heridas en el cuerpo. Me acerqué a él para tratar de socorrerlo. «No vale »la pena, sargento—me contestó—; no es nada..., es »por la bella Francia.»

Páginas así las hay a millares en este Libro, que podría llamarse el Evangelio del heroísmo. Pero, ¿cómo escoger entre ellas, puesto que todas son igualmente hermosas?... Y, además, ¿por qué encerrarnos en el campo de la muerte, cuando todo palpita lleno de vida, lleno de fe, lleno de alegría a nuestro derredor?... No; los anales de la Legión no son únicamente un martirologio. Son también un himno de arrojo y de esperanza, son el poema sublime del esfuerzo que sonríe y que canta junto a las tumbas...

Al fin del Libro de Oro, como para conservar el acento de cada raza, de cada pueblo, en los instantes en que la voz del mundo entero se elevó en unánime grito de protesta contra Alemania, el coronel ha reunido las proclamas publicadas por los diversos grupos de voluntarios en agosto de 1914. Los primeros que entonces ofrecieron su sangre, en honor de ellos sea dicho, fueron los judíos, que ni siquiera esperaron la declaración de guerra para organizarse. «De un minuto a otro—dice el Manifiesto de estos eternos calumniados—Francia puede hallarse en estado de legítima defensa. Nosotros, judíos inmigrados, ¿qué vamos a hacer? ¿Vamos a cruzarnos de brazos

mientras nuestros hermanos franceses luchan? No, porque si no somos franceses en derecho, lo somos de corazón y de alma, y porque nuestro deber sagrado nos obliga a ponernos a las órdenes de este noble pueblo y contribuir a su defensa. ¡Judíos inmigrados, hagamos nuestro deber, y viva Francia!»

Los ingleses tampoco esperaron que su patria entrara en guerra para formar un cuerpo de voluntarios. El día mismo en que Alemania atacó la frontera de Lorena, todos los súbditos de la Gran Bretaña domiciliados en Francia recibieron la circular siguiente, en la cual se nota la elegante sequedad de esa raza, que habla poco en los trances graves:

«To Britishers in Paris.

»You are requested to attend the meeting to be held at the Imperial Club, 6, Boulevard des Capucines, on Wednesday next, the 5th inst., at 630.

»Objec: Formation of a British volunteer corps, and to offer its services to the French War Minister.

»Aiding oua friends at such a time is the best way of serving our dear Mother Country.

»God save the King! Vive la France!»

El Manifiesto italiano, más elocuente, más lírico, dice:

«¡Italianos!: Una agresión inicua que pone fuera de la ley al Káiser alemán, nos proporciona la ocasión de ofrecer a nuestros hermanos franceses una prueba de amor. Un cuerpo de voluntarios italianos se halla en formación. Que todos vengan a inscribirse. Que todos demuestren a Francia que, del otro lado de los Alpes, el pueblo entero hace votos por el triunfo de sus armas. ¡Italianos!: Hagamos ver que estamos

listos a morir por la causa del Derecho y de la Humanidad.»

Pero no son las voces de los pueblos vecinos o hermanos las que más me emocionan, sino los clamores remotos, los apóstrofes escritos en caracteres que para mí son enigmas indescifrables, las palabras pronunciadas en lenguas exóticas. Todas las voces del órgano humano cantan aquí, con notas sublimes o enternecedoras, vibrantes siempre, siempre magníficas, de la magnificencia del heroísmo. «Jóvenes, demos nuestra sangre; viejos, demos nuestro oro para la santa Francia», gritan los armenios. Y los sirios exclaman: «Por la pequeña Francia, que es nuestra protectora, ¡a las armas, compatriotas!» Y los bohemios: «Francia, protectora de los débiles, se halla en péligro; ofrezcámosle nuestra sangre.» Y los griegos: «Alistémonos, porque al combatir por el ideal de París, es por el ideal de Atenas por el que combatimos.» Y los turcos: «Nuestro deber de otomanos consiste en ofrecer a Francia el concurso de nuestras personas.» Y los norteamericanos: «Compatriotas: apelamos a vuestra rectitud, a vuestro amor de la libertad, a los recuerdos sagrados de nuestra historia y de sus mártires. La Francia, que contiene la semilla de los Estados Unidos de Europa, se halla en un momento grave. Es el momento de solidarizarnos con ella.» Y los mejicanos: «Ofrezcamos a la causa francesa, que es la del Derecho, nuestra sangre de latinos y de demócratas hijos de la gran Revolución.» Y los chinos, y los japoneses, y los croatas, y los brasileños, y los irlandeses de América, y los ukranianos desterrados, y los escandinavos, todos los pueblos, en fin, han dejado en las proclamas de hace tres años el testimonio de que, desde el instante en

que Francia se vió amenazada por los bárbaros, el mundo entero acudió en su ayuda.

—Fué como en 1792, en los grandes días de la Convención—dice alguien.

En realidad, fué algo más grande, algo más raro, algo más halagador, puesto que no eran los franceses los que acudían a ofrecer su sangre, sino los extranjeros. ¡Ah, aquella inolvidable fecha de 27 de agosto de 1914! Ese día había sido señalado por el Ministerio de la Guerra para recibir los *envolements de volontaires étrangers*. La ceremonia se convirtió en el más formidable desfile de pueblos que ha presenciado el mundo, y en él figuraban cerca de 2.000 alemanes y austriacos, dispuestos, por amor de una idea, a luchar contra sus propias patrias. Y no puede decirse que Francia haya hecho el menor esfuerzo por determinar estos movimientos generosos en su honor. Al contrario. Cuando los futuros legionarios se presentaban en las oficinas del Gobierno militar, los oficiales encargados de examinarlos comenzaban por preguntarles:

—¿Qué motivo tiene usted para alistarse en nuestras filas? No olvide usted que la existencia del soldado es dura, que la campaña puede ser larga. Aún tiene usted tiempo de reflexionar antes de firmar.

Los que en esos momentos supremos parecían vacilar, los que no encontraban una explicación clara y entusiasta de los móviles de su acto, eran aplazados.

—¡Reflexione usted y vuelva dentro de ocho días...

A los alsacianos mismos, que son franceses sometidos a su pesar a un yugo extranjero, se les obligaba

a demostrar su pureza de origen, para evitar que los alemanes se confundieran con ellos. Porque los alemanes y los austriacos, aunque aceptados en la Legión, no fueron autorizados a luchar en Francia, sino en Marruecos.

VIII

En la única obra seria que existe sobre la Legión Extranjera, después de ver pasar a muchos rusos, a muchos polacos, a muchos italianos, encontramos, en una de las últimas páginas, a un voluntario español, mejor dicho, a una especie de fantasma que parece escapado, con su bravura salvaje y su rostro hirsuto, de la gesta de los almogávares.

Estamos en el Artois, en plena batalla. Los héroes del coronel Cot mueren y matan furiosamente, alegremente, embriagados de sangre y de odio. Cada uno blasfema en su lengua, y el concierto de voces hace pensar en una falange de Babel defendiendo un jirón de la tierra prometida. Los heridos abandonan el terreno maldiciendo su suerte. De pronto aparece en la ambulancia un hombre conducido por dos compañeros. «Es—dice Albert Erlande—un mozo de mediana estatura, flaco y moreno, que lanza miradas furiosas. De su sien derecha, a raíz de la cabellera, la sangre, mezclada con una materia blancas y espesa, mana. El médico pregunta quién es, y uno de los que le sujetan contesta:

»—Español.

»Al oír esa palabra, el herido hace con la cabeza un signo afirmativo. Luego se golpea el pecho y comienza a gritar:

»—Rua... ua... ua...

»—¿Cómo te llamas?

»Para responder enseña su placa de identidad, atada con una cadena a su muñeca. El médico lee: Tarás.

»—Rua... ua... ua...—replica el herido.

»Uno de sus compañeros explica entonces lo que le ha pasado.

»—Estábamos en un puesto avanzado y pescó una bala... No quiere dejarse llevar al hospital... En cuanto se sintió herido caló la bayoneta y quiso lanzarse al ataque.

»Tarás coge el fusil de un camarada, lanza su ladrido y, muy erguido, con los ojos muy abiertos, hace comprender que no quiere que lo curen, que quiere ir a matar alemanes. Su mano señala los Ouvrages Blancs. Como no puede hablar, pide un lápiz y escribe:

»—Quiero ir al ataque.

»El médico y los soldados se miran con miradas de asombro. Tarás también los mira muy tranquilo. Para que se deje vendar la cabeza hay que asegurarle que el ataque ha sido suspendido y que su batallón acaba de ser reemplazado por otro batallón en las trincheras.

»—Van a llevarte en una camilla—le dice el médico.

»—No—contesta haciendo un gesto el herido, y moviendo las piernas indica que puede andar.

»Muy emocionado, el mayor le ofrece un cigarrillo. Tarás lo enciende, y luego se vuelve a sus com-

pañeros recomendándoles que le busquen sus armas. Los enfermeros lo esperan; él los rechaza y se marcha solo en busca de su compañía. A los cien pasos cae muerto.»

Este cadáver que anda, este fantasma rugiente que ve con indiferencia su propia masa cerebral escapársele por un agujero, es, sin duda, una magnífica imagen del valor español, en el cual queda siempre algo de épico salvajismo africano. Pero los que leen el libro de Albert Erlande se forman ante tal aparición una idea inexacta de lo que nuestros voluntarios han hecho durante la guerra.

¿Por qué un solo Tarás, hirsuto y mudo, en medio de los innumerables Lindskocs, Midowitchs, Gurfinkels, que unen al arrojo la elocuencia? El periodista que mejor conoce la gesta de los legionarios, por haberlos acompañado desde el principio de sus empresas, Emile Roux Parassac, escribíame poco hace:

«La historia de los españoles es la más interesante.»

Y el coronel del primer regimiento extranjero me dice:

«Todos mis españoles merecen la cruz de Guerra.»

¿En qué consiste, pues, que se hable de ellos menos que de los polacos, de los bohemios, de los yanquis o de los sudamericanos? Sencillamente, en que entre ellos no hay ni grandes artistas, ni grandes intelectuales, ni grandes señores, ni grandes millonarios. Es el pueblo, en efecto, y no la *élite*, el que ha acudido de tras los montes para ofrecer a Francia su sangre. Y el pueblo en todas partes sabe hacer la historia, pero no sabe escribirla ni comentarla. Basta leer las cartas de «Voluntaris», que el semanario *Iberia* ha publicado, para notar que nuestro contin-

gente en la guerra mundial está compuesto de héroes y no de artistas.

«Es lástima—dice Blasco Ibáñez—que entre tanto catalán y tanto valenciano no haya un Muntaner capaz de escribir la crónica de los nuevos almogávares.»

Es cierto. Las más delicadas, las más exquisitas páginas que un legionario ha escrito están en nuestra lengua. Pero no es un español, sino un peruano, el autor; y no tratan tampoco de los hechos heroicos de los legionarios, sino de sus miserias cotidianas, del aburrimiento de la vida de trincheras, de la melancolía de las tardes grises. Oíd hablar a este americano que murió por Francia, y veréis que apenas tiene una línea para España:

«Anamitas pacientes que esperan la muerte en cuclillas, absortos en trabajos microscópicos, mudos y huraños ante el peligro; suizos que van a la guerra por tradición, buscando en todas partes un chicuelo y una manzana para ejercitarse en el deporte nacional; húngaros—músicos o ladrones, dice el proverbio—curiosos de todo, sabiendo todo, industriosos como si les hubiese creado De Foe; turcos locos de pólvora; italianos melodiosos que cantan el azul, el golfo, el jazmín y la melancolía de la mujer; españoles que estuvieron en Cuba; yanquis que han estado en París y vienen a defender Montmartre, y no saben si escuchan cañonazos o taponazos de Champaña; americanos nacidos en tierras calientes y que viven suspirando por París o por la estancia, según la estación y según la mujer; chinos recónditos como detrás de la Gran Muralla, y japoneses finos y sellados como embajadores; rusos familiarizados con la dinamita, que saben matar y morir, ensoñadores y

precisos, llevando en la cabeza un programa social y en el bolsillo un revólver y dulces para los chiquillos; griegos filibusteros y polacos románticos, sutiles y frágiles, y melancólicos y sorprendentes como una melodía de Chopin; ingleses rubios de cabellos y de tabaco, unidos por amor a la pipa; negros del Senegal, de Argelia, de Jamaica, hilaros y buenos, comiendo azúcar, sencillotes y vagamente orgullosos de vestir como blancos. ¡Y qué idiomas, y qué dialectos, y qué jerigonzas! Los que se hablan en varios climas, y los que se hablan en una provincia, y los que se hablan en una isla y hasta los que no se hablan en ninguna parte. Aquí cada uno es intérprete si sabe dos lenguas, y si sabe tres manda, y si supiera diez, el coronel le dejaría sus galones. Si se quiere hablar con uno, hay que buscar al que sabe una lengua que también otro sabe, y así, de eslabón en eslabón, formar una cadena poliglota para preguntar la hora...»

En ese universo babélico, sin embargo, la masa más compacta y más numerosa actualmente la forman los españoles. Hay quien dice que fueron 15.000 al principio de la guerra. Esto es exagerado. Fueron, en realidad, unos 3.000, de los cuales quedan 1.200. Los demás han muerto como héroes defendiendo una causa sagrada, luchando contra un pueblo que les inspira un odio instintivo. La proporción no es menor en los demás contingentes de los regimientos extranjeros. En la batalla del Artois, 6.000 legionarios asaltan las posesiones alemanas, defendidas por una brigada bávara. Después de un día de combate logran hacer huir al enemigo. Por la noche, al pasar revista, se nota que más de la mitad han pagado con la vida el triunfo. Sólo los fusileros de

la marina que defendieron Dixmude ofrecen un porcentaje superior de muertos.

—Si la guerra dura aún dos años—me dice un andaluz que toma la tragedia en broma—, nuestro regimiento se compondría de cuatro hombres y un cabo...

IX

Por encima de la tapia de una granja, la voz de una guitarra viene a nuestros oídos y nos sorprende con sus notas desgarradoras en este ambiente de alegría, de indiferencia, de desprecio por la vida, como una queja de mujer en medio de una fiesta. Tras la voz de la guitarra, una voz humana, aguda, casi infantil, sube y se quiebra en trinos que forman en el aire un haz de notas que tiemblan, que lloran, que se lamentan, que se crispan y que, de pronto, mueren en un suspiro de congoja.

—Ya los oye usted—exclama el oficial que tiene la bondad de servirme de guía en el laberinto cosmopolita de la Legión.

Y deteniéndose antes de llamar a la puerta de la casa de labor, agrega:

—Lo que más les choca a los hombres del Norte, a los suizos, a los polacos, a los ingleses, es la gravedad melancólica y silenciosa de los españoles. Para ellos, en principio, un español es un ser ligero, gesticulador, charlatán, exaltado, dispuesto siempre al baile. Y lo que aquí ven les desconcierta. Porque de todos los «pueblos» que componen nuestra Babel, el que menos se mueve es el español. Algunos psicólo-

gos del regimiento atribuyen eso a los muchos catalanes que hay... Pero son justamente los catalanes los únicos relativamente alegres. Los otros, los andaluces, los castellanos, los vascongados, parece que estuvieran siempre en misa... Va usted a verlos...

En el interior de la granja encontramos una compañía que se prepara a volver a las trincheras dentro de pocos días y que produce la impresión de aburrirse soberanamente. Tres o cuatro soldados a quienes mi mentor hace señas para que se acerquen, vienen hacia nosotros sin prisa. Los demás ni siquiera parecen notar nuestra presencia. En grupos, alrededor de juegos de naipes, o aislados, soñando un sueño vago, esos hombres morenos, de rostros enérgicos, de cuerpos esbeltos y secos, esperan Dios sabe qué: tal vez la hora del rancho, tal vez la llegada del cartero, que es el gran distribuidor de emociones; tal vez nada... La guitarra sigue esparciendo sus lamentos sobre las cabezas, y de vez en cuando la voz aguda, la voz de monaguillo lloroso sube con tenues aleteos y se duerme en el aire como una golondrina.

Ante esos héroes que descansan de sus épicas fatigas recientes, lo que antes, en presencia de los polacos, de los rusos o de los suizos, no me había siquiera preocupado, me llena el alma de curiosidades febriles. «¿De dónde han salido estos mis hermanos que combaten por Francia?», me pregunto. Bajo el uniforme que nivela las castas, adivino diferencias de fortuna, de educación, de ideales. Hay algunas caras finas, aristocráticas, de raza, que tres años de campaña no han logrado deformar.

Hay, sobre todo, caras leales, caras de obreros con su noble reflejo de idealismo latente, con su tranquila energía templada en el esfuerzo. Pero hay tam-

bién caras de una animalidad extraña, casi sin frente, casi sin ojos, todas mandíbulas y pómulos. «¿Dónde, me digo, en qué rincón del mundo, estos seres que parecen salir de la selva primitiva adquirieron la llama de la fe que los trajo a ofrecer sus vidas en aras del Derecho?»

Existe un misterio insondable en el alma de la Legión Extranjera. En tiempo de paz, siendo, como lo es, un refugio supremo para todos los desesperados, para todos los que vacilan entre el suicidio y el heroísmo, para todos los que han llegado al borde del abismo, en suma, su misma formación heterogénea le da una especie de carácter concreto y de unidad pintoresca. En sus filas, junto a un príncipe que arrastra un fantasma de amor se encuentra un banquero que recuerda haber tenido millones y haber hecho bancarrota; al lado de un coronel que ha abandonado su regimiento por alguna historia de juego se yergue un antiguo presidiario que, una vez su pena cumplida, con un nuevo nombre, quiere probar al mundo que para saber morir no se necesita una honradez de monje... Pero esa Legión, romántica, magnífica y terrible, se ha quedado casi entera en África. La que combate en el frente europeo, y que es el único cuerpo de tropas que ha logrado obtener la *fouragère* roja para animar el tono gris de su uniforme, es un núcleo más vasto y menos novelesco. Formada en un día, atrajo a todos aquellos que, por instinto o por principio, se creyeron en el deber de ofrecer a Francia sus vidas para contribuir a salvarla de la garra de los bárbaros. «¿Me preguntas lo que he venido a defender?—dice un voluntario polaco—. He venido a defender la patria de Víctor Hugo.»

Otros hay que han acudido a la cita trágica atraí-

dos por una sonrisa de mujer, por un recuerdo histórico, por una frase leída en algún libro viejo. ¡Es tan variado, tan múltiple, tan sutil y tan intenso el prestigio de la tierra francesa! Leyendo su historia, bella cual un poema, los niños se llenan la cabeza de ensueños épicos y galantes. Oíd a este soldado venido de América: «¡Tierra de Galia, tierra sagrada, tierra de héroes, de santos, de cortesanos y de poetas, heme aquí a tu servicio, heme aquí dispuesto a regarte con mi sangre para que una cepa de vino espumoso nazca de mi sacrificio, para que haya una línea más en tu leyenda, para que el mundo sepa que aún hay algo digno de que se le ofrezca la vida en holocausto gozoso!» Estas frases, treinta mil extranjeros las sienten y las murmuran vagamente, agregándoles salmos de libertad, de justicia, de democracia.

—¿Quién le sugirió a usted la idea de alistarse en la Legión?—acaba de preguntar mi guía a un verdadero «peludo» levantino hirsuto, cuadrado, hermoso a fuerza de fealdad viril.

—Soy revolucionario—ha contestado con orgullo.

Junto a él sonríe un mozo imberbe, sin pelo, sin aire marcial, casi sin sexo, de ojos claros y femeninos, de labios sinuosos y misteriosos, especie de andrógino irónico.

—¿Y usted?—le digo.

—Yo—responde—soy vascongado.

—¿Y qué hacía usted antes de la guerra?

—No lo creerá usted.

—¿Por qué?...

—Porque yo era cura...

Y para probarme que no miente, hace el ademán de bendecirme y murmura:

—*Excelsus super omnes gentes Dominus et super coelos gloria ejus...*

El oficial que me acompaña, y que está acostumbrado a los misterios de la Legión, no parece extrañarse de ver a un sacerdote español convertido en guerrero francés.

—En África—exclama—hay en una compañía un obispo irlandés, un archiduque austriaco, un rabino polaco, un banquero griego... Nadie sabe lo que se esconde bajo uno de estos uniformes... Cada voluntario es una novela... ¿Ve usted a ese soldado raso que pasa?... Es el coronel V., un mejicano que fué jefe de Estado Mayor en su tierra.

X

Un coronel, un cura, un revolucionario... Ya no me atrevo a preguntar a los demás lo que fueron antes de venir a la guerra... Cada uno de ellos debe tener en el fondo del alma su novela o su drama, como nosotros tenemos los nuestros. Pero pensar que basta una desesperanza para convertir a un hombre en héroe de epopeya, es absurdo. Habría millones y millones de legionarios en tal caso. Por encima del secreto de la vida está el ideal, el entusiasmo por las grandes empresas, el espíritu de aventuras, el sentimiento oscuro de un deber que conduce a todos los sacrificios para servir una causa noble. Esto último hace sonreír a los que, obedeciendo a la consigna germana, injurian a los legionarios, negándoles en masa el conocimiento exacto de los factores morales de la guerra actual. «Es inocente—dicen—pensar que la mayoría de esos hombres, cuyo nivel intelectual es muy humilde, hayan tenido en 1914 la idea de que Alemania representaba la barbarie y Francia el derecho.» Y agregan: «Acudieron ahí porque la guerra abría un horizonte a sus instintos guerreros.» Hay una razón para demostrarles que se equivocan, y es, a saber: que entre todos los pueblos que luchan, el

único que posee un cuerpo de voluntarios extranjeros es el francés. ¿Por qué, en efecto, si lo mismo les daba pelear por unos que por otros, estos héroes vinieron aquí, en vez de ir a Alemania, a Austria, a la propia Inglaterra? No, no puede dudarse del móvil moral, del atractivo ideal de la causa que defienden. Junto a los intelectuales, que antes de alistarse expresaron en discursos sutiles sus argumentos contra lo que representaría para el mundo la hegemonía alemana, hay otros más numerosos, más sencillos, que sólo pensaron en el peligro que corría Francia y que quisieron ayudarla a formar con sus fuertes pechos un baluarte salvador. Y en realidad no es ni siquiera la misma Francia la que todos estos seres defienden. Para el sacerdote vizcaíno que ahora se halla a mi lado, y que me confiesa que «fué una cosa más poderosa que su voluntad» lo que le hizo abandonar la sotana y tomar el fusil, Francia es, sin duda, la tierra de San Luis, de Bossuet, de Fenelón, y también de los grandes libertadores actuales del espíritu sacerdotal, antes oprimido por el fanatismo estrecho del *Syllabus*. Para el revolucionario valenciano, Francia es, de seguro, la revolución vista a través de las imágenes líricas de Blasco Ibáñez, la revolución toda azul y rojo, color de aurora y de cielo, creadora de democracias ideales, capaz de guillotinar al rey y de suprimir a Dios para crear los derechos del hombre... Para el coronel que vegetaba, sin esperanzas de magníficas hazañas, en algún cuartel de provincia, Francia es Condé, Turenne, Bayardo y Bonaparte, la gloria bajo el vuelo de las águilas, la soberbia masa de guerreros que luchan, no por suprimir el derecho y la libertad de los pueblos, sino para darles lecciones de democracia... Y entre los

demás, muchos habrán venido, como el poeta yanqui, «para defender a Víctor Hugo», y muchos para luchar al lado de Cyrano de Bergerac, con un penacho ilusorio en el casco de acero, y muchos para impedir que los groseros teutones violen a las preciosas heroínas de las novelas parisienses, y muchos para ponerse, sencillamente, del lado de la gracia latina en su choque contra la barbarie tudesca.

El sacerdote, que ha conservado bajo su uniforme amarillento las maneras untuosas del Seminario, me dice:

—Cuando abandoné mi pueblo y mi iglesia, mi deseo era servir a Francia, pero no como soldado. La idea de derramar la sangre de mis semejantes no acudió siquiera a mi mente. Me figuré, al oír hablar de los centenares de españoles que se alistaban en Bayona, que podría yo, sin quitarme la sotana, colaborar a la gran empresa en calidad de enfermero o de capellán. Así, el día que me presenté en Burdeos al jefe del reclutamiento, todavía llevaba mi traje talar. Ser capellán era imposible, y para ser enfermero tenía antes que hacer largos estudios. Mis paisanos vascos se reían de mí con cariño y me aconsejaban que regresara a la tierra, porque para las batallas los curas están de más. Uno me dijo: «En cuanto oiga usted un cañonazo, se cae desmayado.» Entonces, no sé..., el orgullo, el mal carácter... Lo cierto es que me quité la sotana, y en mangas de camisa, le dije a un oficial: «Apúnteme como soldado, para que vean éstos.» Todos me abrazaron, y al día siguiente el «curita» era tan militar cual ellos...

—Pero—le pregunto—, ¿no ha notado usted que en España el clero considera a Francia como el imperio de los herejes?

Haciendo un amplio ademán de pena, el buen vizcaíno murmura:

—Sí que lo he notado... Y por cierto que no hay nada tan injusto, porque, en el fondo, este pueblo es más religioso que el nuestro... Digo en el fondo y no en la forma, en el espíritu y no en los gestos exteriores... Vaya usted a una iglesia, y notará la diferencia. Hable usted con un sacerdote, y verá el abismo que lo separa de un colega español... Yo no he tratado sino a los que, como yo, son soldados... ¡Si viera usted la fe que los anima, la santidad que los exalta, la humildad que los guía!...

Junto al «curita», como se llama a sí mismo el legionario, el valenciano republicano sonríe con aire de burla, y murmura:

—Son unos buenos tipos, no lo dude; pero que no se metan en política si no quieren que les colguemos a todos en la misma rama.

Luego, volviéndose hacia su compañero de armas y de heroísmo, exclama:

—¿Sabes tú por qué no molestan los clérigos franceses?... Porque el pueblo les ha puesto un bozal... Cuando hagamos lo mismo nosotros, tendremos derecho a no ser anticlericales... Entretanto, hay que quemar los Seminarios.

El «curita» murmura:

—*Sicut erat in principio et in saecula saeculorum.*

Poco a poco, atraídos por nuestra charla, algunos soldados se acercan y me piden noticias de España.

—¿Viene usted de allá?...

Todo el patriotismo, toda la nostalgia de estos hombres, que llevan años lejos de la tierra natal,

brilla en los ojos de los que me hacen tal pregunta. «¡Allá!»... Y es que «allá» es el hogar abandonado; allá son los recuerdos; allá es la madre, la novia; allá es el porvenir... ¿Quién fué el periodista injusto que llamó descastados y desarraigados a los únicos españoles que le permitirán un día al país entero demostrar que no permaneció completamente ajeno a la tragedia mundial y que no se desinteresó por completo de la causa de la justicia? Un nuevo universo se halla ahora en formación. Lo que ese universo ha de ser, nadie lo sabe a punto fijo. Pero los que lo están creando con su sangre, con sus sacrificios, con su esfuerzo sacrosanto, tendrán derecho mañana a preguntar a los que no pusieron una sola piedra en el nuevo edificio social: «¿Qué hacíais mientras nosotros agonizábamos?» Entonces España, recordando la gesta de sus hijos que hoy luchan por un ideal, podrá contestar: «También hay millares de tumbas nuestras en los campos de Flandes, del Somme, de Champaña, de Lorena...» Sí que las hay... Y todas ellas figuran entre las más nobles, entre las más bellas, entre las que más respeto inspiran. Aunque no fuera sino por orgullo nacional, los legionarios debieran interesarnos profundamente, puesto que en los momentos sublimes en que Europa entera rivaliza en arrojo, son los que demuestran que la bravura española es siempre la misma, que la raza no ha decaído, que el alma es aún fuerte y el brazo todavía joven. Desde este punto de vista, preciso es confesarlo, los catalanes, sin distinción de *filias*, se han mostrado más clarividentes que el resto de la Península, dando a sus voluntarios muestras de admiración, de cariño y de gratitud.

Los mismos que me preguntan si vengo «de allá», agregan con melancolía:

—Aquí casi puede decirse que sólo de Cataluña recibimos noticias y socorros...

—Por eso—exclama el «curita»—nos llaman los «catalanes», y con ese nombre figuraremos en la Historia, aunque sea injusto... ¡Qué quiere usted!... Las demás provincias nos ignoran o nos olvidan... En cambio, vea usted...

Y sacando de una cartera, descolorida por tres años de uso, un recorte de periódico, me lee las líneas siguientes, firmadas por un escritor barcelonés:

«Aquests germans nostres que, portats per un gran impuls del cor, han ofert a la França la sang i la vida, han fet a la causa de Catalunya un servei inmens. Li han fet un servei més eficaç, més fructifer, que tots els propagandistes i tots els polítics plegats. Si la guerra present te, entre altres conseqüencies, la de donar un valor internacional al moviment nacionalista de Catalunya, ho deurem en primer lloc a aquests catalans, ensems obscurs i gloriosos, que lluiten al costat de l'exércit francés. Gracies a aquests voluntaris nostres que vesteixen l'uniform del soldat francés, Catalunya pot presentar-se a la França amb uns simples i bells mots: «Jo soc Catalunya, la petita terra llatina veína teva, que, amés dels seus fills que són dins la República, n'ha donat dos mil més de voluntaris per a lluitar, sota les teves banderes, contre l'enemic.» I dient aquests mots, la França ens coneixerá de siguida i ens escoltará cordialment.»

Después de leerme estas líneas nacionalistas con

un acento que haría reír a Rusiñol, el legionario dice en voz alta, como para que todos los que nos rodean puedan dar testimonio de que no miente:

—Basta vernos, sin embargo, para convencerse de que no todos somos catalanes...

XI

No es Cataluña sola, en efecto, la que ha formado la Legión. Es toda España. Junto a las caras robustas y algo hirsutas de los *peludos* de Barcelona, de Gerona, de Figueras, veo aquí los tipos más finos, más aguileños, más esbeltos de las provincias meridionales, los perfiles de medalla de los andaluces, los rostros ardientes de los valencianos. Y veo también los cuerpos sin caderas, secos y ágiles cual los de ciertos atletas griegos, de los vascongados. Y veo a los gallegos, melancólicos, macizos, silenciosos, nostálgicos. Y veo a los castellanos, con sus ojos de fiebre y sus labios de sed, ascéticos, taciturnos, orgullosos, ávidos, enigmáticos... Y me digo: Así fueron, de seguro, los compañeros de Cortés, los hermanos de Balboa, los hombres callados que espantaron al mundo con sus empresas sobrehumanas, atravesando continentes, descubriendo mares, sometiendo pueblos... Así, sin nada de marcial en el aspecto, mal vestidos, mal encarados, un poco sórdidos, pequeños de talle, abandonados y como perdidos en una especie de nirvana, así fueron también los almogávares a quienes la Historia llama catalanes y que, en realidad, eran de toda la Península... Así han sido siempre nuestros héroes...

Como si adivinara mis pensamientos, el teniente que me guía me habla de las virtudes y de los defectos de los españoles desde el punto de vista militar.

—Bravos—me dice—lo son como ningunos... Yo hubiera querido que los viera usted el 16 de junio de 1915, cuando el empuje alemán parecía tan irresistible, que los batallones griegos abandonaron el terreno... «Nosotros—gritó un polaco—preferimos morir que retroceder.» Entonces un español le contestó: «Pues nosotros preferimos vencer.» Y arrastrando a todos sus compatriotas, lanzóse al asalto de las trincheras enemigas con una furia irresistible. No había modo de contenerlos. El límite marcado por el general para el avance, lo traspusieron. Fué necesario que los oficiales, usando de su autoridad, los detuvieran, para evitar una de esas catástrofes que suelen originarse en los intentos temerarios... Porque, eso sí, como imprudentes, como incapaces de calcular los resultados de un acto impremeditado, no hay nadie que los gane... Son, en suma, guerreros; pero no son militares...

Mi *cicerone*, que teme, sin duda, haber ofendido mi patriotismo de raza, trata, con razones históricas, de explicarme sus últimas palabras... Guerrero, para él, es un elogio... Militar, no... Los alemanes, según me dice, son militares y son guerreros... Los franceses son guerreros y militares, según las regiones...

—Vea usted nuestro país—exclama—, que es al mismo tiempo un pueblo del Norte y un pueblo del Mediodía... ¿Cuáles son nuestros mejores soldados?... Nadie puede decirlo... Los unos son más pacientes, más resistentes, más disciplinados... Los otros son más ardorosos... Pero si a mí me pusieran a escoger entre una compañía de normandos o de bretones y

una compañía de cazadores alpinos, por ejemplo, me quedaría con esta última... ¿No ha oído usted hablar de las proezas de los alpinos?... El cabo Contandier, en la batalla del Somme, acompañado por un solo camarada, se apoderó de una caverna en Hem e hizo un centenar de prisioneros... El capitán Vincendon, con ocho hombres, capturó a toda una compañía alemana... ¡Ah, la batalla del Somme!...

Mi oficial se exalta un poco a medida que habla... El recuerdo de aquella lucha épica, en la cual ganó su primer galón, le entusiasma.

—Yo estaba en la Legión Extranjera—me dice.

Y agrega:

—Era en el verano de 1916... En el mes de junio nuestros voluntarios se hallaban en las trincheras del nordeste de Compiegne. Nuestro tiempo de descanso había sido largo, pero no inactivo. ¡Ah! No... No hay día sin trabajo en la guerra. Nuestro sector se extendía a lo largo del valle situado en la cuesta de Lasigny. El bombardeo permanente, sobre todo durante el día, habíase vuelto para nosotros una calamidad normal, pues nuestro sector vivía constantemente bajo la metralla del 77, del 105 y del 150 *boches*. Dominados como estábamos por la colina del Plermont, que se encontraba a 600 metros de nuestra trinchera de primera línea, resultaba peligroso asomar la nariz o mover una paja en el día. Afortunadamente, en la noche la situación cambiaba de aspecto, y entonces el movimiento y la vida activa comenzaban, cada vez con más vigor, en nuestra línea. A la caída de la noche, cuando los legionarios salían de las cuevas, su buen humor y sus chistes animaban nuestra existencia monótona. Aquellos momentos los llamábamos «la salida del Metropolitano». Entonces respirá-

bamos todos ese aire delicioso y puro que tiene toda la frescura y todos los perfumes agradables de la noche.

»Voluntarios nunca faltan para ir a sorprender a los *boches* durante la noche; de modo que las patrullas de reconocimiento iban hasta donde se hallaban los centinelas enemigos en sus barracas tejidas de alambre. Los *coup de main* eran la diversión cotidiana de los legionarios. Por otra parte, el trabajo no faltaba, pues cada día las obras de organización del sector aumentaban con nuevos esfuerzos, que llegaron al fin a crear una verdadera fortificación con todo el *confort* moderno.

»Las trincheras son como las grandes ciudades: siempre hay que derribar un edificio para fabricar otro mejor. El aseo de las calles, la pintura de los muros, el ornato público, las medidas de higiene, todo lo municipal, en una palabra, es tan importante como lo puramente militar.

»El 20 de junio, en la noche, con un cielo azul y una luna espléndida, y con nuestros corazones repletos de nuevas impresiones, dejamos, no sin un poquito de tristeza, aquel sector, que había sido en los primeros días nuestra pesadilla, pero que al fin habíase vuelto el ideal refugio de nuestra larga temporada de bombardeo. Tres días más tarde, después de un viaje bastante agradable, realizado parte a pie y parte en ferrocarril, llegamos a los campamentos de reserva del Somme; esto fué el 23.

»Nuestro vivac fué establecido en Bayon, hacia el Norte de B... Allí permanecimos hasta el 30 por la noche.

»En estos últimos días, salvo algunos trabajos para la organización del campamento y la preparación de

la marcha *en avant*, los hombres gozaron de un reposo casi absoluto. Por lo que toca a los oficiales, sólo se ocuparon en hacer unos cuantos reconocimientos de posiciones de primera línea de nuestro sector, distantes 1.500 metros más o menos.

»En aquellos alrededores había 53 parques de Artiría, y en ellos desde el más pequeño calibre hasta el 370 y 420 francés, los más enormes conocidos entonces. Estos parques eran muy grandes. Todos nosotros los admirábamos con espanto y considerábamos que los que habíamos visto en Champagne no eran nada al lado de ellos.

»Por las tardes, después de la sopa, un verdadero desfile de oficiales de los campamentos vecinos se veían pasar por todos aquellos depósitos, donde la vista no saciaba nunca su curiosidad al contemplar tantos millones del oro de Francia convertidos en instrumentos de destrucción y de muerte. Las baterías de las torres blindadas habían cuadruplicado su tiro. Todas esas baterías, con su enorme potencia de alcance de 25 a 36 kilómetros, formaban una barrera formidable a *l'èxtreme arrière* de las líneas. El tránsito en las carreteras, entre los diferentes parques y depósitos y las posiciones de baterías y demás elementos de primera línea, hubieran podido dar a un observador la exacta idea del trabajo colosal que requiere en nuestra época la preparación de una batalla importante.

»Nosotros tuvimos ocasión de presenciar muchas veces el servicio de aprovisionamiento en una sola carretera, que era la más inmediata de nuestro campamento. ¡Qué increíble movimiento! Un aparato cinematográfico habría tomado allí una de las películas más sensacionales de nuestros días. La carretera, que

era extremadamente ancha y se hallaba oculta a las miradas del enemigo, temblaba constantemente bajo el paso de camiones automóviles y de toda clase de vehículos conocidos. Tres hileras llenaban el espacio: dos que iban hacia las líneas, y una, la del centro, que venía de regreso. El orden y la organización eran una maravilla: todo marchaba como movido por un solo resorte. El servicio de la Cruz Roja y el de las Intendencias estaban allí impecablemente asegurados. Todo estaba previsto; nada faltaba. El entusiasmo era maravilloso. La confianza en la victoria era unánime. Para todos nosotros estar en la vanguardia constituía el honor más grande, y nos sentíamos felices de ser la primera ola de ataque en aquella formidable ofensiva. La acción de un ejercito, de una tropa sobre otra tropa, es a la vez acción moral y acción material. La acción material de una tropa reside en su potencia de destrucción; su acción moral, en el temor que inspira.

»La preparación de Artillería que precedió a la batalla del Somme es la más colosal que se había conocido hasta entonces. Aquello fué la desolación, el terror de los *boches* y la ruina completa de sus fortificaciones de posición. Ocho días antes del asalto los cañones francoingleses comenzaron a vomitar sus torrentes de fuego y de metralla; en los últimos cinco días el bombardeo se multiplicó, y todos los cañones reunidos en aquel frente arrojaban sin cesar, noche y día, millones de granadas, de bombas, de torpedos. Nosotros no sabíamos exactamente qué día ni a qué hora la gran batalla se desencadenaría. Sólo los jefes del mando superior podían saberlo. Sin embargo, el 30 de junio un gran movimiento precedió a la calma del campamento en los días anteriores. Los

preparativos para emprender la marcha comenzaron desde por la mañana con un entusiasmo y una rapidez sin iguales; aquello fué casi la fiesta de un aniversario, pues los recuerdos del 24 de septiembre renacieron en todos nuestros corazones, aumentando nuestro ardor...»

Mi guía habla en alta voz en medio de los voluntarios españoles, que nos rodean y que lo escuchan con un interés apasionado.

—Nosotros estábamos ahí—exclama el revolucionario valenciano.

—Sí—dice el cura vizcaíno.

Entonces el oficial, como avergonzado de su discurso, se detiene, sonríe y me pide que lo excuse.

—Al contrario—le contesto—, continúe usted, puesto que es la gesta de nuestros voluntarios...

XII

Ante las exclamaciones de los legionarios que nos rodean, el oficial interrumpe su relato para preguntar a algunos de ellos:

—¿Os acordáis?...

Todos estaban ahí... Las cruces de bronce que llevan al pecho, ahí las ganaron. Ahí, más aún que en Champaña y que en Picardía, demostraron sus magníficas virtudes guerreras, su ardor en el ataque, su desprecio del peligro, su orgullo de raza. Algunos de los que se hallan a mi lado sacan del bolsillo sus libretas militares y me hacen leer las notas de las órdenes del día del regimiento que se refieren a ellos.

«Manuel Villumlizales—dice una de esas notas—, español voluntario, modelo de heroísmo y de entusiasmo; gravemente herido el 9 de julio de 1916, continuó en su puesto el combate, gritando: «Aunque yo »muera, no importa; triunfaremos siempre. ¡Viva »Francia!» Y otra: «Aguilar Muñoz, bella conducta bajo la metralla en las circunstancias más críticas; salvó a su sargento, herido en medio de una tormenta de fuego.» Y otra: «Carlos Díez, admirable de arrojo, de energía, de voluntad; siempre dispuesto a encargarse de misiones peligrosas, dando pruebas

en cualquier caso del más profundo desprecio de las balas; el 9 de mayo de 1915, separado de sus compañeros, después de haber llegado a la cota 140, unióse a otro regimiento para seguir luchando durante dos días.» Y otra: «Antonio Sánchez, muy buen soldado, dió muestras, en una misión de gran riesgo, de arrojo tranquilo.» Y otra: «Francisco Cortés, sirviente de una pieza aislada, se encontró en una lucha cuerpo a cuerpo, de la cual salió vencedor gracias a su extraordinaria sangre fría...» Pero ¿a qué seguir copiando esos breves y elocuentes certificados de heroísmo?... No existe un solo legionario que haya dejado de merecer un elogio y una palma.

—Es el regimiento de los condecorados—dice un cronista inglés.

Y el coronel Cot exclama cuando le hablan de sus *enfants:*

—Todos merecen la cruz de los bravos.

Mas no hay duda de que en el himno que los voluntarios inspiran, los españoles de España y de América, los representantes de la raza de Pizarro, de Gonzalo de Córdoba, de Berenguer de Rocafort, tienen derecho a una estrofa especial. Mi guía me lo repite a cada instante, insistiendo en el sublime arrojo de nuestros compatriotas.

—Un solo dato basta para demostrarlo—me asegura—, y es que de los cuatro únicos soldados rasos que han sido condecorados con la Legión de Honor, tres son españoles.

—¿Cómo se explica usted entonces—le pregunto—que haya, relativamente, menos oficiales españoles que polacos, suizos o bohemios?

—Por el carácter—me contesta—. Los ejercicios, los estudios, la disciplina científica, no los atrae. En

los días de descanso, mientras los hombres del Norte organizaban, al principio de la guerra, conferencias técnicas, los españoles dormían o hablaban de política. Para ellos, la pelea no es, como para los alemanes, un arte hecho de cohesión, de táctica, de ardides metódicos, sino un acto instintivo, un movimiento natural, algo que está en la sangre y no en la cabeza. Si en vez de pasar tres años en plena lucha, arriesgando todos los días su vida, se les hubiera mandado a los cuarteles del interior para montar la guardia lejos de las trincheras, la mayoría hubiera desertado. Interróguelos usted, y verá que ninguno de ellos tiene la idea de continuar la carrera una vez la paz firmada. La existencia de cuartel, con su monótono mecanismo invariable, no está hecha para sus temperamentos. Son de un individualismo exasperado. A las órdenes de jefes rudos y rígidos, sometidos a una ordenanza automática, serían capaces de sublevarse. Lo que hacen, lo hacen voluntariamente, por convicción, por fe, por amor. Y como son inteligentes, sutiles, razonadores, discutidores, no se resignan sin murmurar a lo que les parece inútil. Lo mismo que los franceses, más que los franceses, refunfuñan sin cesar cuando no ven claro en los esfuerzos pacientes a que se les obliga. Pero pídales usted un servicio, por enorme que sea; diríjase usted a ellos de un modo fraternal; inspíreles usted confianza; gane usted su cariño, y puede llevarlos a la conquista del infierno. Cada pueblo tiene su modo de ser peculiar. En nuestros regimientos, por ejemplo, no hay un suizo, no hay un alsaciano, que no sueñe en obtener, primero, un galón de lana; luego, un galón de oro. Ser oficiales, ser saludados por sus hombres, mandar, llevar un sable, pensar en ponerse más tarde,

en las fiestas de familia, el uniforme que la esposa cuida cual una reliquia: he ahí el ideal de los hombres del Norte. Los meridionales, por el contrario, apenas la guerra termine tirarán sus trajes y no llevarán siquiera en la solapa la cinta que han obtenido a fuerza de heroísmo. Yo he hecho estudios curiosos, interrogando a más de mil soldados sobre sus proyectos. Muchos suizos, muchos polacos, muchos holandeses, muchos bohemios, muchos alsacianos, me han confesado que si logran acabar la campaña como sargentos, harán estudios para llegar a conseguir el grado de tenientes y se consagrarán a la milicia de una manera definitiva. Entre los españoles no hay uno solo que me haya dicho lo mismo. En lo que piensan es en volver a ser lo que eran antes, en irse de nuevo a su tierra, o en establecerse en Francia, o en marcharse a América; pero vestidos de paisano y más orgullosos de sus heridas que de sus cruces. En el fondo son antimilitaristas, no tienen ningún respeto por las jerarquías, no sienten la superstición de las charreteras. Sus jefes son para ellos personas superiores, a las que es preciso obedecer, puesto que han estudiado. Seres temibles ante los cuales hay que quedarse petrificados, como se quedan los reclutas prusianos cuando un teniente les dirige la palabra, no. Los que dicen que el pueblo español es una aristocracia en el mundo, no se equivocan. Con un orgullo tranquilo, cada uno de estos mozos se siente igual al más encopetado personaje. Las costumbres, los hábitos, son democráticos. Las almas son nobles, con algo de altivez fiera. Si un sargento se permite tutearlos, ellos le tutean también.

El oficial contempla a los voluntarios que lo rodean con ojos cariñosos y familiares. Una sonrisa satisfecha pasa por sus labios.

—Una verdadera familia—murmura.

En silencio evoca, sin duda, los días en que, siendo aún soldado raso, vivía en un campamento cual éste y dormía en el suelo durante las horas de siesta, como los que ahora rodean al sempiterno tocador de guitarra.

—Yo tampoco quería tener galones—agrega—; yo tampoco tengo aficiones militares... En mi tierra todo el mundo es general...

Un cabo se acerca a él, ¡y con acento andaluz le pregunta:

—¿No has tenido cartas?

—No—contesta el teniente—. ¿Y tú?...

El cuadro de la hermandad cortés, trazado por García Calderón, acude a mi memoria con sus detalles algo irónicos, algo infantiles, algo picarescos y muy enternecedores.

«Poco a poco—dice el artista peruano—se crean costumbres, una especie de moral, una cortesía nueva. Lo primero es dejarse toda la barba y todo el barro. Época de renunciamiento, en que se juega al soldado como cuando chicos, y se busca tener cara fiera y dar por la suciedad medida del coraje, y por los desgarrones imagen del peligro. Tener botones idénticos es una vergüenza; los tirantes dan fama de afeminado; ¡y quién no sabe que los dedos son el cubierto mejor! Seríamos ridículos si no tuviéramos un entierro diario a que asistir. Nuestra misa, dice un romántico. Pero en el fondo somos los sensuales de siempre, capaces de buscar en la mortificación una nueva emoción; pero pronto fatigados de esta vida despojada. Así, cuando vienen los meses de sol, una mañana bebe mi buen X... una taza de te sin que le culpemos, y como si nos hubiésemos puesto de acuer-

do, todos sacamos bibelotes *inútiles* que nos deben proporcionar comodidades de civilizados: esos engorrosos aparatitos que inventa un burócrata envidioso para desesperar a los que viven en los caminos. Y nuestra emulación en la miseria se convierte en concursos de opulencia. Hay quien tiene perfumes que afectamos no sentir; los más se afeitan «como en la retirada de Rusia», y en los reductos, después de la consigna, se cuenta que en la trinchera vecina un cabo gasta monóculo. Afectamos una cortesía exagerada: «Pase usted», «Perdone»; y así como no se habla en la ciudad de un cierto número de asuntos peligrosos, aquí nadie cuenta por qué se enroló y nadie habla de la muerte vecina. Como nada o casi nada poseemos, salvo la existencia, la propiedad nos parece abolida, y lo que deseamos coger, lo cogemos, sin que la palabra *ladrón* nos desvele. Apoderarse de lo que nos place es tan natural como disparar sobre enemigos. El mismo que va a recoger a Manuel, herido en un sitio peligroso, y que arriesga la vida por socorrerle, le había robado anoche una libra de su chocolate. Sin duda, diez cañonazos han derribado los Mandamientos, y nada respetamos sino la melinita. Los escrúpulos son para feligreses bien comidos, y el confesonario pudre bajo la bóveda rota. Que si algún recuerdo del Catecismo nos quedara, como vivimos en penitencia, nos damos crédito de pecados. Y de todos nuestros recuerdos de trinchera, éste será nuestra «ardiente zarza», el advenimiento de una nueva moral que nace de la contemplación cotidiana de la omnipotencia de la fuerza y la brevedad de la vida.»

—Sí—murmura mi guía, a quien le recuerdo este cuadro trazado por la mano ligera de un compañero muerto—, sí... Así somos... Un poco niños...

XIII

Así como he dicho antes que es una injusticia llamar a los legionarios españoles «los catalanes», debo ahora confesar que tampoco sería justo negar que Cataluña es la región que ha dado, no sólo el mayor contingente de voluntarios, sino también el contingente más distinguido. No se trata, claro está, de establecer categorías de heroísmo. Bravos todos lo son de la misma manera, con el mismo ardor, con la misma elegancia. Pero hay entre los catalanes un núcleo de intelectuales, que forman una aristocracia, o, si se quiere, una *élite*. Hace pocos meses los periódicos de Barcelona anunciaban la muerte en las trincheras de Verdun de un periodista notable, llamado Melchor Ferrer. Por fortuna, la noticia era falsa. El joven escritor, a quien sus compañeros reconocen un gran talento y un gran carácter, sigue luchando en defensa de sus ideales, que no son por cierto republicanos, ni siquiera democráticos. «Tradicionalista de cor—dice uno de sus biógrafos—, volgué ofrendar el sacrifici de la seva prestació personal a la França inmortal i eterna, an aquesta França de geni complexe i multiform que conté i armonitza totes las idees i tendencies de l'especie humá i que per

en Ferrer havía estada mestra y guia que li havía mostrat, en la fórmula monárquica, nous aspectes inconeguts i noves belleses insospitades.»

«Y l'esperit selecte i aristocráticque dés la tribuna de la Premsa havía adoctrinat a les multituts, avui fusell en má lluita per la veritat, i el dret contra'ls barbres de l'Europa vella..., els mateixos barbres que, en revenja, dés el seu mateix diari destrueixen l'edifici moral de les tradicions que ell havía amat i predicat.» Y él mismo, en una de sus preciosas cartas, escribe: «Jo us podría comptar les meves aventures de soldat, pero aquestes, si existexen, no tenen cap valor. Lo essencial, amic, son les idees salvades; per elles me trovo an aquestes trinxeres, i la rao me diu amb més força que mai, que sols per elles se pot lluitar.»

«¿Es lógico—preguntarán los que conocen mal a Francia—que un tradicionalista, católico y monárquico, pretenda servir a su partido alistándose en las filas en que militan los republicanos y los anticlericales más ardientes?» Sí lo es. La cultura francesa, contrariamente a lo que creen los que la conocen mal, representa el ideal del orden latino. Por comprenderlo así, Valle-Inclán y Azorín, conservadores acérrimos, se han afiliado a la falange de los legionarios de la pluma. «Pero en ese caso—dirán otros—, ¿cómo los revolucionarios van también a ofrecer su sangre por defender a Francia?» Porque Francia, en su compleja constitución moral e ideológica, encarna al mismo tiempo todos los grandes anhelos del espíritu moderno: los de la democracia y los de la disciplina espiritual, los de la tradición y los de la utopía. Esto los catalanes lo han visto desde el principio, y así, entre sus voluntarios figuran hombres de todos

los partidos, conscientes de defender el manantial más fecundo de sus principios y de sus ideas. «No saben nuestros germanófilos—dice un redactor de *Iberia*—que estos hombres han reproducido el gesto del hijo del marqués de Albaida, y de nuestro guerrillero republicano el Xich de las Barraquetas, que en 1870, al caer el Imperio y seguir la resistencia pasaron a Francia, acaudillando otros españoles para batirse con los prusianos. Claro que habrá quien haya abanderado a ciegas, empujado por una hora crítica; pero la mayoría se alista por amor a Francia, siguiendo esa pasión romántica de los catalanes de hogaño, que nos ha hecho visionarios de todos los ideales. Y allá han ido los republicanos, y los anarquistas, y los nacionalistas, y hasta algunos, como Ferrer y Presas, enamorados de las ideas que representa *L'Action Française*.»

Así es, en efecto, y así debe ser. Contra el feudalismo militar, contra las teorías de dominio universal de la fuerza, todos los que creen en el Derecho se unen en una concentración de ideas espirituales.

Otro legionario catalán, cuya muerte también fué anunciada y desgraciadamente no desmentida, Ferrés Costa, vino a Francia para defender ideales opuestos a los de Melchor Ferrer. Era literàto, y en su ardor revolucionario acariciaba ensueños de futuras sociedades sin reyes, sin ministros, sin soldados, sin jueces y sin sacerdotes. En los días de descanso, en los campamentos de reserva, organizaba representaciones teatrales, daba conferencias y establecía cursos de filosofía romántica. «Ante todo—decía—, hay que suprimir el Ejército.» Y cuando le preguntaban: «¿Por qué, entonces, es usted soldado?», contestaba: «Porque la guerra francesa es la

guerra contra la guerra y contra el militarismo.» Nadie, sin embargo, más militar que él en su conducta, en su porte arrogante, en su entusiasmo de combatiente. Su muerte es una página de gloria, que Vicente Más—otro intelectual voluntario—nos ha contado en los siguientes términos:

«Era el día 9 de mayo de 1915, y tuvo aquel día lugar un ataque de las tropas francesas por el lado izquierdo de La Targette en el Artois. El tiempo era de una claridad admirable. El paisaje, por lo mezquino de su aspecto, no encuadraba de manera alguna con las gestas heroicas que habían de ilustrarle, si no inmortalizarle. Delante de las trincheras francesas se abría y extendía una gran llanura, en el fondo de la cual se divisaba un bosque de pinos, sobradamente espeso y negruzco. Por la derecha se desencapuchaba el diminuto villorrio de La Targette, en el que se erguía donosamente un campanario de forma cuadrada, que tenía a cada lado una ventana y terminaba en punta. En la llanura se hallaban esparcidos unos diez pajares, cuya nota de rubicundez, un tanto gris, tenía algo de siniestra. Esos pajares sirvieron de abrigo a varios soldados en su avance. A eso de las diez de la mañana salieron las tropas de las trincheras. Esas tropas se componían de tiradores africanos, de zuavos, de infantería de línea y de un regimiento de la Legión Extranjera. En una compañía, compañeros de Ferrés-Costa enteráronse de que éste quiso continuar el combate. Alentaba valientemente a los hombres de la sección y los dirigía entre la red de fuego, pues el sargento había sido herido y el caporal muerto desde comenzar el ataque.

»La lucha fué muy encarnizada, muy sangrienta, y duró hasta las cuatro de la tarde, hora en que las

fuerzas victoriosas comenzaron a abrir trincheras. De 4.000 hombres que formaban la Legión Extranjera, quedaron sólo vivos unos 2.800. Entre catalanes y castellanos se contó la enorme cifra de 1.000 bajas, cifra que habla de por sí con elocuencia del heroísmo de nuestros compatriotas. Uno de esos 1.000 héroes fué el pobre Farrés-Costa.»

Mil españoles muertos en una sola jornada... Al oírlo, no podemos defendernos contra un sentimiento de angustia... Mil hombres fuertes, que nos habrían podido servir para la gran labor regeneradora que hoy se inicia... Mil de los mejores... Pero los soldados que me rodean, y que son tal vez de los mil de mañana, no me dejan tiempo para acariciar ideas tristes.

—Más vale sucumbir con gloria—exclama un vascongado atlético—que vivir tranquilamente mientras nuestros hermanos combaten por la libertad del mundo.

Y luego, para hacerme ver que también su raza ha dado artistas a la lucha y a la muerte, me habla de Hernán de Bengoechea, soldado fuerte, alma de aventurero de otro tiempo, soñador de morriones, de penachos, de lanzadas y de cabalgatas. Cuando se alistó en la Legión no suponía que era para hacer una guerra de topos en una trinchera oscura. Vagamente pensaba en armaduras, en cargas al son de los pífanos, en épicos asaltos de castillos... Al ver la pelea científica se sintió algo triste y pidió que le dieran el puesto más arriesgado.

—Todo es igualmente peligroso—contestóle su capitán—; pero ya que tiene usted empeño en distinguirse, le pondremos en las ametralladoras... Así verá usted de más cerca a los *boches*...

El vasco que me habla de aquel artista, que antes de la guerra había publicado un estudio sobre Isadora Duncan, termina con estas palabras, terribles y sublimes:

—Todos los graduados y la mayor parte de los sirvientes de las ametralladoras habían caído en el avance, y a pesar de ello él siguió conduciendo la suya a través de un terreno violentamente barrido por los fuegos de infantería y artillería, cayendo mortalmente herido al ponerla en batería. Ocurrió esto el 9 de mayo de 1915...

Decididamente en la Legión caminamos siempre entre cruces, como en un inmenso cementerio.

XIV

Un cementerio, sí... Pero en este cementerio los que viven junto a las cruces gloriosas no lloran, sino que cantan... A medida que nuestra charla se anima, los rudos rostros de los legionarios españoles sonríen satisfechos y se iluminan de noble orgullo. Cada uno quiere contar la historia épica de algún compañero. Muchos me ofrecen las notas que han escrito en sus cuadernos. Estamos en una atmósfera fraternal, en la que ya no hay catalanes o castellanos, vascos o andaluces, sino españoles de la gran España.

—¡Si yo supiera escribir como usted!—me dice un bombardero, enseñándome una hoja de papel en la cual ha comenzado a consignar sus impresiones.

Y agrega:

—Me gustaría que mis amigos vieran algo firmado por mí en un periódico.

—Pues déme usted eso—le contesto—y sus amigos lo leerán...

—Debe estar muy mal...

—No lo crea usted... Un héroe que habla de la guerra lo hace siempre mejor que el más gran literato... ¿Me da usted eso?

Con algo de timidez el bravo bombardero me entrega el papel, después de escribir al pie, con sus fuertes manos, habituadas a gestos más terribles: «Antonio López de Rubio, voluntario español, bombardier y grenadier, octava compañía...»

He aquí la página, sin quitarle ni ponerle una letra:

«Una razón convincente espero de los señores lectores, a quienes tengo el honor de poner en conocimiento lo presenciado por mí en la gloriosa ofensiva anglofrancesa en la Somme, por lo que se puede apreciar la instinto del soldado prusiano, así como la humanidad en el francés, o aquellos que se cobijan bajo tan gloriosa bandera.

»Prestando servicio de protección de convoy el día 5 de julio último, serían sobre las quince horas, pasaba mi sección por las aproximidades de un bosque denominado «Belloy en Santerre», diecinueve horas antes conquistado por la Legión Extranjera, regimiento del que me honra pertenecer, y al cual fuí enganchado voluntario por la duración de las hostilidades.

»Un individuo de la ya mencionada sección pidió permiso para salir de filas, hacer una necesidad corporal, siéndole concedido por el sargento comandante de la fuerza.

»El soldado de referencia entró con tal objeto a una antigua trinchera enemiga, la cual, en toda su extensión longitudinal, era cubierta de cuerpos inertes mutilados por la metralla; anduvo unos 25 metros. ¡¡Horror!! Los ojos cristalinos de un compañero muy querido, por cierto español, heran fijos en él; no parece sino que con su mirada pedía venganza.

»Una llama de fuego, un grito «te vengaré» dió al

aire el primero al ver en el cuerpo de su hermano de armas un puñal clavado hasta la cruceta; dió un brinco, se lo extrajo, pasando después a hacer un escrupuloso y detenido reconocimiento en el cuerpo inerte de su compatriota.

»Le fueron contadas diez y ocho puñaladas en su pecho y espalda; pero no conforme con esto, no sólo el brutal ensañamiento, sino que en el ojo izquierdo de aquel bravo habían introducido una larga aguja, mástil de una pequeña bandera con el retrato de Guillermo II, en un extremo, y en otro opuesto la siguiente inscripción:

«Tué pour un soldat du Káiser. Mon drapeau che-
»rie je te remette en tous yeux en les dernières mo-
»ments de ta vie.»

»Cuya inscripción traducida dice: Muerto por un soldado del Káiser. Mi querida bandera la meto en tus ojos en los últimos momentos de tu vida.

»Poco después abandonaba aquel lugar para incorporarse a su unidad el soldado A. L. de R., ansioso desde luego de vengar tan horrendo crimen.

»Un violento tiro de bardaje dirigía el enemigo a nuestra primera línea. ¡Aquello era un infierno!

»Caminaba por una trinchera interminable formando zig-zag.

»Una voz, un grito de angustia vino a interrumpir su marcha: fijó su mirada a la llanura, vió un brazo elevarse, sucediéndose otros gritos pidiendo auxilio.

»Despreciando su vida, el soldado salta de la trinchera, corre al lugar donde había visto un brazo hacer un signo y cruzando un trayecto de 60 metros en medio de centenares de explosiones de obús logra llegar al sitio de aquel que requería su auxilio.

»¿Quién hera aquél...? Un soldado prusiano he-

rido de la tarde anterior se revolcaba en el suelo; tenía las piernas atravesadas por varios trozos de obús.

»¿No había llegado la hora de venganza? ¿No podía ser aquél el enemigo que se había ensañado cruzando el cuerpo del nuestro por 18 puñaladas y poniendo sobre sus ojos la bandera alemana? Sí, podía ser.

»Pero, no obstante, sólo llegó a permitir la humanidad de aquel soldado el prestar sus axilios; no podía considerarlo su enemigo. ¡Hera un herido!

»Sacó su bolsa de curación, «como se llama en España», la abrió, le hizo el bendaje y lo cojió en sus brazos, transportándolo al lugar donde se hallaba su Sección, haciendo entrega de él a su Sargento Comandante.

»¿Deja de ser éste un rasgo Humanitario...?

»¿Hay entre nuestros soldados uno tan solo que haya recibido o que haya visto a otro de sus compañeros recibir en un caso tal el auxilio que la Humanidad aconseja? No, con imperativa y alta voz me atrevo a decir que no. ¡Imposible!

»Pues hay un adagio que confirmo verídico que dice así: «Donde no hay no se puede sacar.»

»Además. ¿Cuando cometen crímenes los jefes del ejército Alemán con sus mismos soldados, que hay que esperar que hagan y que aconsejen hacer a sus subordinados con el extraño...?

»No ha sido una vez sola que en nuestras batallas que hemos logrado cojerles una o varias de sus trincheras hemos encontrado a infinidad de Prusianos fuertemente amarrados con cuerdas de hilo de hierro a piezas de artillería o ametralladoras. ¿Se puede ver salvagismo más grande aun con los mismos suyos, con su misma sangre?

»Por tanto, no nos sobresalta cuando vemos hacerlo con los nuestros.

»Entretanto podemos decir sin fanfarronería, prescindiendo de pasiones, que Francia, consciente de su derecho, confía con serenidad y sin peso que mañana pudiera remorderle su conciencia espera... ¡El Destino!

»Francia cuando haya obtenido la Victoria continuará siendo la que hera antes. ¡La Francia amada por todos los pueblos, generosa, humanitaria, enemiga de la agresión y de la violencia, amiga de la libertad!»

Mientras yo leo, los voluntarios dan bromas al granadero López de Rubio.

—¡Anda, periodista!—le dice uno.

Y otro:

—¡Que te van a nombrar académico!...

Luego, cuando yo le felicito por lo bien que escribe, todos parecen contentos y todos me miran con gratitud, como si mis elogios fueran para el grupo entero. Es la santa solidaridad de los que viven juntos esperando la muerte. Es la sublime hermandad del peligro. Henri Bernstein, que vió un día a trescientos legionarios españoles juntos, comiendo silenciosamente en un *restaurant* parisiense, sintióse sorprendido por la compostura, algo taciturna, de nuestros guerreros. «Esos hombres—dice—hablaban demasiado poco. No era que comieran mucho. Al contrario. Yo notaba en los tenedores, lentamente movidos, la pequeñez de los bocados, y más tarde los minúsculos trozos de naranja entre los dedos ágiles. Ese silencio sobrio y cierta deferencia en las maneras con que se trataban los unos a los otros, conferían a aquellos soldados un aire imprevisto de

distinción. Estábamos impresionados; pero, en el fondo, lamentábamos no ver el calor y el barullo fraternal de una tropa francesa.» Es cierto. Entre la cordial alegría de los soldados de Francia y la reserva altiva de sus hermanos de España hay una gran distancia. No parecen seres de la misma familia. Pero en el fondo la diferencia no es tan grande. Sin reír mucho, sin hablar mucho, los voluntarios que ahora me rodean producen un efecto de buen humor concentrado. La misma guitarra que sigue llorando, allá en el fondo, tiene, de vez en cuando, entre dos quejidos, un alegre acceso de risa burlona. Y, como la guitarra, los labios se cansan a menudo de la seriedad general y dejan escapar raudales de ingenua alegría, de travesura sencilla, de *insouciance* infantil. La vida de campaña es una tragedia que enseña a reír de todo. Una frase de esas que en los cafés de Madrid ya no desarrugan ningún ceño, aquí produce explosiones de hilaridad. Todo parece nuevo, todo parece raro, todo parece fresco a estos hombres que no saben nunca si mañana podrán aún ver la luz del día. Y hay que observar las caras curiosas con que escuchan cualquier relato; hay que examinar los grandes ojos que abren para contemplar cualquier objeto; hay que oír la sonora pasión con que discuten a propósito de un detalle histórico...

—Lo único que no les gusta—me dice mi *cicerone*—es hablar de sí mismos.

Y agrega con una mueca maliciosa:

—Pero, en el fondo, les encanta que los demás hablen de ellos...

Luego, para darme una muestra de lo que es la gentil vanidad del héroe, que se ruboriza y goza es-

cuchando su propio elogio, llama a un mallorquín alto, ágil, esbelto cual un hondero antiguo, y me lo presenta, diciéndome:

—Aquí tiene usted a un chico que canta bajo las balas... ¡Ah! Si éste quisiera escribir sus Memorias, tendría cosas que contar... Vea usted las palmas de su cruz de Guerra... Que le refiera a usted cómo enterró a los muertos del bosque de los Suavos.

—No se burle usted de mí de ese modo, mi teniente —contesta el muchacho, encarnado de placer.

Entonces el oficial me cuenta uno de los episodios de la campaña que más honran a los legionarios españoles.

XV

Hacia el final de la batalla del Marne, en plena retirada alemana, los aliados se encontraron de pronto ante posiciones que el enemigo había fortificado de antemano en las inmediaciones del bosque de los Suavos. Era el principio de la guerra de trincheras, que los franceses no conocían aún, y que sirvió a los guerreros del Káiser para salvarse de una derrota definitiva. Imprudentemente, embriagados por el ardor de la gran victoria que acababan de obtener, los soldados de una compañía de cazadores quisieron asaltar el reducto del enemigo y se lanzaron al ataque. Los alemanes los dejaron acercarse, y cuando los vieron a mitad del camino, en un lugar de donde ya no podían retroceder, abrieron el fuero de sus ametralladoras. Fué una hecatombe, una matanza horrible, un juego diabólico. Los pobres cazadores caían cantando. No se salvó uno solo. Sus cadáveres, amontonados junto a las alambradas, formaban una línea oscura. El jefe del sector hizo dos o tres tentativas para recoger aquellos muertos y enterrarlos. Era imposible. En cuanto los *brancardiers* salían de las trincheras, los *boches* tiraban contra ellos, sin dar la menor importancia a la cruz roja de sus bra-

zales. Al fin, para evitar nuevos sacrificios, el general ordenó que no se pensara más en los pobres muertos. Y durante todo el fin del invierno, los cuerpos, cubiertos de nieve, continuaron allí insepultos. Al cabo de dos meses el sector fué ocupado por la Legión Extranjera.

—¿Qué es aquello?—preguntaron los voluntarios.

—Muertos—contestó un oficial.

—¿Alemanes?...

—No..., franceses...

Los rusos levantaron los hombros y los ingleses no pronunciaron una sola palabra. ¿Hay acaso nada más natural en un campo de batalla que vivir en la vecindad de los cadáveres?... Pero los españoles comenzaron a formar conciliábulos y a examinar con gran cuidado el lugar de la hecatombe. Al fin, un día, algunos de ellos pidieron al coronel que les permitiera ir a buscar aquellos cuerpos abandonados.

—¡Imposible!—contestó el jefe—; no hay medio de llegar hasta allí.

Por la noche, dos voluntarios desaparecieron. «Se habrán ido al pueblo vecino a ver a alguna cantinera», murmuró el capitán. A la madrugada siguiente los voluntarios aparecieron cubiertos de barro, llevando dos fusiles enmohecidos.

—Hemos ido a visitar a los muertos—dijeron—; y estamos seguros de poderlos traer, para que los *boches* vean que no abandonamos nunca a los compañeros que caen.

Y tanto insistieron aquellos bravos, y tantos otros españoles se unieron a ellos, que el coronel acabó por permitirles que realizaran su arriesgado proyecto. Tres días más tarde, aprovechando una noche muy oscura, cien voluntarios catalanes, castellanos

y vizcaínos, encamináronse, a rastras, hasta el lugar de la hecatombe y comenzaron su piadosa labor. El capitán de Champigny, que los mandaba, hacía esfuerzos sobrehumanos para obligarles a guardar un silencio absoluto, a no levantar la cabeza del suelo, a parecer tan muertos como los que iban a buscar. Todo iba saliendo a pedir de boca, cuando de repente las ametralladoras enemigas comenzaron a tirar. Los legionarios habían sido descubiertos.

—Volvámonos—dijo el capitán.

—No—gritó uno de los españoles—; ahora ya lo mismo da... Hay que llevarnos a los pobres cazadores.

Y cogiendo cada uno un cadáver, regresaron muy tranquilos, bajo la lluvia de balas, hasta sus trincheras. La aventura no costó sino unos veinte hombres.

Después de contarme este episodio macabro, mi cicerone se vuelve hacia el soldado mallorquín, que lo escucha ruborizado, y exclama:

—Aquí tiene usted al que no quiso obedecer la orden del capitán. Para castigarlo, el coronel le dió la cruz de Guerra y el capitán le regaló su reloj... ¿No es verdad?... ¡Y cómo cantabas, endemoniado!...

—Sí, mi teniente—murmura con voz emocionada el esbelto mozo moreno, cuyos ojos negros brillan de placer.

Mi oficial examina a los soldados que me rodean, y que llevan prendida en el pecho una cinta ornada de varias palmas de bronce.

—Todos éstos son de mi sección—me dice—; todos éstos han peleado bajo mi mando... Son los bravos de los bravos... ¡Eh, no se escapen ustedes; no hay por qué huir!... Quiero que este amigo sepa algo de lo que han hecho ustedes...

Y poniéndoles la mano en el hombro cariñosamente, fraternalmente, comienza a presentármelos uno por uno.

—Ferrán Riera, que ganó los galones de cabo y la cruz de Guerra peleando a la bayoneta contra una docena de *boches*... Joaquín Blanchart, ya usted ve, tres medallas y la palma: éste está tan acostumbrado a que se le cite en las órdenes del día, que ya ni hace caso de eso...; barcelonés... Buenaventura Vicents, de Badalona, cabo, un tigre... Ferriol Palé, ametrallador de aeroplano, más condecorado que un general; vea usted sus medallas... Truanyás, lleno de heridas; parece que ya no las siente... Un día que conducía a cuatro prisioneros que había hecho él solo, le hirieron un ojo. ¿Sabe usted lo que dijo?... Pues dirigiéndose a sus *boches*, les gritó: «Con el ojo que me queda bueno me basta para vigilaros... Adelante, y cuidado con escaparse, porque aun tengo cuatro balas: una para cada uno...» Juliá, de Barcelona; un héroe que permaneció veinticuatro horas de pie, sin comer, haciendo señales a la artillería para rectificar el tiro... Con las balas que le dispararon los *boches* habría para diezmar un regimiento; pero no le tocan las balas... Valverde, aragonés, más terco que un borrico y más bravo que el Cid... Torres, citado como ejemplo por su capitán... David Figuerola, que viene de Oriente, donde logró hacer huir con su ametralladora a una compañía entera de búlgaros...

Todos sonríen contentos cuando se trata del vecino. Todos bajan la vista y se ponen colorados como niños cuando les llega su turno. Luego, todos comentan, riendo, las palabras del teniente; todos se dirigen bromas; todos parecen iluminados por una llama súbita de orgullo.

—¿Y éste?—pregunto al ver a un hombrecillo rechoncho, afeitado, con cara de cura malhumorado.

—Su excelencia el señor cartero—exclama mi cicerone, provocando la hilaridad general—; nuestro tirano, nuestro verdugo...; el hombre que nos hace esperar las noticias sin darse cuenta de que cada uno de sus pasos tardos nos llega al corazón... Está gordito porque cada uno le da lo mejor que tiene para que le traiga pronto su correo.

El cartero no pestañea. Parece que no habláramos de él. Serio, impasible, continúa en pie, silencioso, en medio del murmullo general de la charla. Y yo me pregunto si no será el mismo *vaguemestre* a quien García Calderón pintó, con sus pinceles goyescos, en una página de sus deliciosas notas de guerra.

«El cartero de mi compañía—dice el gran artista peruano—es un mozo sin imaginación. Distribuye sus cartas como un furriel zapatos o cartuchos, todos idénticos. Como un furriel, se enfada de que la distribución no sea regular, a tantos pliegos por cabeza; de que haya quienes nada reciben y, sobre todo, de que algunos reciban tanto. Yo le quisiera ver una sonrisa cómplice para darme las cartas de Filomena, y que las de Roxana me las diese a solas y a horas diferentes, para que se armonizara su llegada imprevista con el sentimiento rebelde que me cuentan.

»No sé si tendrá memoria bastante para recordar mis cartas; pero suponerlo me intimida, y cuando escribo a todas, disimulo la escritura y voy mendigando papeles diferentes para que mi cartero no lo sepa. Le atribuyo crueldades de inquisidor y temo que me denuncie por circular si me encuentra cortejando a la molinera.

»Porque todos le damos una misteriosa importancia. Cuando parte de mañana, oramos pidiendo a Dios que su viaje largo nos sea propicio y nos asegure «la carta nuestra de cada día», que no sólo de pan vive el hombre. «No nos olvides», le gritamos, y él promete, sonriendo, infolios de ternura y las gacetas desde la época de Luis Felipe y golosinas que hartarán al regimiento. ¡Con qué holgura soporta su papel de *Tío Navidad* de países fríos, que se mete por las chimeneas con los brazos cargados de juguetes! Helo aquí que vuelve transfigurado. No es el mozo sonriente de todos los días. Nos mira ceñudo, como escogiendo de antemano las víctimas que nada tendrán. Nos arremolinamos como chicuelos tras del bautizo, gritando trescientos nombres; él maneja con lentitud la caja de las cartas, y la abre con cuidado como si trajese palomas. De antemano asegura a los más nerviosos que nada tienen, y les grita nombres: que Juana te olvida; que llegó el marido; secretos aprendidos sellando cartas, más crueles que el mismo silencio. Inútil anuncio; que todos se quedarán allí para mirar las cartas, como pobres que miran en escaparates las comilonas de aguinaldo. En el nervioso silencio, grave primero, luego aburrido, como cura aldeano que despacha el rosario, nos distribuye el montón. Yo miro de lejos cada carta y trescientas veces reconozco el sobre exacto que espero, sin descorazonarme porque va a otras manos. Miro con rabia al que recibe cuatro cartas, y examino, celoso, si alguna es de mujer, preguntándome cómo pueden quererle...»

Sí; éste debe ser el cartero de García Calderón, que ni siquiera nota que ya no trae cartas de Roxana y que cuando, al leer un nombre en un sobre, oye

que le dicen: «Muerto», no se estremece pensando en el misterio de las palabras que tiemblan entre sus manos...

—¿De dónde es usted?—le pregunto.

—Gallego—me contesta.

XV

Mientras nosotros nos entretenemos en bromear con el cartero gallego, en otro extremo del campamento algo pasa de singular. Los soldados entran y salen de una barrera de tablas, llevando cestos misteriosos. Mi amigo el teniente Sánchez Carrero, que desde hace dos horas me ha abandonado, sonríe de lejos con aire de conspirador.

—No es nada—me dice el otro oficial sudamericano, que también tiene en los ojos una llama de malicia.

De pronto un sargento andaluz, flaco, barbudo, grave como un payaso, se acerca a nuestro grupo, y haciendo una reverencia teatral, exclama:

—Ahí tiene usted las cañitas.

En esta atmósfera sus palabras resultan para mí incomprensibles. Pero un catalán me las traduce diciéndome que los amigos me invitan a tomar una copa y a comer un bocadillo. En el fondo, la guitarra, ante la perspectiva de un buen trago, parece animarse, y en vez de llorar, ríe un instante, alegre, con notas de baile sevillano.

—Vamos allá.

Y allá nos vamos, fraternalmente confundidos ofi-

ciales y *peludos*, hablando en voz alta. Y allá, en una inmensa tabla de pino colocada sobre cuatro troncos de árbol, encontramos una docena de botellas y unos cuantos platos de barro llenos de tajadas de salchichón y de jamón. Yo no sé ya si es hora de comer... Pero, como dice el andaluz, «para los bravos no hay horas». Y alegremente, aprovechando toda clase de recipientes, comenzamos a brindar por España, por Francia, por las mujeres guapas, por Granada, por Barcelona. Barcelona es la que más éxito tiene. Estos catalanes nacionalistas no pierden la ocasión de proclamar su entusiasmo regional, y gritan, ingenuos y sonoros, para hacer ver que disponen de la mayoría. Uno de ellos, muy alto, muy moreno, con una barba de padre río y con dos ojos negros de niño y de diablo, se pone de pie, y haciendo un amplio ademán, brinda por sus compañeros presentes:

—Aquí tiene usted—me dice en castellano—a los soldados de España, que han hecho ver al mundo lo que es nuestra raza y nuestra sangre...

Luego, sin notarlo siquiera, cambia de lengua y contesta en catalán:

—Son aquestos, els homes que lo 9 de maig de 1915 atacaren los alemanys de front en les infligeant una veritable derrota. Son aquestos homes aquells que lo 16, 17 i 18 juny, eran solsamente una divisio i tenian devant 11 divisions *boches* y malgrat el nombre superior de forces, forçaren a n'els allemands a battres en retirada, fentloshsi un grand numero de presoners. Aquestos homes sont aquells que'l 24 juny sustingueren un bombardeix de treinta horas i cinc atacs consecutius, que no's contentaren a obiijar a n'els allemands a retirarse sino que'ls hi prengueren la seva trinxera. Y per acabar, sont els mateixos que pren-

gueren una gran part a la batalla de Champaña y del Somme...

Los castellanos y los andaluces, que no entienden, protestan afectuosamente.

—¡Cuándo habrás acabado de parlar, chivo!—le grita uno.

Y otro dice:

—¡Que venga el intérprete ruso!...

El catalán apura su copa, satisfecho, y al sentarse grita en tono de broma:

—Estoy seguro de que nuestro convidado sí ha entendido, porque es un hombre instruído.

Un murmullo de enjambre llena el espacio. Cada uno tiene algo que confiar a su vecino. La charla se convierte en una serie de coloquios animados. A mi lado, el cura-soldado, que había desaparecido para ocuparse del banquete, se empeña en demostrarme que, cuando Francia triunfe, la Legión se marchará a Roma para pedir al Rey que le devuelva sus Estados al Papa. Aprovechando el relativo aislamiento en que nos hallamos, en un extremo de la mesa, yo le pido al teniente Sánchez Carrero que me hable de la famosa batalla del Somme, en la cual los españoles se cubrieron de gloria.

—Había usted comenzado—le digo.

—Es verdad—me contesta—. Ya le dije a usted el entusiasmo de los preparativos. Al fin llegó el gran día, el 1 de julio de 1915. A la una de la mañana abandonamos el campamento para acercarnos a nuestro sector de combate. Las primeras horas de marcha fueron muy lentas, a pesar de que íbamos por la gran carretera. Después marchamos por entre los campos para dejar paso a los automóviles y camiones. La posición del terreno nos permitía contemplar, al través

de la oscuridad, el fulgor de las líneas. Los relámpagos de las bombas confundíanse con la claridad resplandeciente de las luces de bengala. Nuestra curiosidad se despertaba cada vez más. Nos encontramos transportados a regiones encantadas, en donde creíamos contemplar, desde lo alto de las torres de una gran ciudad, una fiesta monstruosa de fuegos de artificio. Los proyectiles de los cañones parecían ascuas inmensas, saliendo de la tierra con velocidad vertiginosa para apagarse en seguida en la trágica oscuridad de la noche. Aquella visión tan resplandeciente era más bien un sueño que nos apartaba de la realidad. Sólo los tropiezos, los pasos falsos del camino despertaban momentáneamente en nuestros espíritus la perspectiva de la próxima lucha, que en nada nos preocupaba.

»La marcha fué larga, muy larga. A las tres de la mañana el alba comenzó a alumbrar la tierra, y luego el día apareció. El tiempo se presentaba hermoso. La brisa soplaba dulce y pura, cargada de embriagadores perfumes. Muy pronto el sol tendió sus rayos y apagó con su brillo los resplandores de todos aquellos instrumentos de guerra que en la oscuridad habían despertado nuestra curiosidad. A las cinco llegamos a la ciudad de P..., punto indicado en nuestro itinerario de marcha. Nuestro regimiento fué colocado en columna doble de batallón, frente al Norte, ocupando las diferentes trincheras que componían la línea de defensa. El tren regimentario de cada batallón no tardó en llegar. Las cocinas rodantes de las compañías distribuyeron el café y prepararon la sopa, pues no había tiempo que perder. Todo el mundo debía estar listo para los grandes acontecimientos del asalto que iba a comenzar algunos minutos des-

pués. A los pocos momentos, una noticia venida del Alto Mando fué a sacarnos de la incertidumbre. «La »hora es a las seis y un cuarto.» ¡Ah! ¡Con qué entusiasmo fué acogida esta noticia! La hora oficial acababa, al fin, de ser conocida, y todo el mundo ponía el reloj al minuto exacto. En el espíritu de cada legionario se despertó una gran alegría ante la emoción de la batalla. Al frente de nosotros, la llanura; ésta limitábase a la extremidad por una línea de bosques paralelos, formando una especie de barrera a lo largo del valle de Clunigues et Fontaine les Capys. El estampido de los grandes cañones hacía estremecer la tierra. Del otro lado del bosque, hacia el Este, las explosiones de los obuses levantaban inmensas masas de humo, a veces negruzco, otras rojizo o amarillento. Al fin, la hora del asalto llegó. Todo el mundo salió de su meditación para bendecir con frenesí aquel momento en que se desencadenaba una de las más grandes batallas de la Historia. Un ruido fino, de pequeños instrumentos, no tardó en llegar hasta nuestros oídos: era el fuego de las ametralladoras y de la fusilería. Dos horas más tarde, aproximadamente, los convoyes de prisioneros comenzaron a pasar por la gran carretera. Todos, movidos por la curiosidad, formábamos un cordón de espectadores en el borde de la ruta para contemplar mejor aquellos primeros gajes de la victoria de los heroicos soldados de Francia. Vimos también pasar carros de ambulancia con los primeros heridos; éstos nos interesaron más. Algunos automóviles se detenían unos instantes para complacer a los legionarios, que se acercaban a ellos para abrazar, llenos de la más íntima satisfacción, admiración y compañerismo, a sus valientes camaradas, quienes, a pesar de sus duras

fatigas y sufrimientos, correspondían con una sonrisa llena de alegría a aquellas solícitas demostraciones de sus amigos de la Legión.

»Para nosotros, aunque ya habíamos tenido muchas veces oportunidades de admirar a los heroicos *poilus* de Francia, no fué menos grande nuestro entusiasmo por ellos en aquel día y en los que le sucedieron durante la grande ofensiva del Somme. Los hemos admirado en el asalto, los hemos admirado en su perpetua alegría, los hemos admirado en sus sufrimientos. El soldado francés, orgulloso y fiel a su tradición y a su raza, es digno de que el mundo entero lo venere por sus virtudes. Su espíritu de sacrificio prueba el temple de su alma; el ardor de su patriotismo es maravilloso. Nosotros, los oficiales, los hemos visto reír cuando un obús hacía explosión a su lado y cuando silbaban con furor las balas sobre sus cabezas. Los hemos visto soportar el frío y la lluvia en las trincheras y en los campamentos, siempre del mejor humor. Encuentran todas estas fatigas muy naturales en la vida activa del soldado. *C'est la guerre*. Esta es la expresión popular con que el *poilu* francés explica a cada instante su heroísmo y su sentimiento patriótico. Su temperamento siempre alegre, su carácter chistoso, aun en los momentos más críticos, son las nobles cualidades con que demuestra su indomable energía y la dignidad de su raza.»

A medida que el teniente Sánchez Carrero habla con su voz metálica de hombre acostumbrado a mandar, las conversaciones cesan a nuestro rededor. Los voluntarios se acercan para oír, y de vez en cuando hacen con la cabeza signos afirmativos para subrayar sus palabras. Al oír el elogio de los franceses, un ca-

talán no puede contenerse e interrumpe el relato gritando:

—¡Vivan los *peludos!* ¡Vivan nuestros hermanos de Francia!

—¡Vivan! — contestan veinte voces varoniles y leales.

El oficial venezolano, algo turbado, se detiene un instante y parece vacilar antes de proseguir.

—Continúe usted—le digo.

Él me contesta:

—Pero si ya debe usted de haber leído la historia de aquella batalla.

—Sí—le confieso—, sólo que contada por uno de los héroes que tomaron parte en ella, la encuentro más bella.

—¡Viva el teniente!—claman en coro los legionarios.

Mi amigo, lleno de emoción, prosigue así literalmente:

—Hacia las tres de la tarde, la orden de seguir adelante llegó para sacarnos de la modorra que había invadido nuestro espíritu, pues el calor nos había sofocado entre las grandes hierbas, y el perpetuo rugir del cañón nos había embrutecido. Muy pronto la batalla comenzó a delinearse a través del campo cubierto de trigo, hacia ocultas direcciones. Nuestra jornada no era larga y la marcha se prosiguió muy suavemente, sin más fatiga que la sed de julio. A las cinco y media de la tarde la marcha había cesado completamente. Nada apuraba; parecía que íbamos a pasar la noche en los bordes del camino y que la orden de descansar llegaría a una hora desconocida. Así fué. Allí dormimos aquella noche sin ningún accidente. El *confort* en aquellos parajes no tenía nada

de moderno. Nuestras tiendas de campaña eran la inmensidad del espacio; la luz, la de las estrellas. ¡Qué cielo más azul y más hermoso el de aquella noche! Los convoyes de prisioneros de guerra se sucedían constantemente por la carretera. Algunos alemanes eran niños aún; otros eran viejos. Todos marchaban graves y silenciosos, pero con una sonrisa de satisfacción y una luz de tranquilidad en los ojos. Los legionarios, muy curiosos, les preguntaban: «¿Tienen ustedes hambre? ¿Están contentos de ser »prisioneros? ¿Tienen miedo a los cañones france»ses?» A todas estas preguntas ellos contestaban con calma: «Ya.»

»El 2, por la tarde, avanzamos hasta F... Estábamos constantemente bajo la lluvia de los obuses alemanes, y resultaba más peligroso ponerse al abrigo del bombardeo en las cuevas, que pasar la noche, como la precedente, en campo raso. Era el fondo de un valle. Las compañías fueron colocadas en formación de hileras a grandes intervalos. El suelo estaba cubierto de una paja juncosa, propia para esconder a sus ocupantes de la vista de los aeroplanos enemie gos. Nuestros legionarios no tardaron en prepararsen seguida una buena cama confortable, lisonjeándose con la esperanza de pasar una noche menos mala que la anterior. Muchas baterías de los france ses habían avanzado ya al norte de F... Los grandes obuses de calibre 370 y 400 milímetros hacían un ruido espantoso. Parecían inmensas locomotoras atravesando el espacio a toda velocidad. Los cañones alemanes se desplazaban de sus primitivos puestos para retroceder, dejándonos, de cuando en cuando, en completa tranquilidad. Pero no fué lo mismo la noche del 2 al 3 de julio. Hacia la una de la mañana,

los obuses *boches* comenzaron a caer sobre F... y sus alrededores con una furia espantosa. Estábamos rendidos de fatiga, y el ruido infernal de las explosiones nos despertó y nos convenció de la trágica realidad. La oscuridad de la noche era tan intensa, que nada se veía; sólo el centellear de las granadas, al estallar, iluminaba el campo; los pedazos de acero candente volaban a diestra y siniestra. Y lo peor era no podernos mover. ¿Qué hacer? ¿Adónde ir? Era imposible ponerse al abrigo de aquella diabólica tempestad. Había que soportarla *à plat-ventre*, sin más abrigo que el de la Providencia. La suerte de cada uno se jugaba allí a cada instante con la muerte. De vez en cuando, los ayes y los quejidos de los heridos se mezclaban al fragor de aquel horno infernal de fuego y de metralla. Media hora, más o menos, duró aquella espantosa situación. ¡Oh, pero qué media hora tan larga! Al siguiente día, no obstante, los legionarios hablaban de aquel acontecimiento con la mayor naturalidad. Por otra parte, encontraban ya el tiempo muy largo y comenzaban a impacientarse, deseando con ardor que el momento del asalto llegase pronto. Considerábamos que la permanencia en las trincheras de reserva es más terrible que el contacto con el enemigo. Así, nuestros ojos se iluminaron de coraje cuando se nos transmitió la orden de avanzar, el día 3, después de medio día. De allí, de aquel trágico lugar, nos dirigimos al sur de Dompier, al terreno conquistado el 1.º de julio por las valientes tropas del general Fayol. Aquellos campos estaban labrados completamente por la artillería. La tierra parecía que la había movido y removido una sucesión de terremotos. Los obuses, en su obra destructora, hasta habían enterrado a los muertos...»

XVII

Escuchando el relato de la batalla, hecho por uno de los héroes que más se distinguieron en ella, nos hemos olvidado de llenar de nuevo nuestras copas, y las botellas continúan sobre la larga tabla blanca aún medio llenas. El cura es el que primero lo nota, y al oído me dice:

—¿Un trago por el teniente?...

—Por todos los legionarios—le contesto.

Durante algunos instantes los vivas llenan el espacio, y en el patio la guitarra nos contesta tratando de tocar *La Marsellesa*. Luego, cuando ya no queda nada que beber, nada que comer, Sánchez Carrero me pregunta:

—¿No le aburro a usted con mis recuerdos?

Antes de que yo haya tenido tiempo de decir una palabra, veinte bocas enérgicas le piden que continúe.

—Yo le aseguro con sinceridad que hasta hoy ninguno de los relatos de batalla que he leído me ha producido una impresión tan fuerte, tan exacta, tan viviente como el suyo.

El cura se pone de pie, y exaltado por el vino, exaltado por los recuerdos, con los ojos muy abiertos exclama:

—Mi teniente, ¿me permite usted una palabra?

—Hable usted, reverendo...

Los catalanes ríen, familiares y afectuosos.

Y el cura dice:

—Yo entré en Belloy con las primeras tropas de asalto, siguiendo a las patrullas avanzadas. Desde lejos, en las inmediaciones de la iglesia, vimos caer a los que nos precedían, bajo el fuego de las ametralladoras. Entre ellos se encontraba un corneta muy joven, casi un chico. Como yo le tenía un gran cariño, me sentí emocionado al verlo en el suelo cubierto de sangre, y me acerqué para socorrerle. Él me rechazó suavemente, diciéndome: «Es inútil, estoy muerto.» Y luego, incorporándose en un supremo arranque de energía, sonó la carga muy fuerte, muy fuerte, como Rolando sonaba su cuerno en Roncesvalles, y al fin se desplomó para no levantarse nunca más... Era vascongado también...

Por los ojos ardientes de los voluntarios pasa, ante el recuerdo de este episodio, una nube de melancolía. Los duros semblantes se suavizan. Se nota que todos evocan anécdotas enternecedoras y dolorosas de compañeros que sucumbieron en belleza, pronunciando palabras sublimes, ofreciendo sus vidas en un excelso holocausto.

Un soldado de pelo encanecido, seco, alto, hirsuto, murmura con acento andaluz muy marcado:

—Al vernos entrar vencedores, mezclados con los polacos, los que yacían en el suelo, moribundos, levantaban la cabeza y en medio de la agonía parecían gozosos de ver que íbamos a vengarlos... Yo ví a algunos que ya estaban más muertos que vivos, y que todavía tuvieron el coraje de gritar un último ¡Viva España! ¡Viva Polonia! ¡Viva Francia!...

Un gran silencio angustioso reina de pronto en la estancia, llena de humo. Del patio nos viene un rumor de charlas, envuelto en las notas lentas de la guitarra, que canta aires de la tierra lejana. Hay algo como una oración muda en los labios de los voluntarios que me rodean. El teniente Sánchez Carrero, a quien le pesa esta súbita atmósfera de pena, reanuda el hilo de su discurso, y con voz cálida termina así:

—Sí..., aquello fué grande..., muy grande... Sí... Los actos de abnegación absoluta y de bravura inaudita se sucedieron a cada instante en la toma y en la defensa de Belloy. Aquello fué uno de los más hermosos hechos de armas de la Legión Extranjera. Aquello fué admirable, extraordinario. ¡Fué una verdadera epopeya! Fué un sueño, un salto enorme, que nos transportó de la tierra a la gloria... En la división se habla siempre de ello con orgullo. Cada uno de nosotros capturó a algunos alemanes, de modo que el número de prisioneros resultó mayor que el número de legionarios... Luego atacamos en otros sectores. Tomamos el famoso *boyau* de Cloneclier...; resistimos a muchas tormentas de metralla... Pero el más bello de nuestros recuerdos es la conquista de Belloy... Los jefes franceses nos dieron ahí, como en todas partes, un ejemplo magnífico de arrojo sonriente. Cuando el coronel Cot, que ocupaba, según su costumbre, el sitio más peligroso, cayó herido, el capitán Dubcech tomó su lugar, fumando, tranquilo, lo mismo que si hubiera estado en un campo de *sport* No se le escapaba ningún detalle, y para todos tenía una frase alegre, que nos animaba en los trances más terribles... ¡Qué hombres estos soldados que han aprendido su oficio en África! El coronel Demetz, *el*

Taciturno, es un alma de niño con maneras de lobo... No hay nadie más bueno... No habla, pero en silencio hace cosas increíbles. Lo que se diga de su bravura es pálido comparado con la realidad. Ya pueden llover granadas sobre él; poco le importa. No hay nada que lo emocione. El coronel Cot, que no es nada taciturno, que es amable, alegre, bondadoso, paternal, no tiene, como bravura, nada que envidiar a su compañero Demetz. Sus heridas son tan numerosas como las palmas que adornan su cruz de Guerra. A ése no sólo le admiramos cual un héroe digno de ser cantado por los poetas, sino que le queremos cual si fuera nuestro padre. No tiene necesidad siquiera de ordenar para hacernos correr a la muerte o a la gloria. Con seguir sus pasos basta, pues siempre marcha a la cabeza de sus tropas. Y por encima de estos dos coroneles se halla otro soldado de Africa: el general Degoutte, que manda la división marroquí y que es uno de los más nobles jefes del ejército francés, temerario y sencillo, familiar y enérgico, suave e implacable, bondadoso y severo. Para mí, este general es la imagen de la disciplina y del orden. La organización de su división y la dignidad moral con que mantiene esta hermosa unidad del ejército, es la mejor prueba de sus infatigables afanes. No deja pasar nunca oportunidad para hacer justicia al valor y a la abnegación de los legionarios. Su mayor placer consiste en adornar el pech o de estos bravos con condecoraciones, estrellas o palmas. Todos nos sentimos orgullosos cuando nos pasa en revista para prender en los uniformes de los valientes la recompensa que la heroica República francesa les ofrece, porque sentimos que en su alma de soldado se despierta entonces la más profunda emoción. ¡Vivan todos los jefes

que nos han llevado a la batalla, los de ayer y los de hoy!

—¡Vivan!—contestan los legionarios con un entusiasmo sincero.

El cura, haciendo un amplio ademán de bendición, exclama:

—*Laudate dominum omnes gentes, laudate eum omnes populi.*

Para obligarlo a callar, el mallorquín travieso le mete en la boca el corcho de una de las botellas. Y ante la ira súbita del buen clérigo guerrero, que jura y blasfema, todos ríen como niños, todos lanzan al aire fraternal alguna broma, todos se muestran gozosos.

El teniente Sánchez Carrero me dice al oído:

—Éste no ha sido nunca sacerdote... No tiene ni la edad, ni las maneras... Si acaso será un seminarista escapado. ¡Hay tantos tipos misteriosos en nuestras filas!

Y evocando sus recuerdos, me refiere una anécdota curiosa de su Babel:

—Al principio de la campaña—me dice—, el coronel me ordenó un día que fuera a recibir a un grupo de voluntarios que venían de Londres para alistarse en la Legión. Llegué a Dieppe por la mañana y en el acto me fuí al muelle a esperar el barco de Newhaven, que no tardó en llegar. Los voluntarios estaban en el *fumoir* muy tranquilos, esperando que yo fuera a buscarlos en compañía de un teniente de gendarmería. Eran unos veinte, todos jóvenes, todos fuertes, todos distinguidos de aspecto. Había entre ellos doce irlandeses, que preferían ser soldados franceses a servir en las filas inglesas. Había un banquero griego, un diplomático búlgaro, un estudiante brasileño,

un médico yanqui, un príncipe ruso... Cada uno de ellos me daba su tarjeta y yo inscribía los nombres en un cuaderno para comunicarlos a la Comandancia del puerto. Al fin apareció un ser extraño, una especie de personaje de Oscar Wilde, muy pálido, muy fino, muy inglés pura raza. Iba vestido de frac, con una corbata blanca inmaculada, con una orquídea fresca en la solapa. Tranquilamente sacó de su faltriquera un soberbio estuche de oro incrustado de esmeraldas, en el cual había unas cuantas tarjetas, y me dió una. Era un cartoncito blanco, sin nombre ninguno. Yo creía que se había equivocado y se lo devolví. El me dijo entonces en perfecto francés: «No tengo nombre.» «Escoja usted mismo uno cualquiera», le contesté. Uno de los irlandeses exclamó, riendo: «Es lord Misterio.» «No interrumpió el extraño gentleman—; ponga usted lord Difunto.» Así lo inscribí. En la primera batalla aquel hombre, que no pronunció nunca más una palabra, se hizo matar con una frialdad increíble. En sus bolsillos no encontramos sino papeles blancos.

El mallorquín ríe como un niño al oír esta anécdota macabra. Luego, guiñando los ojos, pregunta:

—¿Y el estuche de oro y de esmeraldas?...

—Lo había tirado al mar antes de desembarcar —responde el teniente.

—¡Qué tipo!—exclaman varias voces.

Después de un momento de silencio, el cura me dice:

—¿Ha oido usted hablar de la aventura de Navarro, otro paisano mío?

—No.

—Pues verá usted: los periódicos la han publicado... Es una historia que parece un cuento. Una no-

che de invierno, en las inmediaciones de Reims, Navarro es hecho prisionero por los alemanes, que se lo llevan a un *blockhaus* de sus trincheras. Hace un frío de todos los demonios, y los *boches*, compadecidos del pobre español, que tiritaba, le echan un capote gris para que se tape y se tumban en el suelo. A las cinco de la mañana nuestro paisano, oyendo los ronquidos de los durmientes, juzga llegada la ocasión de la fuga, y con cuidados infinitos, envuelto en el capote gris y completando su disfraz con un casco, se desliza por la trinchera. «*¡Werda!*», le grita un centinela. «¡Ya, ya!», le responde el sutil español, lo más guturalmente posible. Se echa a un lado y cae en otro centinela que le da el alto. El legionario corre a cuatro pies, y se entra por las alambradas punzantes, que lo raspan como las uñas de una fiera. Así llega a una tela metálica guarnecida con campanillas destinadas a prevenir a los alemanes en caso de ataque. Abandonando capote y casco, escala la red; suenan las campanillas e inmediatamente los fusiles crepitan. Descargas alemanas y descargas francesas, y por medio de ellas el legionario avanza hacia las trincheras nuestras, adonde llega sin un rasguño...

XVIII

El teniente Sánchez Carrero habla en voz alta, y ya no se dirige a mí, sino a los compañeros de armas que lo rodean. De vez en cuando interrumpe un momento su relato para preguntar: «¿Os acordáis?» Y en el ardor de las respuestas se nota que todos reviven con la memoria aquellos días trágicos de la gran batalla. El cura-soldado, que desde hace rato da muestras de querer decir algo, aprovecha un minuto de silencio para tomar la palabra:

—La impresión más penosa—dice—fué cuando nos encontramos con los primeros muertos, todos boca arriba, los ojos abiertos, las bocas torcidas... Parecían muñecos de cera vestidos para un espectáculo de guiñol, con túnicas demasiado anchas...

El teniente le interrumpe, y reanudando el hilo de su discurso continúa así:

—En el campo de batalla del Somme, cuando comenzamos el ataque, no había muertos..., no había más que miembros dispersos, brazos arrancados, piernas atrozmente mutiladas, cráneos abiertos que chorreaban sangre y sesos... Y también fusiles rotos, muchos fusiles... El bosque mismo ya no era sino un amontonamiento de árboles tronchados..., de pobres

árboles... Delante de nosotros las tropas francesas continuaban avanzando cada vez con más energía y con más éxito. Su arranque era impetuoso; su bravura era magnífica. El huracán de fuego y de metralla, cuyos torbellinos sacudían con furor la tierra, levantaba hacia el cielo monstruosas trombas de tierra para dejar caer en seguida sobre el campo desolado una lluvia de cenizas y de estrías. Las explosiones de las minas, de los parques o depósitos del enemigo era una cosa fantástica, enorme, gigantesca. Lo que nosotros vimos en aquellos días era a la vez grandioso y terrible, impresionable y espantoso. Era un espectáculo infernal... La noche del 3 de julio de 1915 la pasamos entre las ruinas de la primera posición conquistada. Aquella noche fué menos trágica, de más gratas emociones y casi divertida. Muy pronto organizamos nuestra posición de reserva. Cada uno hizo su cueva para ponerse al abrigo de los obuses y, sobre todo, para descansar durante la noche. Ésta no tardó en cubrir con su lúgubre velo el firmamento. Los legionarios libres de facción dormían como unos benditos, confiados en la formidable barrera que sus valientes camaradas de las tropas coloniales oponían en primera línea a los enemigos. Nosotros, los oficiales, un poco impacientes, esperando la hora desconocida de nuestra intervención, continuábamos observando el escandaloso ruido de la batalla al través de la densa oscuridad. Al fin los cañones se callaron, y en el espacio no se escuchó durante algunas horas sino el crepitar ligero de las ametralladoras, cuyo chisporroteo producía la impresión de un enjambre de moscas de fuego volando enloquecidas en el espacio negro. El cuadro tenía una belleza extraña y ligera. Al fin llegó el día. Nos-

otros avanzamos, siguiendo los pasos de la infantería colonial, impacientes de llegar a encontrarnos en contacto con el enemigo. ¡Qué largos eran aquellos días de asalto platónico, en los que nuestras bayonetas, sedientas de sangre, lucían inútilmente al sol!... «Mañana», nos decía el jefe. Ese anhelado «mañana» llegó el 4 de julio. Una orden lacónica recorrió toda la escala de la jerarquía y llegó rápidamente hasta el último soldado. Esta orden se resumía así: «La Legión Extranjera está designada para tomar esta tarde la aldea de Belloy, y debe ponerse en marcha inmediatamente.» Una ráfaga de entusiasmo corrió por las filas. Los legionarios, embrutecidos por el bombardeo durante cuatro días, se pusieron rápidamente de pie, sacudiendo con vigor la pereza y dando a sus nervios las sensaciones del asalto. Sus ojos se iluminaron al pensar, con la más íntima emoción, que el momento deseado iba a ser de los que satisfacen plenamente a los verdaderos soldados, pues el sitio que se nos designaba para el asalto era uno de los que tenían fama de inexpugnables.

»El texto solo de aquella orden era un elogio halagador para todos los legionarios. «La Legión está »designada para tomar esta tarde el pueblo de Bel»loy.» ¡Con qué confianza nuestro general, el gran Cadet, había dictado aquellas palabras tan breves! Él conocía a sus legionarios y sabía que ellos comprenderían bien la magnitud de sus frases. Todo un pasado, ya glorioso, debía coronarse en el Somme con el más hermoso hecho de sus armas. El pueblo de Belloy fué tomado aquella misma tarde. En menos de un cuarto de hora las compañías se alistaron; todo el mundo estaba alegre, y la marcha se prosi-

guió al través de los *boyaux* y trincheras conquistados en los días anteriores por las valientes tropas francesas. A las cinco de la tarde dos batallones de la Legión se encontraban ya colocados frente a Belloy, en una formación conveniente de ataque y a una distancia de 700 metros, más o menos, del pueblo. Bajo el comando del coronel Cot, el dispositivo del ataque fué colocado rápidamente en orden perfecto. Todas las disposiciones fueron tomadas con una decisión y una prontitud digna de la indomable energía y de las altas cualidades militares de nuestro jefe. Ocultos dentro de un pliegue de terreno formado por un pequeño valle bordeado de árboles mutilados, el coronel Cot indicó en el plano a sus jefes de batallón y demás oficiales el objetivo y las posiciones de que debíamos apoderarnos. El sector de ataque se dividía en dos partes: la primera desde la iglesia, abrazando todo el costado derecho del pueblo, para el tercer batallón; la segunda, a partir de la iglesia igualmente y abrazando todo el costado izquierdo, para el primer batallón. Los comandantes indicaron a cada uno de sus capitanes su sector de ataque y diéronles su misión. Los capitanes, imitando a sus jefes, procedieron de igual manera con sus oficiales. En menos de un cuarto de hora todo estaba listo. Cada oficial, cada soldado, en su puesto. Todas las precauciones habían sido tomadas. Nada faltaba. Nada se olvidaba. Un solo pensamiento, un solo ideal, un solo orgullo, llenaban de ardor sin igual a nuestros legionarios. Parecía que aquellos batallones estaban prestos para desfilar bajo arcos de triunfo y no para un asalto. Así lo demostraba el orden excelente y el entusiasmo unánime, que se traducía en gestos de bravura, embellecidos por una sonrisa trá-

gica. Allá, frente a nosotros, veíase una enorme masa, informe y negra, perdida en la llanura. Inmensas llamas se levantaban y parecían querer lamer las nubes y llegar hasta el cielo. Cuando se apagaban, nuevas llamaradas producidas por las explosiones surgían como centellas, y el bombardeo de Belloy, que acababa de comenzar, aumentaba súbitamente de intensidad. La tarde se presentaba muy sombría. El terreno estaba empapado de rocío, y una brisa fresca acariciaba nuestras mejillas. Sin esperar que el bombardeo terminase su obra destructora en las fortificaciones de Belloy, el coronel Cot ordenó a sus batallones que atacaran en seguida. Rápidamente, las patrullas de reconocimiento de cada batallón recibieron su misión y partieron. De un salto gigantesco atravesaron el campo de *glacis*, alcanzando en pocos minutos las primeras casas de Belloy.

—Yo formaba parte de la primera patrulla—dice con orgullo un catalán.

El teniente le dirige una frase de elogio, y continúa su relato pintoresco y detallado en estos términos:

—Como había que reconocer el pueblo hasta el otro extremo, era necesario que nuestra artillería alargara el tiro para poder avanzar. Gracias a nuestros cartuchos de fuegos de colores pudimos pedir a las baterías que alargasen el tiro, lo que hicieron en seguida, dejando aquel pueblo, casi intacto, por nuestra sola cuenta. Entonces el furor de las ametralladoras y de los granaderos del Káiser se desencadenó, defendiendo Belloy desesperadamente, ayudados por el fuego de *barrage* de su artillería. Pero los batallones de la Legión, rápidos como el rayo, saltaron

sobre Belloy con una grandeza de heroismo sin precedentes. Después de dos horas de ruda batalla, el pueblo, con todos sus puntos de resistencia, cayó intacto en nuestro poder. Muchísimos actos de valor y de abnegación de nuestros legionarios se registraron en aquella tarde; igualmente durante la noche y los días siguientes, y en la heroica defensa de nuestro terreno, cuya conservación no fué menos gloriosa que la conquista. ¡Qué días aquéllos! Gracias a la claridad de la tarde pudimos orientarnos bien y darnos cuenta de la situación del terreno y de los puntos por donde el enemigo podía sorprendernos. Todas las medidas estratégicas de la defensa de Belloy fueron tomadas antes de la noche. Sabíamos que nuestra ardua tarea no había terminado, y que todavía nos faltaba una gran parte de trabajo no menos laboriosa que la primera. Habíamos atacado a Belloy por el Oeste, y como nuestra progresión nos condujo hasta el otro extremo, nuestra nueva línea fué establecida entre el Sureste y Noroeste. Esto es, bordeando la orilla de aquel pueblo, limitada al Este por un extenso campo de trigo. Como es de suponer, allí no había trincheras, y nosotros no teníamos tiempo para construirlas. Pero estábamos decididos a sucumbir todos antes que ceder al enemigo un palmo de terreno. En ello estaba nuestro honor comprometido, y debíamos defenderlo a costa de todos los sacrificios. Gracias a la enérgica actitud del valeroso coronel Cot, secundado activamente por los demás jefes y oficiales, Belloy fué inexpugnable. La bravura de sus defensores fué única, magnífica, absoluta, sin igual en los anales de la Legión. Lentamente, la noche dejó caer su velo negro y trágico. La batalla continuó siempre a campo raso, en medio de las som-

bras. Las grandes fuerzas enemigas marchaban a través del campo de trigo y se lanzaban contra nuestras líneas con un furor extraordinario. Los fuegos nutridos de nuestras salvas, de nuestros granaderos y de nuestras ametralladoras sembraban el campo de cadáveres. El 75 francés no dejó durante toda la noche de vomitar sus ráfagas de metralla. En nuestras líneas, mientras que los unos combatían, los otros hacían una barricada o un hueco en la tierra. ¡Aquella noche fué terrible! Nuestros legionarios pelearon sin tregua, con un heroísmo magnífico. Hacia las tres de la mañana, el día comenzó a amanecer. Los alemanes, queriendo dar un asalto colosal y aprovechando un momento de calma, se habían acercado muy cautelosamente, arrastrándose entre el trigo y favorecidos por la oscuridad. A las tres y cuarto, más o menos, y a pocos pasos de nuestras avanzadas, surgieron en grandes masas, gritando hurras y haciendo un ruido de lobos hambrientos y desesperados para imponernos terror, seguramente. Nosotros los recibimos cargándolos a la bayoneta. Esta operación en aquella misma mañana se repitió tres veces sucesivas, y las tres veces del mismo modo, contrarrestando así sus embestidas y obligándolos a retroceder en desorden, dejando muchos muertos y heridos. En el resto del día la lucha continúa cada vez más furiosa.

XIX

—Si nos ponemos a contar historias—exclama un catalán—tenemos para un año.

—Tanto más—murmura mi guía riendo—cuanto que la hora de marcharnos se acerca... Reverendo, danos la bendición...

—Un momento, mi teniente; un momento... La historia que voy a contar es de las que merecen ser conocidas. ¡Y es tan corta!... ¿Se acuerdan ustedes del voluntario Fernández, un gran diablo, seco, nervioso, calvo, que llevaba siempre en un bolsillo un ejemplar del *Quijote* y en el otro una botella de anís? Parecía rico y era muy ilustrado. Había sido redactor de *El Norte de Castilla* y hablaba con orgullo de su amigo Santiago Alba. Cuando estaba triste escribía versos, y por la noche nos los vociferaba, asegurándonos que sólo su paisano Zorrilla era más poeta que él. En los primeros combates, peleando como un caballero andante, ganó muchos días de castigo por no querer obedecer cuando los oficiales le ordenaban que se echara boca abajo. «Yo he venido a pelear de un modo hidalgo—decía—, y los hidalgos pelean de pie.» También ganó la cruz de Guerra y tres palmas. Pero yo no sé si fué el *Qui-*

jote, o si fué el anís, o si fué la poesía, lo cierto es que un día comenzó a dar muestras de locura. El médico lo examinó y, al fin, tuvo que ordenar que lo internaran en un manicomio. Pasaron seis meses, y una noche, en una posada, me encontré entre los polacos a un tipo que se parecía mucho a Fernández. Al verme se puso pálido. Luego me llamó aparte y me hizo jurar que no lo delataría si me contaba su historia. El buen castellano se había escapado de la casa de locos, se había dejado crecer la barba, se había puesto una peluca rubia y se había alistado con un nombre polaco en la Legión. «¿Por qué polaco?», le pregunté. «En primer lugar—me dijo—, porque yo hablo polaco y, además, porque como todos los polacos son un poco locos, no se notará entre ellos mi espíritu exaltado.» Poco después, en la toma de Belloy, cayó muerto, gritando: «¡Viva Santiago!...» Yo no sé si el apóstol Santiago o su amigo Santiago Alba.

Esta historia tan enternecedora, tan española, tan digna de los aventureros de antaño, hace reír a los voluntarios. Sólo uno de ellos, un soldado ya maduro, con canas en las sienes, se queda serio y nos habla de lo que es la nostalgia de la Legión. Él también se habría escapado de cualquier parte para volver. Él ha servido en África, durante nueve años, antes de la guerra, y cuando al expirar su *engagement* volvió a su pueblo de la huerta de Valencia, donde pensaba ser feliz cultivando un naranjal de su familia, tardó muy poco en sentir la nostalgia de la Legión... «Si no hubiera estallado la guerra—dice—, lo habría abandonado todo para volver a servir en África, en la tierra libre, bajo el sol más grande del mundo.» Y, exaltándose poco a poco, nos traza un

cuadro admirable de aquella existencia aventurera, en la que un von Baudissen o un conde de la Roche se codean con los carreteros y fraternizan con los frailes descalzos expulsados del convento, en la que la moral social se transforma en todo lo que tiene de hipócrita para no dejar sino un sentimiento de honor caballeresco, en la que el amor es un rito salvaje y sagrado despojado de prejuicios, en la que la propiedad misma desaparece. «Un día—dice—vendí mi bayoneta en quince francos para comprar un collar a mi mora. El collar me costó dos duros, y con el duro restante yo le compré su bayoneta a un gran señor austriaco, que tenía necesidad de una botella de ajenjo.»

—Y al austriaco—preguntan llenos de interés algunos catalanes—, ¿qué le dieron como castigo?

—Quince días—contesta el valenciano, haciendo un gesto de desdén.

Luego nos habla de las noches tórridas, al claro de la luna, en el desierto; de las emboscadas de los argelinos rebeldes, que caían sobre ellos dando aullidos de hienas; de los banquetes homéricos, en plena *brousse*, los días en que un rebaño se ponía al alcance de sus manos; de las cortesanas cubiertas de tiaras de plata, con ojos como luceros; de las escapadas del cuartel, en la madrugada, para irse a correr una juerga moruna; de las bromas peligrosas...

—Una noche—dice—, un inglés muy guapo y yo, que también lo era, nos afeitamos y nos vestimos de mujer para entrar en el harén de un mercader que tenía muchas chicas bonitas... El pretexto era venderles unos collares. Pero como no teníamos collares y como habíamos bebido mucho, nos reconocieron y nos echaron una jauría de negros eunucos,

que nos dieron una paliza fenomenal. El capitán, al vernos llegar cubiertos de cardenales, comenzó por gritar; luego se puso a reír... Y para castigarnos nos obligó a quedarnos vestidos de mujer durante todo el día. Yo hice la conquista de un alemán que había sido coronel en su tierra y a quien habían expulsado de su brigada por...

Los voluntarios, al oír esta anécdota, ríen como niños y forman un coro de exclamaciones burlescas.

—¡Eh!—dice uno—. ¿De manera que has sido mujer de un coronel *boche*...?

—¡Comercio con el enemigo!—exclama otro.

—No sabíamos que tenías esas costumbres—dice gravemente el cura.

El valenciano, tranquilo, contesta:

—En Africa no hay costumbres... No hay más que instintos.

Un sargento andaluz dice:

—Todo eso está muy bien. Pero yo, para servir en Africa, preferiría hacerlo en un regimiento español.

—No es lo mismo... La Legión es la Legión y no hay como la Legión... Yo en un regimiento regular de Francia tampoco habría servido. No me gustaba la seriedad cuando era mozo. En la Legión si uno está alegre, canta, y si está triste, también canta...

Y poniéndose de pie sobre un taburete, el veterano de Africa vocifera:

—Youck hai! Que voi-je briller—aux clairs rayons du soleil?—Ce sont les braves légionare. Ils passent sur le Rhin—. Trou ri alla! Nous sommes les guis légionare! Trou ri alla Haï! Nous sommes gais, oui.

Le drapeau est au milieu.—Il fait de gais battements.—Et nous marchons bien.—Comme si c'était à la parade.

Le capitaine est en tête.—Il chevauche son bon cheval.—Et nous, braves légionare—, nous suivons son épée.

Quand nous sommes au bivouac—, sous les clairs rayons de la lune—, nous chatons por notre plaisir—une gaie petite chanson. Trou ri alla! Haï! Nous sommes gais! Oui!... Aidà!...

En coro los voluntarios repiten el estribillo entre risas y gestos truculentos, gritando: «¡Aidà!... ¡Aidà!...»

El teniente Sánchez Carrero, enternecido y entusiasmado, murmura a mi oído:

—¡Qué buenos muchachos! Son verdaderos niños, que se divierten con cualquier tontería; que ríen de todo, hasta de la muerte, y que cuando gruñen es porque no se les manda a la batalla...

Después de cantar, como sus compañeros continúan dándole bromas, el valenciano, poniéndose serio, exclama:

—No; yo no le hice caso al coronel *boche*. Desde antes de la guerra yo he detestado a esa gente... Pero hubo uno en la Legión que me dió lástima y a quien le hice todos los favores que pude. Era un joven alto, fino, muy elegante, algo seco de maneras. Cuando llegó dijo que se llamaba Federico Nornemann y que no tenía oficio. En los ejercicios mostróse, desde el primer día, muy instruído en el manejo del fusil y en los movimientos militares. Casi no hablaba con nadie; no bebía, no cantaba. Parecía un perro perdido, y muy a menudo iba a echarse bajo

una palmera y se quedaba horas enteras con la cara escondida entre sus manos pálidas. Enfermizo por naturaleza, el clima de Africa lo debilitó y, al fin, fué necesario mandarlo a la enfermería. Yo estaba allí, curándome de un sablazo que había recibido en un duelo... Aquí está la cicatriz... Aquí, en la pierna... Bueno, lo mío no era nada, y todas las tardes, cojeando, iba a sentarme al lado del alemán para tratar de hacerle reír. Pero, ¡quiá! No lo logré nunca... ¡Me inspiraba una pena! El médico quiso darle de baja, para que pudiera curarse en su tierra. Él no lo aceptó, y con lágrimas en los ojos logró que lo dejaran en el regimiento. El médico me dijo: «Éste adonde va a irse es al cementerio.» Y así fué. Al cabo de quince días le enterramos y no volvimos a pensar en él. ¡Un muerto más en la Legión no tiene importancia! Pero un mes después, un grupo de oficiales y de señores muy graves llegó al campamento y entregó una nota al general. En el acto todos se dirigieron al cementerio, desenterraron al alemán y lo metieron en un féretro magnífico. «Algún hijo de banquero», pensamos todos. ¿Saben ustedes quién era? Nada menos que el príncipe Albrecht Frederik, primo hermano del príncipe Enrique de Prusia y del Káiser...

El valenciano, ante sus compañeros silenciosos, murmura:

—¡Ah, si ése no se hubiera muerto, aquí estaría, con nosotros, peleando contra los *boches!* Porque en la Legión todos los alemanes detestan a sus paisanos.

—¿Cuánto tiempo estuviste en Africa?—le pregunta el teniente con una sonrisa irónica.

—Nueve años.

—¿Cuándo entraste?

—En el 99.

—Entonces no pudiste conocer al príncipe Albrecht Frederik, que murió en 1897...

Las risas y las bromas estallan de nuevo. Todos llaman embustero al buen levantino, que trata de probar que no se equivoca, que sin duda hay un error de fechas. Pero, al fin, corrido ante la sonrisa fría del teniente, se aleja diciendo que va a buscar sus papeles.

—No hay necesidad—le grita Sánchez Carrero—; nosotros también nos vamos... ¡Eh, muchachos; denle ustedes sus encargos a este amigo, que regresa pronto a España!...

XX

Durante algunos instantes hay un movimiento de fiebre a mi derredor. Todos tienen algún encargo que hacerme. Todos me quieren ofrecer algún recuerdo. Y los bolsillos de mi *vareuse* de campaña, que son innumerables, van llenándose de objetos pueriles y patéticos, frívolos y macabros... Uno me da una moneda de cobre atravesada por una bala; otro, una pluma hecha con un cartucho; un tercero, un fragmento de granada en forma de cruz, extraído del pecho de un muerto... Este arte industrial de las trincheras, que mezcla lo ligero con lo trágico, y que sería capaz, como la fantasía de lord Byron, de convertir un cráneo enemigo en una copa, es una de las manifestaciones del carácter infantil del guerrero. Los legionarios tienen fama de cultivarlo con excelencia, y entre los legionarios, los españoles sobresalen siempre.

—Esto—me dice el cura entregándome una medalla hecha con una placa de aluminio—es para que usted lo deposite en una iglesia de allá...

—¿Irá usted a Figueras?—me pregunta un sargento.

—¡Si nos mandara usted periódicos!—suspiran varias voces en coro.

Yo contesto a todo que sí, siempre que sí. Los encargos más absurdos, los ruegos más nimios me parecen sagrados por el tono en que los dirigen, por las miradas que los acompañan. Hay una emoción profunda en estos diablos amarillos al estrechar las manos de un hombre que mañana estará *allá*, en aquel *allá* que para ellos es siempre la cuna, la patria, la tierra maternal...

Uno de los oficiales se impacienta ante tantas despedidas, y me abre paso entre los que se han colocado en mi camino.

—Nos están esperando—exclama.

Yo le sigo por el vasto patio de la granja, donde las partidas de cartas continúan. De pronto la voz de la guitarra sube en el espacio, y tras ella la voz del guitarrista alza el vuelo, temblorosa:

Si vas a Granada,
dile a mi morena
que me estoy muriendo
por ella de pena...
Si vas a Granada...
De pena..., de pena...

Y yo me figuro que este hombre, a quien ni siquiera he visto, y que probablemente no sabe que he estado en su campamento, también se dirige a mí, y a mí me encarga de llevarle a su novia el eco lloroso de sus nostalgias.

—Ese cantador...—digo a mi guía.

—Es un buen muchacho, que se ha trastornado inventando máquinas de guerra—me dice.

Y agrega:

—Es una de las enfermedades más terribles de la Legión. Tenemos inventores de todo. Y no es extra-

ño, dada la formación de nuestros contingentes, en los cuales hay infinidad de intelectuales y de aficionados a los estudios científicos. Entre los hombres del Norte, especialmente, los inventores abundan. Hasta en fundar un museo de locuras ingeniosas hemos pensado.

Un soberbio mozo moreno, de cara de árabe, se acerca a mí y me saluda.

—No soy español—me dice—, soy portugués; pero cuando mi patria entró en guerra y mis compañeros se fueron a formar parte de las tropas regulares, pedí que se me dejara entre los españoles para no abandonar la Legión. Yo vine aquí con Rafael Carvalho, y aquí quiero morir como él.

¡Rafael Carvalho, el hijo de mi amigo Xavier, el primer lusitano que regó con su sangre generosa el suelo de Francia!... Tenía diez y ocho años al estallar la guerra. Estaba en Oporto estudiando, soñando sueños de amor y de porvenir. Tenía diez y ocho años, y dos grandes ojos rasgados, y tres pelos de bigote, y una boca glotona e infantil. En su alma, llena de ilusiones, había quimeras de arte; pero anhelos militares, no. Los movimientos revolucionarios de su patria le dejaban indiferente. Dios no le había dado la vida para exponerla por un presidente demócrata o por un presidente retrógrado. Dios se la había dado para vivirla en belleza, en ardor, en entusiasmo, cultivando ideas e ideales grandes. En sus cálculos, veíase a sí mismo heredero de un nombre famoso, aumentando en largos lustros de labor el brillo de su linaje intelectual. Tenía diez y ocho años y sin duda pensaba en tener un día sesenta... Mas sonó, allá, en la tierra sagrada, el clarín bélico, y corrió a ofrecer su pecho. Hoy no queda de él sino

una imagen de efebo, al pie de la cual se lee estas líneas:

—«Raphael Xavier de Carvalho, soldado do regimento da 1.ª Legiao estrangeira, batalhao B., 3.ª companhia. Morreu heroicamente en 28 de setembro de 1915 na batalha de Champagne, no ataque da herdade de Navarin, a 50 metros de 3.ª linha allema.»

Para huir de esta imagen amiga y dolorosa, le digo a mi guía:

—Marchémonos de prisa.

Pero él me detiene, y llevándome a un extremo del patio, hace abrir una puertecilla y me invita a entrar en una especie de cuadra diminuta que debe haber servido en tiempos de paz para guardar granos o para secar frutas.

—Nuestro museo—exclama.

Y con un poco de ironía y otro poco de ternura me va señalando las láminas que decoran el refectorio del campamento.

—Aquí tiene usted a Joffre, un catalán—me dice—, y a Foch, otro catalán, y a Sarrail, otro catalán, y a Castelnau, que no es catalán, pero que merece serlo. Porque estos señores han decidido anexionarse a todos los grandes hombres de la guerra. Nosotros mismos, los que no venimos de Cataluña, somos catalanes honorarios para dar gusto a nuestros compañeros de Barcelona... Vea usted nuestro órgano...

En un marco rústico, la primera página de un periódico minúsculo ostenta su título bombardeado por cuatro granadas y alegrado por una bandera que se parece a la de los yanquis. *La Trinxera Catalana*, reza el título. Debajo hay un letrero que dice: *Orgue*

amb musica d'els poilus catalans, no es tornen els billets de cinc francs.

—La publicación de esta hoja—agrega—representa un esfuerzo de nacionalismo más grande de lo que usted puede figurarse. Porque los catalanes, en general, no saben escribir su lengua. Ellos mismos lo confiesan. Sólo que como tienen empeño en demostrar que no hay nada más admirable que el *patois* de Guimerá, se queman las pestañas poniendo en lemosino lo que piensan en castellano.

—No sabe lo que dice—murmura un sargento de Figueras.

El teniente sonríe, socarrón y satisfecho. Luego, deteniéndose ante un cromo que representa al coronel Rollet acompañado por tres legionarios, exclama:

—Este es nuestro orgullo. Vea usted las cruces que engalanan estos pechos. Son los tres únicos soldados que han sido condecorados con la Legión de Honor... Y los tres son españoles... Ahí tiene usted sus nombres y las razones de sus recompensas.

En el margen de la estampa leo:

«Arocas, Andrés.—Engagé volontaire pour la durée de la guerre. Au front depuis le début des hostilités. A participé à tous les combats du régiment. Grenadier d'élite, superbe d'entrain, de courage et de sang-froid, admiré et adoré de eses hommes. En Champagne (avril 1917) a lutté pendant trente-six heures pour le conquête d'une tranchée désespérément défendue; l'objetif atteint, sa section se trouvait réduit a deux hommes.

»Devant Verdun, le 20 août 1917, a de nouveau prouvé sa maitrise dans un combat de boyaux, tuant les grenadiers ennemis qui résistaient, faisant trois

prisonniers en fin de journée. Trois blessures. Quatre citations.

»Leva, Fortunato.—Engagé volontaire pour la durée de la guerre. Au front depuis des hostilités. A participé à tous les combats du régiment. Grenadier d'élite, d'une audace et d'un mordant extraordinaires; toujours en tête, donnant l'exemple. En Champagne (avril 1917) tous les gradés de son groupe étant tombés, a pris le commandement de ses camaredes et a continué le combat avec une énergie farouche. Devant Verdun a entraîne ses hommes avec un élan superbe à l'assaut des positions ennemies; le 21 août a occupé un poste violemment bombardé en avant de nos lignes et s'y est maintenu malgré de lourdes pertes. Trois citations.

»Dieta, Jaime.—Mitrailleur d'élite, au front depuis le début de la campagne. A participé à tous les combats du régiment. Modèle de bravoure et de sang-froid, a toujours eu une magnifique attitude au feu.

»Pendant les combats devant Verdun a, par la précision et l'à-propos de ses tirs, contribué à briser plusieurs contre-attaques, infligeant des pertes sévères à l'ennemi. Le 2 septembre 1917, étant en position de flanquement sur un point furieusement bombardé, et ayant eu une pièce démolie et le tireur tué par un obus, a remis aussitôt une pièce en batterie sur le même emplacement, donnant le plus bel exemple du devoir et du sacrifice. Une blessure. Deux citations.»

Mientras yo leo estos elogios sencillos y soberbios, que en pocas líneas dicen la grandeza del deber militar cumplido heroicamente, los legionarios me contemplan cual si quisieran sorprender en mi mirada el efecto que me causa tanta grandeza. Se ve que,

lejos de envidiar esas cruces, las consideran como un homenaje rendido al Cuerpo entero.

—¿Y éste?—pregunto ante una cara enérgica que sonríe en un marco de luto.

—Éste es Cubero—me contesta alguien—. ¿No conoce usted su historia?

—No.

—Pues fué tal vez el más admirable de todos los voluntarios españoles. Un verdadero intelectual... Oficial de carrera... Republicano... Revolucionario... Un hombre completo, en fin, muy hermoso y muy bueno, bravo como un león, alegre, calavera... Su historia parece una novela de aventuras terminada por un martirio. Siendo capitán, hace años, intentó sublevar la guarnición de Jaca para proclamar la República. Un Consejo de guerra lo condenó a no sé cuántos años de presidio; pero él logró escaparse y se marchó a París, donde vivió como bohemio, escribiendo para los periódicos de América, traduciendo para la casa Garnier. Al estallar la guerra, fué el primero en alistarse en las filas de la Legión. Amaba a Francia apasionadamente y odiaba el militarismo con toda su alma. Desde el principio, sus jefes reconocieron en él al hombre, no sólo capaz de luchar con arrojo, sino también de infundir confianza y alegría en el ánimo de sus compañeros. Se pasaba la vida cantando, perorando, organizando fiestas. Era actor y orador, poeta y músico, mecánico e inventor. Un día decía que había descubierto el medio de hacer estallar las granadas enemigas en el aire, y al día siguiente organizaba una representación del *Tenorio*, con trajes cortados por él mismo. En sus entusiasmos de republicano irreductible, soñaba en formar, después de la guerra, una falange de volun-

tarios de todos los países del mundo para llevársela al fondo de África y fundar un Estado ideal regido por principios de absoluta utopía. En todo pensaba el pobre menos en morir. Pero una bomba le partió las piernas, y cuando se vió cojo, no pudiendo soportar la idea de vivir mutilado, se suicidó sin una queja, sin un grito de protesta, serenamente, como un griego de los tiempos heroicos.

La imagen de Cubero después de la imagen de Carvalho... Decididamente, no se puede dar un paso en esta Legión sin encontrar una cruz. Y yo, que hubiera querido no llevarme del campamento español sino ecos de risas ingenuas, me voy con esos muertos en el alma, y de todo lo que he oído, lo único que ahora canta en mi memoria es la voz que me pedía que fuera a Granada llevándome su pena..., su pena...

XXI

Mi guía me dice:

—Vamos al pueblo, aquí al lado, a un kilómetro de distancia, para ver a los amigos que nos esperan... ¿No está usted cansado?... El camino es pintoresco... ¿Quiere usted el automóvil?...

—No—le contesto...

La carretera está más animada que una calle parisiense en tiempo de Exposición universal. A cada paso encontramos a un vendedor ambulante rodeado de voluntarios que le hablan todas las lenguas menos la suya. Todos hacen señas. Todos gesticulan. Todos parecen millonarios cuando tiran, con ademanes desdeñosos, sus pobres monedas de plata sobre las tablas de las carretas en que los mercaderes improvisan sus tiendas. Como estamos en las tierras que limitan el campamento de la Legión del vivaque de la división marroquí, los rostros africanos abundan. Entre los árabes de noble aspecto, apenas cobrizos, altos y esbeltos, aparecen tipos menos puros, de caras negras, de pelo crespo, de brazos muy largos, muy largos, de aspecto simiesco, de mirada a la par infantil y feroz. Curiosos como niños, todo lo que está de venta lo tocan, lo acarician, lo huelen, se lo

pasan de mano en mano, hasta que el vendedor, inquieto, los rechaza con dureza. Entonces, sumisos y gritones, se alejan protestando, y van al puesto vecino a recomenzar sus exámenes minuciosos de cosas inútiles y tentadoras.

—¡Buenos soldados!—exclama mi compañero—. ¡Resistentes, pacientes, bravos!... A la bayoneta, en pleno día, hacen prodigios... Pero por la noche tiemblan... ¡Ah, y si los viera usted cuando están heridos!... Lloran como mujercitas y se enternecen sobre sí mismos, gimiendo interminablemente...

Entre las carretas de los mercachifles, de trecho en trecho, encontramos una tumba adornada por una cruz rústica. Un nombre, entre muchos otros, me llama la atención en una de esas cruces: José de Mañara.

—Un nieto de D. Juan Tenorio, que ha venido a morir aquí—digo al teniente.

—¡Dios sabe cuál será su verdadero apellido! —murmura.

En la Legión, en efecto, cada uno puede adoptar el nombre que quiere y darse el título que le gusta. ¿Qué significa eso ante la muerte? Más tarde, al recobrar el traje civil, todos tendrán de nuevo necesidad de poner sus papeles en regla y de recobrar sus verdaderos patronímicos, nobles o plebeyos. Ahora, en medio del juego de la guerra, los demás juegos están permitidos.

Después de caminar algunos instantes en silencio, mi cicerone agrega:

—Así, el tocador de guitarra, ¿sabe usted lo que era?... Yo a punto fijo no puedo decirlo, pero me han asegurado que es uno de los ingenieros más eminentes de España... Y no me extrañaría; aunque locos,

sus inventos denotan un conocimiento extraordinario de las ciencias... ¡Si todos los inventores fueran como él!...

Otro silencio.

Luego:

—Esto de los inventores es una de las enfermedades que han nacido con la guerra científica... Antes los militares montaban a caballo, sacaban el sable y sólo pensaban en morir o en matar.

—No lo crea usted—le contesto, notando que el tema le interesa—. Ya en 1870, para no remontarnos muy lejos en el pasado, el delirio de los descubrimientos destinados a acabar en un instante con el enemigo llegó a tal punto, que hasta se fundaron clubs para buscar aparatos fantásticos. El 22 de septiembre—según Maurevert—, en el club de Folies Bergères, un inventor ofreció al país un cohete, llamado de Satanás, que podía destruir sesenta mil adversarios por hora. Otro, en el club de la rue d'Arras, presentó una bomba que podía destruir mil prusianos... En la Cour des Miracles, un orador hirsuto daba una receta para envenenar el Sena. Otro orador aconsejaba que se soltara en medio de la batalla a las fieras del Jardín de Aclimatación. La locura de aquellos hombres fué tan contagiosa, que aun los escritores de primer orden sintieron sus efectos. Adelantándose a Wells, muchos novelistas soñaron en crear escuadras invisibles, corazas intangibles, carros imposibles. Uno de ellos, el más ilustre de todos y al mismo tiempo el menos loco, Edmundo de Goncourt, hizo reír a sus amigos hablándoles de «las ideas que le pasaban por la cabeza». Estas ideas, a decir verdad, eran hace cincuenta años puras utopías irrealizables. El 12 de octubre de 1870, el autor de *Ma-*

nette Salomon piensa en los medios de volar en el aire para poder descubrir las posiciones del enemigo. Luego, siguiendo sus ensueños, se figura poder inventar una sustancia que, descomponiendo el oxígeno respirable, provoque la muerte de todo un ejército. Si el viejo maestro viviera podría ver sus quimeras realizadas, y hasta perfeccionadas y engrandecidas, gracias a los aeroplanos y a los gases asfixiantes.

Mi guía me escucha con un interés apasionado.

—Sí—murmura—, algo hay siempre... Pero se ven tantas locuras... De mil inventos, de seguro no se pueden tomar en serio dos...

—Yo no entiendo de eso. Mas Georges Maurevert, cuyo espíritu no tiene nada de quimérico, confiesa que entre los proyectos que nacen cada noche de las cabezas obsesionadas por la tragedia, los hay muy numerosos que merecen el examen atento de los Ministerios. Y si luego agrega: «Pero, al mismo tiempo, ¡cuántas necedades, cuántas locuras para un proyecto interesante!», no por eso aconseja que se desdeñe a ninguno de los que consagran sus fiebres, sus vigilias, sus fuerzas físicas y sus energías morales a la busca de un ideal superior a nuestras vulgares ocupaciones cotidianas. Y es que, demente o cuerdo, un inventor tiene siempre algo de sagrado, algo de iluminado, algo de místico. Puede que la mayor parte de ellos no den nada práctico a la Ciencia. No por eso son menos respetables, puesto que se dan a sí mismos, puesto que dan su espíritu, puesto que dan su ideal, puesto que dan su vida. El martirologio de los que viven inclinados sobre el arcano de los misterios científicos no es ni menos grande ni menos noble que el de los santos. Lo que pasa es que todos nos sentimos más dispuestos a entusiasmarnos ante

el iluso que busca la escala de Jacob para subir al cielo, que ante el soñador que corre tras los secretos de la materia.

—Yo cuando oigo a los polacos y a los bohemios que hablan de sus máquinas para pulverizar imperios, no puedo, sin embargo, dejar de reírme...

—No hay que reírse de nada, no hay que reírse de nadie. En este punto de moral social, la lección típica es la de Baudelaire, que viendo cierta tarde a unos cuantos marineros que se reían de un ídolo negro, exclamó: «Tened cuidado... No sabemos si ése es el verdadero Dios...» El gran inventor, el mago capaz de realizar milagros que nosotros ni siquiera concebimos, puede muy bien ser el hombrecillo melenudo que nos detiene en una esquina y nos habla, haciendo gestos dementes, de su gran sistema. A fuerza de escepticismo, la ciencia moderna ha llegado a no dudar de nada. Los mismos fantasmas que en tiempo de Voltaire sólo servían para entretener a las nodrizas, son hoy, para los verdaderos sabios, tan reales como los seres de carne y hueso. Pero, ¿y la alquimia? Después de haberla considerado durante siglos y siglos cual un juego de embaucadores, los químicos de nuestros días confiesan que hay en ella elementos bastantes para crear una ciencia futura que transformará tal vez al mundo. Un filósofo no se burla ni de los hombres ni de los animales. He ahí al gran Maeterlinck ante los caballos que saben matemáticas. ¿Nota usted ironía en sus claros ojos de observador? No. Gravemente, serenamente, dejando las bromas a los vodevillistas, interroga el arcano de las extrañas bestias calculadoras, y no se aleja de ellas sino para meditar en la posibilidad de todos los imposibles...

XXII

El teniente medita un momento, y luego me dice:

—Entre los que va usted a ver, también hay un poco de misterio... Todos vienen de nuestros países; todos, o casi todos, pertenecen a lo que se llama la buena sociedad; todos acarician un ideal generoso al ofrecer sus vidas por una causa sagrada... Y, sin embargo, cuando discuten entre sí no logran ponerse de acuerdo sobre ninguno de los grandes problemas de la guerra...

Comprendiendo al fin que los amigos que nos esperan son los voluntarios hispanoamericanos, le pregunto:

—¿Hay muchos?

En vez de contestarme, dibuja en el espacio un gesto vago.

Al cabo de un momento de reflexión exclama:

—Son lo mejor de lo mejor... No es por orgullo... Ya ha visto usted a Sánchez Carrero, que ha ganado sus galones con actos inauditos de bravura y de inteligencia... A García Calderón también le conoció usted... ¿no es cierto?... Pues bien, todos son como esos... Entre usted aquí.

Hemos llegado a la aldea, y nos hallamos ante una

de esas viejas hosterías francesas que sirvieron en otro tiempo de marco a los frescos legendarios de bellas intrigas de amor y de heroísmo. En el patio, una diligencia romántica, con sus ventanillas veladas por cortinas blancas, me hace pensar en las aventuras de las novelas de Alejandro Dumas. Atado a un árbol, el caballo de Artañán sacude nervioso sus crines alazanas. A la puerta de la cocina, una moza morena, con los brazos desnudos y las pantorrillas al aire, ríe junto a un soldado yanqui.

Otro soldado viene a nuestro encuentro y estrecha familiarmente la mano del oficial. Es un hombre en la fuerza de la edad, trigueño, de ojos vivos.

—El coronel X...—me dice mi guía, presentándomelo.

Y como yo me extraño de verlo en uniforme de simple «peludo», agrega:

—Es coronel en su tierra, en Méjico... Aquí no es más que soldado raso... No quiere ser otra cosa... No sé cómo está vivo todavía...

El coronel X... me dice:

—Un amigo de ambos me había anunciado su visita... Vamos a recibirle a usted lo mejor que se puede...; aquí no hay medio de hacer las cosas como uno querría... Pase usted adelante...

En una sala vetusta, ornada de viejos cromos galantes, entre una linda maritornes que sirve a un mosquetero y una pareja de damas con peluca que comparan sus encantos, los voluntarios han improvisado un trofeo de banderas subamericanas, en el cual el azul y el blanco predominan. Una docena de mozos nerviosos, morenos, elegantes, me reciben con cariño, como a un hermano que viene de lejos.

—Somos casi paisanos—me dice uno.

—Somos enteramente paisanos — les contesto a todos.

Y las presentaciones comienzan. Hay aquí un médico argentino, rico, de gran familia; un aviador chileno; dos literatos venezolanos; un joven del Salvador, y otro de Nicaragua, que me piden noticias de Rubén Darío y se ponen pálidos cuando les digo que ha muerto; un noble señor del Perú, que parece, con su barba negra y su rostro lívido, escapado de un cuadro del Greco; un granadero mejicano y otro uruguayo...

En la mesa de mármol, manchada por diez generaciones de bebedores, el champaña burbujea en copas aldeanas.

—¡Por la América española y por su madre España!—dice un oficial sin levantar la voz.

En seguida la charla se entabla, afectuosa, curiosa, llena de interrogaciones patrióticas. Como los españoles, estos desterrados voluntarios me preguntan si tengo noticias de «por allá»... ¡Las cartas tardan tanto!... Uno me enseña una tarjeta postal que tiene dos meses de fecha.

—Le da a uno el *caffar*—murmura, examinando la cartulina en que una mano de mujer ha trazado algunas líneas febriles.

Una ligera nube de nostalgia pasa. No es más que una nube. Los labios se animan poco a poco, los ojos brillan, las copas se entrechocan. Estamos en familia. Y como cada uno tiene algo personal que decir, la charla es interesante. Noto desde luego que me hallo entre intelectuales. Las citas filosóficas salpican, sin pedantería, la conversación. Emerson, Nietzsche, Maeterlinck, Gourmont, D'Annunzio, los maestros que han formado el pensamiento moderno

del Nuevo Mundo, contribuyen a fortificar las discusiones. Las maneras son finas y el tono respetuoso. A mí, que salgo de una granja poblada de seres sencillos, me sorprende y me encanta la novedad de esta tertulia aristocrática en pleno campamento. No hay nadie que diga *boches*. Algunos, por el contrario, ponen un poco de coquetería en mostrarse corteses con el enemigo, reconociéndole sus cualidades de método, sus virtudes de disciplina social. «A mí, que he vivido en Alemania—exclama uno—, no me extrañó la fuerza de ese pueblo. Si los franceses y los ingleses hubieran querido ver de cerca lo que se preparaba ultra Rhin, no habrían sido cogidos desprevenidos. Es un pueblo que se ha creado un misticismo de la guerra, de la conquista. El milagro sería vencerlos.» Otro murmura: «Yo tenía admiración por la patria de Goethe.» El que hablaba antes lo interrumpe asegurándole: «Es la misma de hoy, es la misma de siempre... No hay, no habrá nunca más que una Alemania, que, por desgracia, seguirá preparando la dominación universal, no sólo con sus cañones, sino también con su ciencia, con su industria, con su comercio. Entre los generales que lucharon contra César y el mariscal Hindenburg existen veinte siglos de distancia; pero las almas son las mismas. Es terrible para el porvenir.» ¡Ah!, si mis rudos voluntarios catalanes estuvieran presentes, yo sé lo que contestarían. Haciendo ademán de atacar a la bayoneta, gritarían en coro: «¡Pues no importa; nosotros les enseñaremos a no ser bárbaros, a fuerza de palos!» Y no es que el odio sea mayor en aquellos hombres simples que en estos intelectuales. No. El guerrero no odia nunca a su enemigo. Lo que unos y otros detestan—éstos inconscientemente, por instinto

de libertad y de derecho; los otros, por mil razones filosóficas y sentimentales—es el espíritu germánico hecho de orgullo de raza, de desprecio por los demás pueblos, de apetitos de ave de rapiña. El ejemplo de José García Calderón, que escribía en las trincheras, entre dos combates, el panegírico de la música wagneriana, es un caso típico. El del médico argentino que hoy me explica los progresos admirables de la Cirugía en las ambulancias alemanas, es otro.

—Si hubiéramos venido a ofrecer nuestras vidas por odio—me dice uno de los mejicanos—, no tendría ningún mérito nuestro sacrificio. Lo que nos ha conducido aquí es el amor. Francia es para nosotros la patria de nuestra alma y de nuestra inteligencia. Somos hijos de la Revolución francesa en política; hijos de Víctor Hugo, de Baudelaire, de Verlaine, en poesía. Nuestras primeras emociones las hemos sentido en París. Muchos de nosotros pensamos, sin saberlo, en francés. Porque Francia es, en los tiempos nuevos, lo que fué Grecia en la antigüedad: el crisol de las ideas generosas, de las nobles pasiones, de las imágenes armónicas, de las libertades profundas. Figúrese usted que la guerra hubiera sido rusoalemana nada más. ¿Habríamos vestido el uniforme ruso? No. Es Francia la que nos interesa a nosotros, lo mismo que a todos los seres conscientes del Universo. Porque Francia es la tierra santa de la cultura humana, del ideal humano. Sólo por ella, odiando la guerra, hacemos la guerra.

Es curioso y es hermoso notar el horror que la idea de la guerra inspira a estos guerreros. Ni el coronel X..., ni el teniente Sánchez Carrero, que son militares profesionales, tienen instintos guerreros. Como sus compañeros que salen de las Universida-

des, saben que la guerra es horrible, que la guerra es un crimen, que la guerra es indigna de hombres civilizados. Pero ¿qué hacer mientras la bestia humana no se haya domado a sí misma?...

Para darse una cuenta exacta de lo que es la guerra—exclama el médico argentino—, hay que verla donde yo la veo: en las ambulancias, en los hospitales de campaña... ¿Ha leído usted la *Santa Faz?* Eso es la guerra, esa es la plaga que los alemanes han desencadenado sobre Europa. Yo querría llevarle a usted una tarde, después de una batalla, a una de esas iglesias de aldea en las cuales curamos a los heridos. En la paja, húmeda de sangre, los cuerpos mutilados se retuercen de dolor y de fiebre. La sed devora todos los pechos. Las maldiciones se mezclan con los lamentos; las súplicas ss confunden con las preces. Ahí ya no hay amigos y enemigos; ya no hay más que miserias comunes vestidas de azul o de gris, todas iguales, todas desgarradoras. El soldado francés de quien habla el Dr. Elie Faure, y que abrazado a un soldado alemán gemía pidiendo que no lo separaran de su compañero de desgracia, es un símbolo. El dolor borra el odio. Los que un momento antes se atacaban a cuchilladas, llenos de rabia, al caer doloridos, al ver acercarse la muerte, se reconcilian con una mirada de lástima. Es terrible y grandioso el espectáculo de las ambulancias. ¡Esos muslos arrancados, esos vientres abiertos, esos cráneos agujereados, de los cuales se escapan los sesos; esos rostros desfigurados, esas manos que llaman y que imploran, y esas voces de agonía, y esos gestos de muerte, y ese olor, ese olor, que no puede compararse con ningún otro... ¡Dios mío..., Dios mío!...

Graves, inmóviles, los demás voluntarios abren

los ojos, como si contemplaran de nuevo la roja alfombra de paja ensangrentada en la cual sufrieron más de una vez las angustias de la fiebre y del dolor. Porque todos estos intelectuales, que habían nacido para llevar una existencia de sibaritas entre flores y libros, ostentan con orgullo en sus mangas las *brisques*, insignias de sus heridas. Hay varios que tienen dos; hay uno que tiene tres; hay otro que tiene cinco... ¡Cinco heridas! ¡Cinco veces el infierno de los bisturís, de las horas de espera en pleno campo de batalla, de las visiones macabras, de la sed que devora las noches!... Y, sin embargo, cuando para cambiar de conversación les pregunto: «¿No encuentran ustedes que la guerra es demasiado larga?», y cuando les hago entrever el espejismo de una paz próxima, ninguno demuestra la menor impaciencia por quitarse el uniforme y abandonar el fusil. El que antes nos ha hablado de su estancia en Alemania, dice:

—Al alistarme, en agosto de 1914, yo sabía muy bien que la campaña podía durar años enteros... Los alemanes estaban preparados para empresas interminables... No había más que ver de qué modo habían amontonado las provisiones y las municiones. Claro que una de sus esperanzas era acabar en pocos meses con los ejércitos enemigos. Pero tampoco los franceses, los rusos y los ingleses carecían de elementos formidables de defensa. Aun con París ocupado, la guerra habría tenido que ser larga, muy larga. Yo lo sabía.

—Yo—exclama el nicaragüense—confieso que me reí cuando supe que los ingleses alquilaban casas por tres años.

Y agrega con energía:

—Pero aunque hubiera creido en una guerra de treinta años, me habría alistado... El que ofrece su vida entera no regatea el tiempo...

En todos los ojos brilla la misma fe, el mismo entusiasmo sereno, la misma confianza tranquila. Saben que la lucha será aún dura; pero saben también que la victoria coronará sus sacrificios.

—En medio de todo—exclama el teniente colombiano—, no hay existencia más bella que la nuestra.

—Ni más alegre—concluye el granadero mejicano...

XXIII

—¡Ya no hay *champagne!*

Lo dice el médico argentino con un tono de asombro. Y los demás, contemplando las botellas vacías, repiten:

—Ya no hay *champagne...*

Una camarera entró en la sala, y murmura:

—Ya no hay *champagne...*

Pero esta última no se refiere a nuestra mesa, sino a la bodega de la hostería. Los norteamericanos, según parece, se lo han bebido todo.

—¡Habría que ahorcarlos!—exclama el aviador chileno.

Y luego nos propone que tomemos vino tinto. Pero los demás se oponen a tal promiscuidad, indigna de un día de fiesta.

—Puesto que estamos solos y nadie nos ve—dice uno—, bebamos lo mejor que se pueda...

Luego, volviéndose hacia mí, agrega:

—No nos escondemos de los jefes, sino de los compañeros... ¡Hay tanto pobre diablo en la Legión, que se contentaría para sus copas de una semana con lo que vale una de estas botellas!... Yo, a veces, no me atrevo a fumar un cigarrillo de Oriente, porque veo

que los que me rodean no tienen ni tabaco ordinario para sus pipas... La Legión es un mundo de contrastes sociales, mentales y sentimentales. Cada pueblo trae a nuestro núcleo sus virtudes y sus vicios. Cada grupo sigue, dentro de nuestra vida militar, una curva evolutiva igual a la de su patria de origen. Si viera usted a los rusos, notaría en ellos, desde el principio de la guerra, el germen de la anarquía que ha destruído al Imperio. Antes de que la revolución estallase en 1916, ya aquí había sido necesario luchar contra los minúsculos *soviets*, que eran una amenaza para la disciplina general. Vea usted a los españoles, perpetuamente divididos en partidos regionales, perpetuamente ocupados en disputas religiosas y políticas, todos muy francófilos, pero cada uno a su manera, sin unidad, con más inteligencia que carácter. Vea usted a los escandinavos, masas reducidas y compactas, solidarios, animados por una fuerte y sana ambición. Vea usted a los suizos, prácticos, codiciosos, ordenados, automáticos. Vea usted a los polacos, siempre soñadores, más felices de tener una bandera nacional que de tener donde dormir... Y entre las diferencias psicológicas aparecen los terribles desnivelamientos sociales; muchos pobres, muchos miserables, al lado de muchos ricos; muchos que nunca reciben una carta, un paquete postal, junto a otros cuantos que no saben qué hacer con lo que tienen... Y, naturalmente, los que sentimos que el regimiento es una familia, sentimos algo de vergüenza al notar que tenemos más que otros, y escondemos, por pudor, nuestro bienestar material...

—Sí—exclama el chileno—, eso nosotros, los incurables sentimentales latinos... Pero vean ustedes a los yanquis... Ésos no piensan más que en sí mismos,

y aunque supieran que un compañero se está muriendo de ganas de tomar una copa de vino a su lado, no abandonarían sus botellas de *champagne*.

—Son muy generosos, sin embargo—dice alguien.

Sí...; son generosos, materialmente; gastan todo lo que tienen; dan a quien les pide...; lo que no tienen es la generosidad espiritual.

—Es un pueblo sin gran inteligencia.

—¿Cómo, entonces, explicarse su desarrollo estupendo?...

—Por el carácter... Así nosotros, los españoles de América, como los españoles de Europa, somos tal vez la raza más inteligente del mundo... ¿Para qué nos sirve la inteligencia, puesto que carecemos de carácter?... Una raza pesada y poco sutil cual la alemana, nos engaña lo mismo que si fuéramos niños... ¡Ah, nosotros sí podemos decir que esta guerra nos salva de la esclavitud!... Más que Francia, más que Bélgica, nuestro continente hallábase en peligro de caer bajo el yugo germano... El célebre mapa de Tannenberg no es una fantasía de geógrafo, embriagado por utopías de conquista. La Alemania austral, con su primer Estado alemán, formado por el Paraguay, el Uruguay y el sur del Brasil, habría sido una realidad dentro de pocos años. Y a esa Prusia americana los pangermanos le habían ya marcado su radio inmenso de acción militar; de tal modo, que en menos de un siglo toda la América del Sur habría sido una colonia. Los alemanes se decían, no sin lógica: «Puesto que 100.000 ingleses dominan a 300 millones de seres débiles en la India, ¿por qué un millón de germanos no ha de dominar a unos 100 millones de hispanoamericanos, degenerados, desunidos, debilitados por las revoluciones y las rivalidades?»

—Y los Estados Unidos, ¿lo habrían permitido?

—Los Estados Unidos, con sus 10 millones de alemanes dentro de su territorio, también habrían sido alemanes... Sin la batalla del Marne, todo el mundo habría sido alemán...

Ya nadie se acuerda ni del *champagne*, ni del sitio, ni de la hora... Ardientemente, quitándose los unos a los otros la palabra, salpicando los discursos de sonoras exclamaciones, un largo debate sobre la psicología de los pueblos se entabla. Y yo escucho con sorpresa a este grupo de hombres vestidos de soldados que en una hostería del norte de Francia barajan en mi lengua todas las paradojas sociológicas de nuestro tiempo. Con una cultura extraordinaria, como sólo en los americanos refinados se encuentra, cada uno recurre a la Historia, a la Ciencia, a la Literatura, a la Política, para sostener su tesis. Se trata nada menos que del porvenir de la América española. ¿Hay allá una raza inteligente, brava, enamorada del progreso? Todos están de acuerdo en declarar que sí. Pero para algunos tales virtudes no han contribuído nunca al engrandecimiento de los pueblos. «Todo está en el carácter», asegura el chileno. Y en apoyo de su teoría nos traza un cuadro luminoso de las épocas de decadencia y de conquista. Los bizantinos del siglo XIV eran, sin duda, seres de una inteligencia extraordinaria y de un gran valor. Los turcos, que los atacaban, eran bárbaros, sin cultura, sin ideas, sin talento y, de seguro, no muy buenos soldados, puesto que los 6.000 catalanes de Roger de Flor los derrotaron en varias batallas. ¿Por qué, a pesar de eso, Bizancio sucumbió? Porque los turcos de entonces, como los alemanes de hoy, no tenían más que un ideal estrecho, una especie de obsesión singular,

una fe orgullosa que se reducía a la conquista. Había en ellos una llama mística que les permitía concentrar sus energías en un solo punto. Pacientes, tenaces, rudos, soportaban los reveses siglo tras siglo, y no se daban nunca por vencidos de un modo definitivo. Los bizantinos, por el contrario, trabajaban para sus enemigos, despilfarrando su genio sutil, su ciencia estratégica, su arrojo personal, en empresas de guerra civil y de anarquía política. Donde se hubiera necesitado una mano de hierro, una dictadura implacable, no había sino tiranos débiles que sucumbían traicionados por sus eunucos y por sus generales. Si los turcomanos en vez de asesinar a Roger de Flor hubieran matado al basileo Miguel, el rudo almogávar habríase apoderado tal vez del cetro, y con el apoyo de sus españoles habría salvado el Imperio griego, fundando una dinastía de déspotas conscientes, incapaces de dejarse dominar por los murmullos de la opinión. «¡Pero ese es un panegírico de la tiranía!», grita una voz irritada. Sin duda... El que lo ha hecho no lo niega. En ciertos pueblos, en los de la América española sobre todo, hay que escoger entre la tiranía y el desorden. ¿Qué le hace falta a Méjico para ser una nación estupenda? Un tirano... De lo que se trata es de encontrar al buen tirano soñado por Renán, al tirano apóstol, al tirano que vive no dominado por sus propios intereses, sino por los intereses de la patria. «La democracia en el Gobierno—dice uno—es para pueblos viejos.» «Y además—agrega otro citando a Tocqueville—, la democracia no forma sino pueblos tristes...» ¿Era acaso vieja Atenas cuando inauguró el régimen democrático en el mundo?... ¿Es acaso triste Francia, la creadora de los derechos del ciudadano?... Estas preguntas desconciertan a

los que acaban de hablar. Pero Francia para ellos es un caso aparte, un fenómeno extraño, algo que hace pensar en un crisol, en cuyo fondo los regímenes más opuestos se funden para formar siempre un Estado que parece desordenado o frívolo, inconsistente o agitado, y que en realidad resulta, a través de los siglos y de las revoluciones, el ejemplo más admirable de unidad moral y de centralización de poderes. No hay más que observar lo que pasó en 1914. Cuando en todas partes se temía que el sindicalismo y el antimilitarismo hubieran minado las bases guerreras de la raza, Francia se levantó en haz compacto, no como un solo hombre, sino como un solo soldado. Lo que engaña en Francia es el carácter de sus hijos, que tienen la coquetería de despreciar las disciplinas, siendo muy disciplinados. En los campamentos, cuando llega una orden, todos los «peludos» gruñen... Napoleón llamaba *grognards* a sus veteranos... Una vez los gruñidos terminados, no hay quien se someta con mayor gentileza a las obligaciones comunes. Lo que Francia ha hecho en esta guerra, lo que Francia está haciendo, dejará pasmadas a las generaciones futuras... ¡Ah, si la América latina, que con tanto celo copia las artes, las modas y la galantería francesas, supiera copiar su seriedad nacional, su unidad nacional, su paciencia nacional!... Con sus aparentes cambios, Francia sigue hoy la política de Luis XIV, que fué la misma de la Revolución, la misma del Imperio, que será un día la misma de los socialistas triunfantes... Porque cuando un país ha encontrado su ruta en la Historia, y ha formado su alma, es imposible hacerle cambiar sin matarlo... ¿Por qué ha desaparecido Rusia en su primera tormenta?... Porque tenía tal vez un Robespierre y un Marat, pero no un

ideal maduro. El Dr. Le Bon está en lo cierto al asegurar que si el Rey-Sol resucitara, consideraría que ha habido desorden y violencias inútiles desde el día de su muerte, pero que su programa es el que ha continuado siempre rigiendo. En América lo malo es que no hay programas, que no hay tradiciones... ¡Ah! Y, sobre todo, lo que no hay es respeto... Un hombre de prestigio en América tiene contra sí a todo el mundo... «Nos falta patriotismo...»

El que pronuncia estas últimas palabras es el mismo que hace un instante me hablaba, con lágrimas en los ojos, de su patria lejana. Y lo curioso es que los demás, que en el resto de la charla no logran ponerse de acuerdo, al oír tal sentencia, murmuran: «Es cierto..., no hay patriotismo...» Bien sé yo que eso significa sencillamente que a los países de ultramar les faltan Gobiernos capaces de sobreponerse a los intereses de los partidos. Pero aquí, ante esos hombres, que son encarnaciones de una raza joven y ya madura, el pesimismo me choca.

—Hay que creer en el porvenir de América—les digo.

Entonces el médico argentino, cambiando de tono y cambiando también de ideas, exclama:

—Sí..., sin duda... El único peligro serio que nos amenazaba era Alemania, con su colonización hipócrita, encaminada a la conquista. Yo conozco el Brasil, el Estado de Santa Catarina, los confines de la Argentina y del Paraguay... Yo he visto las escuelas alemanas, las colonias alemanas... Yo sé lo que hacían, lo que preparaban, lo que soñaban. Mis paisanos comienzan ya a darse cuenta de que el peligro existía, aunque creen siempre que era lejano. No lo era. Diez años después de la guerra, si Alemania hubiera triunfado, habríamos sido alemanes en América... Es in-

creíble la fuerza de ese pueblo. ¡Y sus apetitos!... Hay algo de morboso, algo de locura de grandezas, en el pangermanismo... Por fortuna, Francia estaba aquí para salvarnos. Nosotros le debemos la independencia futura a la victoria del Marne... Aunque no fuese sino por agradecimiento, yo le habría ofrecido mi sangre a este pueblo sublime... ¡Viva la Francia sagrada!

Hay en la actitud de estos doce guerreros una súbita gravedad que hace parecer más reflexivas sus frentes, más serenos sus ojos. En esta atmósfera llena de humo, bajo el vuelo de los estandartes azules y blancos, entre el rumor despertado por el último grito de amor y de fe, flota un murmullo infinitamente dulce y profundo, cual si los cruzados de ultramar dirigieran al cielo invisible sus salmos en honor de la tierra regada por la sangre de cien pueblos, de cien razas. En una copa olvidada por algún «peludo» humilde junto a una ventana, el vino rojo brilla cual un rubí, acariciado por un rayo de sol. Durante largos instantes nadie pronuncia una palabra en voz alta. Olvidando sus discusiones de mandarines engreídos por el estudio, todos parecen soñar un mismo sueño varonil y místico, suave y terrible; un sueño de amor y de holocausto que une por encima de los océanos la imagen de la patria remota, siempre inviolada, y la imagen dolorosa de la comarca que tiembla sacudida por la tormenta de fuego. Hay orgullo en esta actitud; un orgullo sano, fuerte, tranquilo; un orgullo de hombres que saben brindar a un ideal lo más preciado que poseen, que son conscientes del sacrificio que hacen, que se deleitan en la ofrenda de sus vidas con una gentileza igual a la de los donadores que, en los viejos retablos florentinos, ofrecen su corazón a María como se ofrece una flor

de púrpura. Yo examino uno por uno estos rostros de mis doce pares, de mis doce apóstoles, de mis doce barones morenos. Los hay juveniles, de líneas delicadas, de perfiles casi femeninos; los hay serios, algo crispados y algo estirados por el esfuerzo; los hay rudos y ya maduros, con un aire hosco en las pupilas negras. Pero se nota desde luego que todos pertenecen a la misma familia, que todos son hijos de la misma madre raza, fecunda en almas aventureras. Junto al médico argentino, recién salido de las aulas, el bombardero mejicano, cuyas sienes ya blanquean, se inmoviliza en una noble actitud extática. Entre ambos hay, en el espacio, la mitad de un continente, y en el tiempo, la mitad de una vida. Son hermanos, sin embargo, y la sangre que ofrecen sale de las mismas venas ancestrales. ¡Ah, los soberbios, los sublimes argonautas del fervor!... Si yo me dejara guiar por mis impulsos íntimos, los abrazaría uno por uno, sin pronunciar una sílaba, para hacerles sentir mi entusiasmo lleno de ternura.

—¿Estamos en misa?—exclama de pronto, sonriendo, mi amigo el teniente.

—Sí—le contesto.

Y es que, en efecto, un soplo eucarístico, en el cual comulgan juntos, ha pasado por sus espíritus. El misterio que los ha traído de tierras tan lejanas para amar religiosamente a Francia, no es un puro capricho del Destino. En el reguero rojo que hoy santifica el suelo del pueblo predestinado, era necesario que hubiera muchas gotas americanas... Y viendo la copa que continúa brillando junto a las vidrieras, se me figura que es el Santo Grial en que estos hombres han reunido su sangre redentora para la misa de la hecatombe.

XXIV

—¡Esos yanquis, que se beben todo el *champagne*!...

Y es que ahora los héroes del día y de la noche, en los pueblos en que la Legión pasa sus semanas de reposo, son esos diablos angulosos que no se quitan la pipa de los labios sino para llevarse a ellos una copa siempre llena. Las mujeres, sobre todo, las esbeltas enfermeras, las *soubrettes* maliciosas, las castellanas que han convertido sus dominios en hospitales, son las que con más entusiasmo marcan esta preferencia.

Altos, esbeltos, rubios, llevando el uniforme kaki con una desenvoltura de jóvenes atletas y el casco con un desenfado de conquistadores, desde el principio, según me lo confiesan los españoles, consiguieron singularizarse por su apostura. «Así deben de haber sido los mancebos que Platón aplaudía en los juegos de la palestra», dijo Mme. Catulle Mendès al verlos desfilar hace cuatro años por la Explanada de los Inválidos. Y lo cierto es que, con sus rostros afeitados, con sus ojos claros, con sus sonrisas infantiles, producen la impresión de seres seleccionados para

brillar en todos los torneos por su fuerza y su agilidad.

Pero hay en los norteamericanos para seducir, ahora más que antes, a este pueblo sensible, otra virtud que es espiritual y que reside en el ardor con que al fin han abrazado la causa francesa. Ninguno de ellos habla de los aliados en general. Ninguno de ellos dice que viene a pelear por los aliados. Es Francia, la Francia de Lafayette y de Rochambaud, la Francia libertadora de pueblos, la noble Francia de los heroísmos caballerescos, de los sacrificios épicos, de las aventuras legendarias, la que los atrae. Es por Francia por la que quieren morir. Desde el generalísimo Pershing, en sus breves y vibrantes discursos, hasta el último *simie* recién salido de las aulas de Boston, todos los guerreros yanquis demuestran, con sus palabras algo bruscas, pero muy ingenuas y muy ardientes, su amor de la tierra sublime donde hoy se deciden los destinos del mundo.

Los que buscan psicológica y filosóficamente las causas que han determinado en estos últimos días al pueblo norteamericano a declarar la guerra a Alemania, no pueden menos de perderse en conjeturas contradictorias. Sin duda la conciencia puritana, algo abstracta y algo doctoral, del presidente Wilson, ha obedecido a móviles de una elevadísima moral internacional. Fundando su acción en la eficacia de los principios del Derecho, este apóstol condujo, desde el principio de la campaña submarina, sus negociaciones con Berlín de un modo irreprochable, acordando a los que torpedeaban barcos mercantes los plazos más largos para variar de conducta.

La ruptura diplomática, y aun el estado de hostilidad, está, pues, explicado. Lo que nadie podía espe-

rar de un país en el cual hay diez o doce millones de germanos, es el ardor bélico con que, una vez la guerra decidida en principio, el Gobierno y el pueblo se han precipitado en el torbellino de la pelea. ¿Es por espíritu de justicia, por amor de la democracia, por odio de los Imperios que representan ideas retrógradas y feudales?... ¿Es por entusiasmo aventurero, por plétora de vida y de fuerza?... Hasta cierto punto, sí, sin duda... Hay en el fondo del alma de aquella raza positivista un fermento de ideal humanitario, unido a un deseo deportivo de pelea. Pero tambien debe tenerse en cuenta, cuando se considera la mentalidad yanqui, otro elemento tal vez de más peso, que es, a saber, un anhelo secreto de entrar de lleno en la Historia, colocándose al lado de las naciones que representan la aristocracia moral del mundo. «Mejor que nuestros compatriotas que se casan con nobles europeos — dice un humorista de Nueva York—, nuestros oficiales van a adquirir pergaminos, aunque tengan que pagarlos con sangre, lo que resulta algo caro.» Estas palabras, que nadie se ha atrevido a escribir en serio, se sienten palpitar en los labios de todos los brillantes capitanes que comienzan a pasearse por las calles de París. El mismo generalísimo Pershing, al pronunciar su primera arenga en Francia, ha dicho: «Contamos, con la ayuda de Dios y del tiempo, representar un papel muy grande en el drama que aquí se desarrolla.» Y si hubiera sido franco, habría agregado: «Pensamos crear una aristocracia norteamericana.»

Los primeros elementos de esa aristocracia, es aquí, en la Legión, donde se han formado. ¡Con qué orgullo los apacibles yanquis, ayer banqueros, hablan de sus galones, de sus cruces, de sus palmas!...

¡Y en qué sentido tan elegante, tan afinado, esta evolución se ha verificado, suavizando lo que había antes de brusco en el militar americano!

En el curso de mis peregrinaciones a través del mundo, más de una vez me ha tocado en suerte encontrar, en algún punto de América o de Asia, grupos numerosos de soldados norteamericanos de infantería de Marina. Con la gran libertad que existe en las costumbres militares de los pueblos nuevos, apenas un barco de guerra de la Unión echaba el ancla, sus tropas saltaban a tierra con el firme propósito de divertirse. ¡Y era de ver lo que se divertían! Cogidos de las manos, en grupos pintorescos, iban, de café en café, de taberna en taberna, vaciando botellas y cantando coplas estridentes. Por la noche, para hacerlos volver a bordo, resultaba necesario enviar patrullas y pedir el auxilio de la Policía local.

—¿Han entrado todos?—preguntaba el comandante.

Invariablemente, el capitán de guardia contestaba:

—Casi todos...

Algunos, en efecto, se quedaban siempre en tierra, dormidos en cualquier esquina, bajo el cielo estrellado como su bandera.

Pero debo reconocer que desde el día mismo en que endosaron el uniforme francés, allá a fines de 1914, los «enfants terribles» del Nuevo Mundo se mostraron dignos de rivalizar, en punto a buena crianza, con sus compañeros británicos, españoles y polacos.

Ahora, en este mismo café de provincia donde he pasado algunas horas deliciosas en compañía de ami-

gos sudamericanos, contemplo el grupo que forman esos otros transatlánticos más fríos, más fuertes y menos simpáticos.

Cuando ven a un oficial de otro país, lo saludan. Cuando pasan junto a una cantinera, se inclinan. Cuando toman una silla, piden antes permiso al vecino para sentarse. Y tranquilos, con los labios animados de curiosidades infantiles y de frescas sonrisas, se pasan las horas charlando, bebiendo, fumando.

—¿No le han dado a usted ningún disgusto?—pregunté poco ha a uno de los comisarios de vigilancia del sector de descanso actual.

—Sí—contestóme—, el de dejarse sacar los cuartos con demasiada facilidad... Parecen niños... Cualquier mujerzuela de mala vida, de las que logran llegar hasta las inmediaciones, les quita la cartera, sin que ellos se atrevan a protestar... Son demasiado respetuosos con el bello sexo...

—Más vale eso que lo contrario—contestéle.

Y es cierto. La piedra de toque para reconocer la buena educación, es la actitud del hombre que ha bebido más de la cuenta y que se encuentra entre mujeres. Los franceses, en este punto, son maestros de tacto. Pero, a decir verdad, los militares ingleses y los militares norteamericanos van más lejos todavía en su respeto, casi supersticioso, de las faldas.

—Es preciso—dijo el generalísimo Pershing a sus soldados, al recibirlos en París—que cada uno de nosotros demostremos a los franceses, y sobre todo a las francesas, nuestra perfecta cortesía y nuestra absoluta deferencia.

Tan al pie de la letra han tomado el consejo los buenos recién llegados, que cuando, en sus correrías

nocturnas, se encuentran con alguna vendedora de caricias, la tratan como a una marquesa. Y en este punto, los voluntarios de la Legión se habían adelantado a las órdenes del jefe de las nuevas fuerzas expedicionarias.

XXV

Aunque parezca mentira, el mayor número de poetas de la Legión no se encuentra entre los contingentes de los viejos pueblos orgullosos de su abolengo literario, sino en el grupo yanqui. Así es la vida, así son sus caprichos, así son sus sorpresas absurdas. De la inmensa Yanquilandia de hierro y de oro, todos esperábamos millonarios, ingenieros, industriales, químicos... Pero soñadores de ensueños azules y cazadores de quimeras, no. Un Kenneth Weeks, enamorado de los ideales latinos, leyendo a Verlaine en las trincheras, nos chocaba como un anacronismo vivo. Y he aquí que no es uno, que son muchos los que, abandonando los salones de Boston, las Universidades de Wáshington, los teatros de Nueva York, han venido a Francia a luchar y a morir. A morir... El «Libro de Oro» del regimiento contiene todo un martirologio artístico norteamericano. Junto a Kenneth Weeks, sobre el cual ya se ha escrito tanto, yace en la tierra helada de Champaña el genial Alan Seeger. Y alrededor de esos dos héroes canonizados por sus compatriotas, ¡cuántos jóvenes portaliras, cuántos nobles adolescentes que no pen-

saban en morir, sino en vivir, en amar, en cantar estrofas de amor!...

Hay una página en la cual Alan Seeger explica las razones que le obligaron a alistarse en las filas de los legionarios. «París—dice—estaba en peligro. ¿No teníamos un deber moral idéntico al deber legal de nuestros camaradas franceses?... ¿Por qué vestir el uniforme? En todos los casos en que he oído esta pregunta, la respuesta ha sido la misma. Llegó el día inolvidable de agosto. De pronto los lugares que frecuentábamos se vaciaron, los compañeros se marcharon a la frontera. ¿Podíamos dejarles los peligros para ellos solos después de haber compartido con ellos los placeres? Algún día ellos volverían gloriosos, y nos preguntarían: «¿Qué habéis hecho durante »este tiempo?» Esta frase nos habría parecido un reproche involuntario e insoportable.»

Y lo terrible, lo sublime, es que este poeta, joven, rico, enamorado de la vida, tuvo, desde el día en que tomó el fusil, la visión de su fin trágico. Él mismo nos lo dice en un poema magnífico, que traduzco a continuación:

«La Muerte me ha dado cita, en la trinchera, un día de ataque, cuando la primavera vuelva entre el murmullo sedeño de sus boscajes, cuando el aroma de los manzanos floridos embalsame el aire. Sí, tengo cita con la Muerte cuando lleguen las bellas mañanas de sol...

»Tal vez me cogerá suavemente por la mano para conducirme a su alcázar de sueño, y me cerrará los ojos con sus dedos, y calmará para siempre mi sed... Tengo cita bajo las balas, en el flanco de una colina, junto a una pradera esmaltada; tengo cita con la Muerte.

»Dios sabe que me sería más dulce dormirme en un lecho perfumado, en las palpitaciones de un amor satisfecho, corazón contra corazón, el aliento mío murmurando el nombre de ella... Pero tengo cita con la Muerte... Y cuando venga la primavera no podré faltar a la palabra que le he dado...»

Con acentos dolorosos, una gran escritora norteamericana llora a este «poeta en flor», como nosotros lloramos al único de los nuestros que ha sucumbido en la guerra, al pobre García Calderón. «Somos pobres en grandes artistas—exclama esta mujer—, y no le perdonaremos a la guerra que se lleve a los que más esperanzas de gloria ofrecían a nuestro Parnaso.» Hay algo de inicuo, en efecto, en dejar morir a los hombres de que más necesidad tiene cada país para conservar su prestigio. ¿No existen, acaso, leyes que movilizan a los ingenieros, a los químicos, a los mecánicos, a los que son indispensables para la existencia material del pueblo, muy lejos de la zona de combate, en sus propias fábricas, en sus propios laboratorios, en sus propias locomotoras?... Entonces, ¿por qué no hacer lo mismo con esos otros obreros del pensamiento y del ideal, cuya labor es más necesaria aún para la vida espiritual? Cuando notamos que la bala de un burgués austriaco puede romper la lira de d'Annunzio, sentimos una cólera infinita. Cada una de las existencias superiores que la metralla sacrifica, empobrece al mundo tanto como la ruina de una catedral. Y lo terrible, lo misterioso, lo desconcertante, es que ninguno de los que ya han sucumbido tenía instintos guerreros y alma violenta. Los biógrafos del que inauguró la trágica serie, de Charles Pegny, nos dicen: «Era el más dulce, el más pacífico, el más miope de los hombres.» Lo

mismo puede escribirse de José García Calderón, cuya imagen nos aparece siempre detrás de unas gafas espesas, en un ambiente de suaves sonrisas. Y en cuanto a Alan Seeger, he aquí cómo nos lo pinta su compañero Paul Ayres Rockwell:

«Yo lo consideraba cual un genio. Era un ser tranquilo, muy tranquilo, extremadamente tímido y reservado. Muy a menudo alejábase de sus camaradas para refugiarse en algún rinconcillo apacible en el cual podía escribir algunas páginas de su cuaderno de notas.»

Así son todos... Así es d'Annunzio, que, gracias a la Providencia, sigue volando por encima de la muerte; así es Maeterlinck, a quien, por fortuna, el rey Alberto no quiso aceptar en sus filas; así es Pierre Loti, que, a pesar de sus años, ha vuelto a ponerse su uniforme...

Mientras yo medito dolorosamente, un legionario me repite el nombre del más ilustre de los yanquis sacrificados, del gran poeta que murió en una mañana de sol, en el flanco de una colina.

—¡El pobre Kenneth Weeks!—murmura.

Cuando estalló la guerra, este escritor joven, y ya famoso en su patria, hallábase en París estudiando la antigua poesía francesa. Para vivir en el ambiente mismo de su labor, había alquilado una de las viejas casas de la isla San Luis, y por las mañanas, al abrir sus ventanas, veía, a cien pasos, las torres de Nuestra Señora dominando un paisaje en el cual Villon, si resucitara, podría aún reconocer el delicioso escenario de sus escabrosas aventuras. Con un amor de artista minucioso, recogía durante las largas y suaves horas de su contemplación las más sutiles imágenes del paisaje parisiense, con objeto de

trazar un cuadro completo, escrupuloso, lleno de detalles antes no vistos por nadie, de los admirables *quais* que miran en las aguas del Sena, desde hace muchos siglos, sus fachadas puntiagudas. Pero la literatura no era sino una de las cuerdas de su laúd. Junto al poeta había en él un pensador y un analista metódico. Uno de sus libros se titula: *Science, Sentiments and Senses.*

Su sentimiento no sólo lo traducía en bellas frases, sino también en innumerables obras de caridad. Porque este soldado que quiso compartir la ruda existencia de los que duermen en la nieve y comen en una escudilla de hierro, era millonario y sabía ofrecer su oro con la misma generosidad con que ofreció su sangre.

—Tenía en la muñeca—me dice un legionario—un relojito de platino en una pulsera de gran valor. Era tal vez un recuerdo, y no se lo quitaba nunca. Un día, después de un ataque, un soldado gravemente herido, a quien él le prodigaba sus socorros, le dijo: «Si yo pudiera, al morir, dejarle esta joya a mi novia, me iría más contento al otro mundo.» Sin murmurar una palabra, el americano quitóse la pulsera y la puso en la muñeca del compañero...

Esta es una pequeñez, pero es una pequeñez significativa. Su alma era franciscana en lo grande como en lo menudo. Para divertir a los aldeanos de una aldea bombardeada, tocaba el órgano en la iglesia. Sin esperar que le pidieran, buscaba pretextos para abrir su portamonedas, siempre lleno, ante las manos ávidas de los voluntarios pobres. Y lo mismo que daba su oro, se daba él mismo, corriendo a colocarse en el combate al lado de los que caían, ofreciendo su brazo fuerte a los que desmayaban, arras-

trándose bajo la metralla para llevar un trago y un adiós supremo a los que agonizaban. Su muerte es grande como una imagen de las gestas napoleónicas. «El 17 de junio de 1915—dice Gerard Bauer—Kenneth Weeks combate al norte de Arras. De 4.000 hombres de la Legión Extranjera, no quedan ya sino 1.800. Él es granadero. Sus amigos lo ven salir de la trinchera a la voz de ataque, y avanzar, alta la frente, ágil el cuerpo, tranquila la mirada. Marcha, marcha... Lanza sus granadas con ademán amplio y rápido. Se le ve, entre el humo, asaltar la posición enemiga, sembrando la muerte a manos llenas, con la misma generosidad con que sembraba los socorros antes. De pronto cae para no levantarse más.»

El legionario me dice:

Éste también sabía que iba a morir...

Luego murmura:

—Todos lo saben... La muerte es una imagen que nos es familiar..., la llevamos con nosotros..., la esperamos sin desearla, pero sin temerla...

Es cierto, es tan terriblemente cierto, que yo me he preguntado muchas veces si lo que se llama la fraternidad de las armas no será, en el fondo, sino la solidaridad de la misma obsesión que hace decirse siempre mentalmente a dos soldados que se encuentran en un campo de batalla, como a dos trapenses que se cruzan en la sombra de un claustro: «Morir habemos...» Uno de los voluntarios más sutiles y más sinceros me contesta desde la tumba:

—La muerte..., siempre la muerte...

Y agrega en una página admirable:

«¡Y qué mil maneras de esperarla! Quién la desprecia, quién la invita como huésped, quién la emplaza como enemiga, quién la aguarda como herma-

na. El que tiene imaginación, ve el cuerpo que cae, y las angarillas, y la tierra húmeda que resbala mientras cuatro muchachos presentan armas. Otro ve a la novia que ríe y canta, mientras corren por el hilo del telégrafo las cuatro palabras que le costarán la vida, y el amigo que sube las escaleras y toca y muestra una cara tan forzadamente alegre que la mujer comprende sin palabras. Para mi sargento, es el paso de un mundo a otro, una promoción y nada más, como quien cambia de cuerpo, feliz del ascenso, aunque mohino al irse solo. Otro ve un paraíso confortable, con un sillón numerado de antemano, y otro no ve sino una célula rota, un nombre borrado en un libro gordo, como una factura pagada, papel sin valor, como la vida. Yo no sé si muchos vuelven a Dios por este laberíntico camino de las trincheras. Pero todos vamos al hombre... Solidaridad es otra cosa que las cuatro pesetas de renta que prometen los diputados. Es el instinto de apoyarse, el instinto de rebaño, la cohesión de manada, algo que sale de las entrañas, sin análixis posible, como una nota de una cuerda herida; toda la ternura quo nos avergonzaba antes, lo que trae lágrimas a los ojos ante una pena, lo que avergüenza de vivir tranquilo al lado de tanta miseria, lo que nos condenaba antaño a un vago socialismo romántico.»

XXVI

Ante la vasta llanura, un español que nos acompaña hasta nuestro automóvil piensa con nostalgia en el sol de su tierra, un bohemio medita vagamente su venganza celeste, un suizo, más positivo, más práctico, exclama:

—Esta será la gran riqueza de Francia.

Todos lo miramos sin comprenderlo.

—Por el turismo—exclama.

Es cierto. Donde hoy no hay sino veinte mil legionarios cosmopolitas, mañana, después de la victoria, veremos millones de peregrinos. Porque más que curiosos, más que turistas, esos extranjeros en quienes piensa nuestro helveta de alma de hostelero, serán peregrinos ávidos de contemplar la tierra sagrada de la sublime resistencia. «Aquí fué el Somme; aquí fué el Marne; aquí fué Verdún», dirán las generaciones futuras, cual los romeros sicilianos murmuraban, poseídos de religioso respeto: «Aquí fué Troya.» Y de entre las piedras ciclópeas de las fortalezas destruídas levantaránse, envueltos en sudarios de gloria, los Aquiles de la formidable *Iliada* moderna...

Y como Francia, aun en medio de sus preocupa-

ciones superiores de defensa nacional, es un pueblo que no deja para mañana lo que puede hacer hoy, ya ha comenzado a explotar, sin necesidad de regios comisarios, su turismo guerrero. En los escaparates de los libreros parisienses se ve, desde hace días, un tomito azul, cuyo título reza: *Guía del turista en los campos de batalla del Marne.—Peatones—ciclistas—automóviles*. Y en el *avant propos* de esta obrita, su autor, M. Paillard, nos asegura que desde principios de este año los que visitan las llanuras de Brie y del Ourcq se cuentan cada semana por millares. Luego, entrando en materia, agrega: «¿Qué es lo que ve el peregrino del Marne en los 25 kilómetros que representan la distancia de Meaux a Nanteuil-le-Haudoin? En primavera, la tierra cubierta de surcos; en verano, inmensas culturas verdes; en otoño, los altos haces de trigo, iguales a los que tomaron parte en la pelea. Mas eso sería poca cosa para atraer si no existiera la cosecha de los recuerdos. El árbol tronchado por la metralla, la piedra rota por el cañón, las ruinas de las aldeas mismas, no serían sino curiosidades pasajeras. Hay que evocar el drama supremo para que todo eso tenga su valor singular.» Este drama, acto por acto, escena por escena, la *Guía* lo expone con tanta claridad, con tanto detalle pintoresco, que yo quisiera que los escritores que en España y en América están encargados de hacer conocer las regiones grandiosas y los sitios históricos, tomaran el trabajo de M. Paillard por modelo.

El voluntario suizo, que me oye hablar así, contesta:

—Sí; mas, naturalmente, los viajes a los campos del Marne no son sino un ensayo en pequeño de lo

que un grupo de industriales de Francia, de Suiza y de Inglaterra se propone realizar cuando la guerra haya terminado. El promotor de este movimiento turístico ha hecho ya un viaje a los Estados Unidos, no sólo para estudiar los métodos americanos de «iniciativa», sino para darse cuenta de la curiosidad que Francia inspira a los 20 millones de yanquis susceptibles de hacer un viaje de recreo. Sus cálculos son de un magnífico optimismo. «Se me han hecho —dice—proposiciones interesantísimas que me permiten prever que la misma organización que llevó 18 millones de visitantes a la Panamá-Pacific-Exposition de San Francisco, consagrará sus esfuerzos futuros a conducir a Francia los mismos turistas. No tenemos en nuestras iniciativas francesas que preocuparnos de la propaganda ni de las condiciones de viaje para los americanos. Las Empresas de los Estados Unidos tienen ya todo esto preparado y organizado como una máquina que comenzará a funcionar el día mismo en que se toque su resorte.» Ahora bien: si a esos 18 millones de americanos que monsieur Pierre Chabert promete se agregan unos 20 millones de europeos y unos 2 millones de asiáticos y africanos, se llega a la suma fantástica de 40 millones de turistas.

El suizo, entusiasmado, agrega:

—Y los cálculos así hechos no tienen nada de arbitrarios. ¿Qué familia inglesa no querrá ver los campos de Picardía, donde hoy luchan heroicamente sus hijos? ¿Qué ruso acomodado no tendrá interés en recorrer la línea de trincheras que de los Vosgos va hasta el canal de la Mancha?... Todos los pueblos que han tomado parte en la guerra saben que el escenario principal del drama se halla aquí, en la ad-

mirable Francia del Norte, en la Francia de las ruinas, de los ríos enrojecidos por la sangre, de los campos talados por la metralla... Y cuando cito tres o cuatro pueblos, es por no hacer la lista de todas las naciones... ¿Qué raza no dejará aquí tumbas gloriosas?... Nosotros somos el resumen del Universo, y nosotros no hemos regateado nuestra sangre, nosotros nos iremos marchando sobre un lago de sangre mundial...

El suizo, abandonando el tono lírico para adoptar de nuevo su lenguaje de hostelero, continúa así:

—Hay que contar, además, con el snobismo... Nosotros, en nuestros lagos, en nuestras montañas, conocemos ese sentimiento tan humano... ¿No va la gente adonde va la gente?... «Pero—se dirá—cuarenta millones de romeros no caben en un pueblo organizado para que sólo vivan en él cuarenta millones de ciudadanos.» En primer lugar, todos no vendrán juntos. Ni los trenes ni los barcos que existen en el mundo podrían, en unos meses, transportar semejante masa humana hacia un solo punto del Globo. Durará tres, cuatro, cinco años la formidable romería. Además, ahora mismo, sin esperar el fin de la guerra, los franceses se ocupan ya en organizar los medios de recibir a sus visitantes y de explotar el turismo sin explotar a los turistas. Es el buen método, que les hemos enseñado nosotros los suizos. Los Comités que se fundan en estos momentos lo indican en sus programas. No hay que dejar nunca que el viajero de un día o de una semana se marche creyéndose explotado. El hostelero que se figure que gana mucho cobrando el triple de lo que debía cobrar, no sólo se arruina a la larga, sino que arruina a su país. Las playas donde un hotel de se-

gundo orden exige 24 pesetas al día por una cama de estudiante, comienzan a notarlo. En Francia se abren ahora concursos para premiar los mejores proyectos de *auberges* a la antigua, es decir, de fondas que no tengan nada de *palaces*, que no estén llenas de *halls*, de ascensores, de salas de baile y de aparatos eléctricos, pero que tengan una buena cocina, buenas camas, buenos jardines y buena hospitalidad. La gente está ya cansada de vivir en jaulas de vidrio y desea algo más tradicional y más íntimo. Centenares de Sociedades se proponen crear hosterías «imitadas de lo antiguo» para recibir a los forasteros de mañana.

El suizo parece entusiasmado ante sus perspectivas de millones de turistas y de millones de francos. Se nota que, al abandonar el fusil, se propone recobrar su antiguo oficio. ¡Con cuánto orgullo podrá poner en la puerta de su hostería: *A l'Auberge de la Legion!*... ¡Con cuánta elocuencia contará sus recuerdos a los viajeros ricos!...

Yo pienso en esa formidable futura caravana mundial, como en un último homenaje místico que el mundo rendirá a la tierra sublime de Francia.

Ya, ahora mismo, hay en Francia, además de estos voluntarios que ofrecen su sangre, otros, no menos respetables, que ofrendan su oro para sostener las ambulancias y sus manos para vendar a los heridos. Aquí nadie piensa en esos otros legionarios de la caridad, que son los hermanos de los que ahora me rodean. Por eso, porque sé que mis amigos los voluntarios, con sus almas de guerreros, desdeñan hasta cierto punto todo lo que no es esfuerzo épico, les digo:

—Vosotros sois admirables, vosotros sois los que

más lauros merecéis en la falange universal que sirve a Francia. Pero no sois los únicos... Hay otros, en París, que se sacrifican también por la tierra en que viven. Me refiero a los fundadores de obras extranjeras de guerra. Yo no puedo pensar en ellos sin emoción y sin orgullo. ¡El oro que han derramado! ¡La actividad con que han servido! Millonarios, sabios, artistas, aristócratas, se han convertido en enfermeros, en automovilistas, en directores de laboratorios. Damas linajudas visten la clásica túnica de *gard malade*, sin acordarse de sus palacios lejanos. No hay un pueblo en la tierra que haya dejado de mandar aquí su contingente caritativo. Hace pocos días, el prefecto de Policía me comunicó una lista de *Oeuvres étrangères*, que tengo en el bolsillo. ¿Queréis oír nombres de vuestros países?... Escuchad: 1. Comité de socorros a los heridos, presidido por Juan de Reské, polaco.—2. Los Voluntarios Belgas, presidido por el belga Shepers.—3. Obra de los voluntarios suizos, presidido por el suizo Mange. 4. Comité de voluntarios italianos, presidido por Valsechi, italiano.—5. La Cruz Azul, presidida por Lady Smith Dorrien, inglesa.—6. El Comité belga, presidido por el belga Boulanger.—7. Refugio Belga-Francés, presidido por el belga Boulanger.—8. El Taller Belga; fundador, Pelliccioni, argentino.—9. Comité de profesores belgas; presidente, Derboven, belga.—10. Obra del trabajo belga; presidente, Flammeau, belga.—11. Obra del soldado belga; fundadora, la duquesa de Ursel, belga.—12. Obra de refugiados ganteses; presidente, Rivière, belga.—13. French Ralief Fund; fundador, Dickinson, inglés. 14. Asociación General Belga; presidente, Nerven, belga.—15. Le Signal; fundadora, miss William, in-

glesa.—16. Comité para proteger a los niños; presidente, Jacacci, americano.—17. Comité de socorros americanos; director, Caroll, americano.—18. Sociedad de Oficiales; presidente, Allay, belga.—19. Socorros para ciudades destruídas; presidente, Limpers de Borman, belga.—20. Francia-Rusia; presidente, conde Resselrade, ruso.—21. *Foyer du Soldat;* presidente, Brunot, belga.—22. Obra de prisioneros belgas; presidente, Brunet, belga.—23. Socorros a las familias de movilizados; presidente, Palazzoli...

Pero me detengo, porque son centenares, son tal vez millares, esas obras, esos *funds,* esos *amicales*, esos *volontariats*, esos *vestiaires*, esos *ateliers*.. Cuando el prefecto me enseñó sus registros completos, de los cuales sólo le pedí la copia de unas cuantas páginas, vi, con orgullo, con orgullo de hombre, pasar una nomenclatura completa de las naciones del Globo y una lista más completa aún de instituciones piadosas... Había ahí todo lo que el espíritu sutil de la caridad puede imaginar, desde las *crèches* para recoger a los recién nacidos, hasta las *unions* para enterrar a los ancianos; desde el Comité para regalar cintas y adornos a las mujeres de los movilizados, hasta el *foyer* para dar carbón a las familias; desde el restaurante gratuito para artistas en la miseria, hasta el gremio de los veraneantes pobres... «Y lo que usted no nota—me dijo el prefecto—es que, unidos a estos nombres de fundadores y de presidentes, se hallan en otras listas los nombres de sabios ilustres, de médicos famosos, que han abandonado clínicas pingües en sus países respectivos para venir a salvar a nuestros heridos. Hasta del Japón, hasta de la India, hasta de las islas remo-

tas del Pacífico, han acudido cirujanos, químicos, inventores. En Compiegne tiene usted a los profesores del Instituto Rockefeller, capitaneados por el doctor Carrel; en Buffon se halla el más eminente operador de Buenos Aires, el Dr. Chutro... Pero, ¿a qué citar, puesto que sería imposible hacer con justicia una lista completa?... Todo el Universo nos ha dado algo de lo mejor que tiene: nos ha dado a sus mujeres para que, con sus manos blancas, acaricien las frentes de nuestros huerfanitos; nos ha dado a sus millonarios para que levanten, como en un cuento de hadas, en un instante, centenares, millares de refugios; nos ha dado a sus cirujanos, a sus enfermeros, a sus sacerdotes... Yo no puedo nunca pensar en este florecimiento de caridad mundial sin experimentar un profundo enternecimiento...» Yo le contesté: «Lo comprendo perfectamente. Y si yo fuera francés, me sentiría tan orgulloso de esa formidable movilización de la piedad, de la generosidad, del sacrificio femenino y científico, como del movimiento excelso que determinó la formación de la Legión Extranjera.

XXVII

Los españoles, los americanos, los rusos, los polacos... Es todo lo que hemos visto. ¿Y qué son cinco o seis pueblos en este campamento de Babel, en esta cosmópolis guerrera donde, como dice García Calderón, se hablan las lenguas del mundo entero y hasta algunas que ya no se conocen en ninguna parte?... Mi buen cicerone querría que yo permaneciera aquí muchas semanas y que me convirtiera en el cronista oficial de la Legión.

—No ha visto usted los tipos más extraordinarios —me dice—. No ha visto usted a los persas, a los chinos, a los siameses, a los sirios, a los judíos... Verdad es que los mejores, los elegidos, han muerto... Me acuerdo del soberbio Almanzor, hijo de un visir del Cha de Persia, que se portó de tal manera, con tanto esplendor y tanto arrojo, que le pusimos el apodo de *Jerjes*... Otro oriental magnífico fué el Do-Hu-Vi, hijo de un mandarín de Indo-China, menudo, marfileño, muy frágil en apariencia, muy afeminado de maneras, pero que dió tales pruebas de inteligencia militar y de tenacidad personal, que logró conquistar sus tres galones de oro a una edad que muchos oficiales franceses son aún segundos tenientes... Éste

murió en julio de 1916, no como un héroe, sino como un personaje de drama de capa y espada, como un Bayardo amarillo. Yo estaba cerca de él, y le vi caer envuelto en una nube de polvo. Un enfermero me gritó: «El pecho atravesado... No hay esperanza.» Al mismo tiempo el hombrecillo aquel, haciendo un esfuerzo supremo, incorporóse, se cuadró, y dirigiéndose a los hombres de su compañía que aun quedaban en pie, quiso hacerles un discurso patriótico... El infeliz no tuvo tiempo sino para besar la bandera del regimiento y se desplomó muerto... ¿Pero a qué tratar de evocar figuras heroicas?... Todos en la Legión son héroes. Todos saben vivir cantando y morir sonriendo... Vea usted...

Por una alameda desemboca una columna marchando al son de unos cuantos clarines. Son soldados rígidos, automáticos, que aquí me chocan con la precisión férrea de sus movimientos, y que más parecen alemanes que franceses.

—Los suizos—exclama mi cicerone.

Y agrega:

—Son los militares por excelencia... Tienen la disciplina en la sangre... Parecen máquinas de acero... Nuestros regimientos fueron creados por ellos allá a principios del siglo XIX... Son los padres de la Legión...

La columna se aleja... El clamor de los clarines se apaga...

En seguida vemos un tropel de jinetes que pasan en una nube de polvo... Después, otra columna... Después, un grupo de oficiales...

—Se van—murmura mi teniente...

En el espacio, iluminado por las llamaradas rojas del Poniente, reina de pronto un inmenso vacío. Di-

jérase que todas las tropas que hace algunas horas convertían este campamento en una cosmópolis guerrera hubiesen desaparecido por encanto... Allá, muy lejos, muy lejos, una banda de música toca una marcha solemne... Por encima de las tiendas de campaña, las banderas tricolor se agitan cual pañuelos que se despiden...

—¿Adónde van?...

—No sé adónde van...

Yo me siento algo avergonzado y algo enternecido... Pienso que, de seguro, esos hombres se encaminan hacia la batalla, hacia el sacrificio, hacia la hecatombe...; que van a marchar toda la noche a pie bajo el fulgor de los astros nocturnos...; que entre ellos, después de la fatiga, muchos no se reposarán sino en la muerte... Pienso en ellos y pienso en mí; pienso en el automóvil que me espera; pienso en el lecho en que voy a dormir, lejos de todos los peligros; pienso en la calma de mis días futuros... Y sufro en mi amor propio al encontrarme inferior a ellos, al sentir que por una causa que es la causa de mi alma, yo no doy nada, ellos lo dan todo...

—La batalla—murmura mi cicerone...

Yo le pido que me refiera las acciones de que aún no me ha hablado: la de Verdun, la de Auberive... Quiero, con imágenes épicas, borrar la humillación de mi alma sedentaria.

—¿De veras—me pregunta—le interesan a usted mis recuerdos de la guerra?... Todo se ha publicado ya...

—No importa.

Nos sentamos en un tronco de árbol, frente al cielo que se incendia bajo el vuelo de los cuervos. Y con voz grave, lentamente, mi amigo me dice:

—Auberive es una de nuestras más hermosas páginas... Yo estuve ahí... Yo he tenido la suerte de asistir a los combates menos vulgares. A las tres de la tarde del 19 de abril de 1917 llegó al general jefe de la División el informe de que Auberive, el famoso saliente de la línea enemiga, contra el cual tantos ataques anteriores habían fracasado, acababa de caer en nuestras manos. El honor de esta conquista pertenecía al regimiento de marcha de la Legión Extranjera, honor adquirido al precio de cuatro días de combate, realizado casi exclusivamente con granadas de mano y a la bayoneta, con un valor y una tenacidad tradicionales en este cuerpo escogido. El 17 de abril, a las cinco menos cuarto de la madrugada, el primer batallón que, según el plan de ataque, debía penetrar en la trinchera alemana, entre el bosque en T y la Sapinière, y volver después al Este para progresar en el Golfo, marcha al asalto seguido del segundo batallón. El entusiasmo es grande; a pesar del viento que sopla huracanado y de la lluvia que azota los rostros, no obstante los bloques de barro que se adhieren al calzado, los legionarios franquean el parapeto, y por las brechas practicadas con nuestros hilos de hierro alcanzan la red defensiva del enemigo, completando con las cizallas la obra destructora de la artillería. La Legión pasa y se engolfa en la trinchera de los Bouleaux, donde la granada de mano juega el principal papel, limpiando el terreno; la tormenta prolonga el fin de esta nube; los bravos no se ven y tienen que reconocerse a la voz; mas no obstante la oscuridad y las ametralladoras, van pasando a poder de los legionarios los pasadizos y abrigos de las trincheras enemigas. Los alemanes no pueden sostener su primera línea, y se retiran a la

segunda; los legionarios no les dejan un momento de respiro. Las trincheras del Golfo son tomadas, y a medida que los atacantes se acercan a Auberive, la lucha es más encarnizada, más feroz; se ve el valor que el enemigo concede a esta posición capital. En las trincheras bautizadas con los nombres de Bizancio, los Dardanelos y Príncipe Eitel, las ametralladoras, los lanzallamas, las granadas, oponen a nuestras tropas barreras de muerte. Los legionarios, a pesar de todo, pasan a fuerza de heroísmo.

»En este infierno se baten contra los alemanes, hombres de cincuenta y una nacionalidades diferentes. La mayoría no luchan ni por la salvaguardia de un hogar ni por el patriotismo nacional, ni son mercenarios que buscan fabulosas pagas o rico botín. Son veteranos, unos de la vieja legión de Argelia, y los más, voluntarios por la duración de la guerra, de todas las clases sociales, desde las más humildes a las más elevadas, de todas las culturas, desde las más incultas a las más refinadas, que sólo tienen un pensamiento común o un instinto que les domina: el odio a Alemania y el amor a la libertad. La Legión continúa su marcha; el 19, al amanecer, el fortín de Auberive cae en nuestro poder; nuestra artillería ha hecho una labor admirable, convirtiendo, por su tiro preciso, insostenible para el enemigo la posición. Las armas, las municiones, los equipos, obstruyen el suelo; en un reducto han dejado los alemanes un recipiente lleno de café recién hecho, que sabe delicioso a los legionarios, los cuales, desde el 16, no han sido aprovisionados más que de agua, y eso con dificultad. En tanto que una sección a las órdenes de un suboficial ocupa el fortín, el teniente que manda la 10.ª compañía parte con dos granaderos para

explorar el pueblo de Auberive, donde penetran a las dos y media de la tarde, sin encontrar un alemán. El enemigo, temiendo ser rodeado, había evacuado el pueblo, que estaba convertido en un formidable reducto, con sus trincheras, sus cúpulas, sus plataformas, sus abrigos para ametralladoras, todo en cemento armado. Había resuelto llevar sus esfuerzos para la defensa del fortín al sur de Vandesincourt, que dominaba el saliente del cual la Legión debía operar el cercamiento. La progresión no pudo realizarse sino con la lucha de granadas y con el fusil ametrallador. Sucesivamente cayeron las obras fortificadas de Posnasire y de Bayreutte. El Laberinto fué tomado no obstante una desesperada defensa de los granaderos alemanes, que hasta acudieron a una astucia infame. Se adelantaron sin cascos, y al parecer sin armas, con los brazos levantados, y cuando los legionarios se adelantaron creyendo que se rendían, recibieron a quemarropa una lluvia de granadas de mano, que por un momento los hicieron retroceder. La escena duró bien poco y no prolongó la defensa alemana en cambio de agravar su derrota; los legionarios, indignados con la traición, no dieron cuartel y no hicieron en el lugar un solo prisionero. Todos los objetivos estaban alcanzados en cuatro días de combate; a pesar de la fatiga, de la falta de agua, de la dificultad de aprovisionamiento, los tres batallones de la Legión conquistaron en cuatro días 7 kilómetros de caminos de trincheras y habían aniquilado a dos regimientos sajones. Este esfuerzo, aunque coronado por el éxito más completo, ocasionó dolorosos sacrificios. Al principio del combate el teniente coronel Duriex fué mortalmente herido al lanzar su regimiento al ataque; los legionarios pusie-

ron mayor voluntad en vencer para vengar a su jefe querido. El jefe del batallón, Deville, tomó el mando y pudo el tercer día de batalla dar este parte: «Los »hombres están físicamente agotados, pero su moral »es espléndida y rehusan todo relevo.»

»¡Si hubiera usted visto a aquellos héroes!... Aquí tengo algunas notas copiadas de nuestro «Libro de Oro», que es un libro inagotable... Oiga usted...

Y con voz grave el teniente me lee:

—*De Lannurier:* joven capitán que el 17 de abril de 1917, en las más críticas circunstancias tomó durante el fuego el mando de un batallón, conservándolo durante tres días y tres noches, en el curso de los cuales prosiguió un combate áspero, duro, continuo, sin tregua, contra una posición sólidamente organizada y defendida a toda costa por un enemigo superior en número y resuelto a defenderse hasta la muerte. Por la habilidad de las disposiciones que tomó y por su valor razonado, ha producido la admiración de todos y contribuyó grandemente al éxito de su batallón.

»*Sapene*, ayudante-jefe: gran figura de soldado, de una abnegación y de un valor notables. Causó la admiración de todos durante los combates del 17 al 22 de abril por su soberbia actitud ante el fuego. Encargado con su pelotón de la limpieza de un sistema de trincheras entrelazadas, se mantuvo siempre a la cabeza, disparando o lanzando granadas con un ardor que supo comunicar a sus hombres. Rehusó durante todo el combate tomar el menor reposo, elevando la moral de sus legionarios con su buen humor en los momentos más duros de la lucha.

»*Wermuth*, voluntario. Sirve con entusiasmo la causa que ha abrazado. El 17 de abril, mientras la

compañía progresaba en las líneas alemanas, se ofreció espontáneamente a reemplazar a los granaderos caídos; combatió, a partir de este momento, con la escuadra de granaderos, de un modo perfecto, y participó voluntariamente en varias misiones peligrosas.

»*Feldmeyer:* soldado modelo, granadero, de un valor heroico. Se ha batido durante unos días con un encarnizamiento que no se debilitó nunca. Herido el 20 de abril al intentar penetrar en una trinchera enemiga, no obstante un fuego violento de ametralladoras y de granadas.

»El capellán voluntario Arnal, los tenientes Petter y Capelle y el ayudante Mader, son nombrados caballeros de la Legión de Honor. No hay más grandes y bellos motivos.

»*Arnal:* capellán voluntario, de una abnegación absoluta y de una rara energía. No cesa de alentar a los combatientes y de prodigar sus consuelos a los heridos, dando a todos un ejemplo de bravura y de desprecio del peligro. Ha dado pruebas de gran valor acompañando a las tropas al asalto de las líneas enemigas, y ha recibido el 22 de abril de 1917 su segunda herida. Ya citado en la orden.

»*Carlos Petter*: oficial distinguido que ha demostrado admirable valor durante las operaciones del 17 al 20 de abril de 1917. Por su bravura y tenacidad ha contribuído en gran parte a la toma de una posición poderosamente fortificada. Ya herido y dos veces citado en la orden.

»*Leopoldo Capelle*: oficial distinguido, que se ha conducido admirablemente en los combates del 17 al 21 de abril de 1917. Ha sabido en todos los momentos y en todos los lugares más peligrosos utilizar la sec-

ción de ametralladoras que manda, obteniendo un gran éxito. Ha sido herido gravemente por tercera vez el 17 de abril de 1917. Dos veces citado en la orden.

»Del ayudante Mader, la admiración de todo el regimiento ha consagrado su heroísmo; es un oficial joven y un antiguo legionario.

»He aquí los hechos que le dieron la cruz de honor:

«Suboficial de una bravura y de una energía notables; jefe de sección extraordinario, verdadero conductor de hombres. Siempre a la cabeza de su tropa, se ha portado admirablemente en el curso de los combates del 17 al 21 de abril. Por sus felices medidas y el tiro preciso de sus ametralladoras, ha asegurado con su sección la captura de una batería enemiga, poniendo en fuga a una compañía de infantería que la sostenía. Citado ya dos veces en la orden.»

»Un nombre que fué altamente estimado en el Cuerpo diplomático, el del antiguo ministro de Persia en París, Nazar Haga, ha sonado de nuevo y en los fastos de la Legión en la persona del teniente Nazar Aga:

«Alistado voluntario por el tiempo de duración de la guerra, se ha portado bravamente en todos los combates librados en 1915 en Champaña y en 1916 en el sur de Somme. Ha dado prueba de nuevo en el curso de las recientes operaciones de una serenidad extraordinaria en el fuego y de una gran abnegación. Dos veces herido y citado en la orden en el curso de la campaña.»

»Pero el mismo heroísmo que estas citas especiales, revelan las del mártir. El sargento *Seiller* pierde

veinte de sus granaderos, y con uno solo que le queda hace frente a ocho alemanes, obligándolos a rendirse. *Armengo* es un niño de diez y seis años, que con su oficial ametrallador ha hecho caer a cinco enemigos; herido gravemente, no quiere retirarse hasta no abatir al sexto; una vez que tira y lo consigue, se deja llevar. Los sargentos *Dori, Puicard, Leufaut* y *Granacher* han hecho prodigios de valor, y todos reciben la medalla militar sobre el campo de batalla. Leufaut, maestro de escuela de Montmirail, es ascendido a subteniente.»

La tarde cae, y en el Poniente, entre las inmensas muselinas rojas, comienzan a desgarrarse algunos velos de sombra. Hay flecos negros en la cortina de púrpura. Un silencio absoluto nos envuelve. No se ve un ser humano en el interminable espacio cubierto de tiendas de campaña. Las banderas mismas no palpitan ya, y muy ceñidas a sus astas parecen dormir...

—¿Y Verdun?—pregunto a mi guía.

—Verdun—murmura, Verdun...

Por sus pupilas negras pasan visiones soberbias y terribles de matanzas, de derrumbamientos, de catástrofes, de proezas sobrehumanas...

—Verdun...

Al fin, mirando su reloj, exclama:

—Ya no nos queda mucho tiempo; pero quiero cumplir mi palabra refiriéndole mis recuerdos... Seré breve. Delante de Verdun, en la mañana del 20 de agosto de 1917, fueron designados como objetivos al regimiento el pueblo de Cumières y su bosque, la cota del Oie y, por último, la cota 265, punto culminante del largo espinazo que dibuja sobre su orilla izquierda uno de los recodos del Mosa. Si la puntua-

lidad con que se presentó fué notada, aun llamó más la atención el marcial continente de la tropa. Los legionarios marcharon contra Cumières cantando la *Madelon,* banal cancioncilla de café-concierto, elevada de punto a la categoría de canto épico. La cota 265 hallábase dominada por un fortín que fué conquistado al primer asalto. Una vez dentro, dos soldados, con sus cascos en la mano, bailaron sobre la muralla una danza desenfrenada por su alegría, sin preocuparse para nada de la metralla que enviaban los alemanes. Las cosas marcharon perfectamente el primer día, y contadas están las proezas que se realizaron sobre todo el resto del frente de ataque, desde Avocourt hasta Talou y la cota 344. El Mando resolvió aprovecharse de este impulso. Se había alcanzado en la derecha del Mosa las afueras de Samogneux, pero no había sido prevista la toma del pueblo. Se dió orden de conquistarlo, y el 21 por la mañana se realizó la operación. Mas como las tropas que ejecutaron la orden se quedaran un poco en el aire por hallarse al descubierto su posición, se recurrió a la Legión pidiéndole un nuevo esfuerzo a fin de ocupar Regueville, en la orilla izquierda del mismo río. Los legionarios marcharon alegremente y llenos de entusiasmo, y en un brillante combate con granadas de mano, no sólo arrebató el pueblo, sino cuatro cañones al enemigo sorprendido, que no tuvo tiempo de retirarlos. Fué el acto final de esta brillante batalla, y así fué como conquistó la famosa *fourragère* del color de la cinta de la Legión de Honor. Esta nueva acción, «que no había sido prevista sino para una fecha posterior», es lo que señala la orden del día del 20 de septiembre. La hazaña, por otra parte, había tenido testigos de nota. Pudo verse allí,

al lado del general en jefe, del comandante del segundo ejército firmante de la orden del día y del jefe de la División marroquí, a la cual se ha concedido la Legión, al jefe supremo de uno de los ejércitos aliados. Desde lo alto de un montículo, como en los famosos cuadros de batallas célebres, estos excelentes jueces contemplaban el combate. Vieron a los legionarios salir del bosque de Cumières, detrás de la barrera, al paso. «Se desplegaron—me decía uno de mis amigos que era de la fiesta—como en un cinematógrafo.» Por el humo de las granadas pudo seguirse su progresión en los largos embudos y pasadizos de las trincheras, como en estas mismas a medida que las conquistaban. Cuando todo acabó, uno de los grandes jefes dijo sencillamente: «Pudiera creerse que hemos asistido a una hermosa maniobra realizada en un campo interior.» Durante estas jornadas, circulando entre ellos y contemplando su esfuerzo sublime, he llegado a sentir una admiración profunda, imborrable; he concebido una fe absoluta por esos soldados que luchan tan estoicamente, sin una queja, sin un murmullo, y que en los momentos más críticos lograban por su vigor, por su moral admirable, reconfortar, sostener a sus mismos jefes, inspirándoles una confianza ciega. Hay que inclinarse delante de tanta fortaleza de alma. Jamás ni soldados ni héroes dieron nunca tan notable ejemplo de resistencia y de magnanimidad. Pero tratándose de tales hombres no hay que desesperar de verlos sobrepujarse a sí mismos...»

Mi guía habla con entusiasmo y con ternura de las proezas de sus compañeros... Sólo de lo que él mismo ha hecho no dice nunca una palabra. Parece a veces que refiere acciones en las que sólo fué espectador.

—¿Y usted?—le digo señalándole la cruz que brilla en su pecho...

Él se pone de pie, y para no dejarme el tiempo de hacerle un elogio, exclama:

—¡Demonio!... Ya es muy tarde..., muy tarde... Marchémonos si no quiere usted que nos coja la noche en el camino...

XXVIII Y ÚLTIMO

Para terminar estas notas fervorosas, en las cuales he tratado de poner en orden los recuerdos de dos visitas hechas a la Legión (la primera a principios de 1917, la segunda un año después), quiero publicar la carta que un voluntario hispanoamericano me dirige.

Hela aquí:

«Querido maestro:

«¿Ha leído usted en los periódicos alemanes la elegía feroz que la agencia Wolf ha compuesto para llorar la muerte de nuestros batallones? Está fechada en 11 de mayo de 1918, y dice así, mal traducida:

«La Legión Extranjera francesa ha dejado de existir desde el punto de vista práctico. Los pocos supervivientes que en el ataque de sorpresa, cerca de »Hangard, escaparon al fuego cruzado de las ame»tralladoras alemanas, y cayeron en el cautiverio »alemán, relatan la siguiente historia trágica del des»considerado sacrificio realizado por los neutrales »que en la Legión luchan en defensa de Francia:

»En octubre de 1914 se organizaron, mediante una »enérgica campaña de reclutamiento, tres «regi»mientos de marcha», compuestos de italianos, espa-

«ñoles y eslavos de los regimientos extranjeros de »guarnición en tiempos de paz en Sidi del Abbes y »Saida. A este regimiento se agregó como cuarto el »de los garibaldinos, siendo este último el primero en »ser sacrificado.

»En su primera intervención en las Argonas sufrió »pérdidas tan enormes, que quedó disuelto, desapa»reciendo del ejército francés como formación inde»pendiente. Los demás regimientos extranjeros su»frieron idéntica suerte en la primavera de 1915, cer»ca de Souchez, siendo sus bajas de tal índole, que »los regimientos tuvieron que ser mezclados en el »curso del verano.

»De tres regimientos de cuatro batallones cada »uno se formaron dos regimientos: uno con dos bata»llones y otro con tres. Apenas reorganizados pro»visionalmente ambos regimientos, fueron lanzados »en septiembre de 1915 a la lucha en el punto más »sangriento de la Champagne. Su desconsiderada »utilización diezmó a ambos regimientos nuevamente »de tal modo, que hubieron de ser reunidos con los »restos del regimiento de garibaldinos, formando un »solo regimiento extranjero. Éste, llamado «regi»miento de marcha de la Legión Extranjera», fué em»pleado el 26 de abril de este año en un asalto contra »las líneas alemanas, cerca de Hangard, después »de una preparación artillera completamente insufi»ciente.

»Los prisioneros manifestaron que juntamente con »tiradores argelinos y marroquíes del séptimo regi»miento fueron cogidos por un mortífero fuego cru»zado tal de ametralladoras, que el ataque se estre»lló. Confesaron que no recordaban jamás semejante »lluvia de proyectiles.

»Según su criterio, ha dejado de existir la Legión »Extranjera. A pesar de que cada vez, después de un »ataque, se traían reservas de Argelia, Tonkín y Sa- »lónica, y no obstante el hecho de que el Gobierno »francés hacía los mayores esfuerzos para atraer »gentes mediante condecoraciones de la Legión de »Honor, la afluencia de aventureros ha sido cada vez »más reducida, encontrándose vacíos actualmente los »depósitos de reclutas. Más de 55.000 hombres ha per- »dido la Legión entre muertos y mutilados. Ha cum- »plido su destino de tropa de sacrificio.»

»Ahora bien, caro maestro: Yo, que le escribo a usted aprovechando unos días de reposo, puedo decirle que los alemanes han tomado sus deseos por realidades. Pretender que no hemos sufrido en los últimos combates gigantescos, sería mentir. Hemos pagado con nuestra sangre como los demás, y cuando usted vuelva a visitarnos notará que faltan muchos de los amigos que aquí dejó. El curita español entre ellos... ¡Pobrecito!... Yo le vi morir y recogí de sus labios las últimas frases latinas... La guerra es un juego terrible, un juego siniestro... Pero un juego sublime al mismo tiempo... Sánchez Carrero sigue en pie, y, o mucho me equivoco, o pronto le veremos con un nuevo galón. Los demás sudamericanos a quienes usted conoció, salvo el bombardero mejicano, han escapado también con vida... Aquí están a mi lado cantando después de haber leído la elegía alemana. Porque aquí cantamos siempre y no nos enfadamos ni cuando los enemigos nos tratan de aventureros. ¿Aventureros nosotros?... ¡Viva Francia! Y usted reciba un abrazo de sus amigos y muchos de su amigo

TENIENTE C. DE C.»

¿Qué contestar a esos bravos que así cantan entre las cruces, que así ríen bajo la tormenta? Yo lo único que quiero es aconsejarles que en vez de protestar contra un adversario que los trata de aventureros recojan esa magnífica palabra y la hagan flotar bajo el sol de la gloria cual una señera excelsa. ¿Aventureros?... Sí. Son los aventureros del ideal, son los cruzados del Derecho, son los argonautas del mundo futuro... ¿Aventurero un García Calderón?... ¿Aventurero un Nazar Aga?... ¿Aventurero un Sánchez Carrero?... ¿Aventurero Ricioto Canudo?... En ese caso no hay elogio mayor que se le pueda hacer a un soldado... ¡Y lo más triste para la fuerte Alemania es que jamás tendrá en las filas de sus regimientos de hierro, aventureros como ésos!...

FIN DE «LA GESTA»

ÍNDICE

Páginas

OBRAS COMPLETAS

DE E. GÓMEZ CARRILLO

		Pesetas.
I.	—El libro de las mujeres.........	4,50
II.	—Jerusalén......................	4,50
III.	—Vida errante..................	4,50
IV.	—Vistas de Europa..............	4,50
V.	—Tres novelas inmorales.........	4,50
VI.	—El primer libro de las crónicas.	4,50
VII.	—El Japón heroico y galante.....	4,50
VIII.	—Flores de penitencia....	4,50
IX.	—Literaturas exóticas...........	4,50
X.	—El despertar del alma. (Treinta años de mi vida.) Libro I.....	4,50
XI.	—Primeros estudios cosmopolitas.	4,50
XII.	—Pierrot y la moda..............	4,50
XIII.	—La sonrisa de la esfinge........	4,50
XIV.	—Hombres y superhombres (Segundo libro de las crónicas)..	4,50
XV.	—La Grecia eterna...............	4,50
XVI.	—En plena bohemia. (Treinta años de mi vida.) Libro II.........	4,50
XVII.	—Campos de batalla.............	4,50
XVIII.	—Tercer libro de las crónicas....	4,50
XIX.	—El encanto de Buenos Aires....	4,50
XX.	—El cuarto libro de las crónicas..	4,50
XXI.	—Safo, Friné y otras seductoras..	4,50
XXII.	—En las trincheras..............	4,50
XXIII.	—La gesta de la Legión..........	4,50

OBRAS COMPLETAS

DE EL CABALLERO AUDAZ

(José M.ª Carretero.)

	Pesetas.
La virgen desnuda (novela).............	5,00
Desamor (6.ª edición)...................	5,00
De pecado en pecado....................	5,00
El pozo de las pasiones..................	5,00
El libro de los toreros...................	5,00
San Sebastián..........................	5,00
La bien pagada (4.ª edición).............	5,00
En carne viva (2.ª edición)..............	5,00
Emocionario (almas)....................	5,00
La sin ventura (novela)..................	5,00
El divino pecado........................	5,00
Lo que sé por mí (diez volúmenes de interviews)............................	5,00
Vírgenes y cortesanas...................	5,00

OBRAS COMPLETAS

DE EMILIO CARRERE

		Pesetas.
I.	—El caballero de la muerte.........	4,00
II.	—La cofradía de la pirueta.........	4,00
III.	—Los ojos de los fantasmas........	4,00
IV.	—El dolor de la Literatura.........	4,00
V.	—Dietario sentimental..............	4,00
VI.	—El divino amor humano...........	4,00
VII.	—Elvira la espiritual...............	4,00
VIII.	—La torre de los siete jorobados...	4,00
IX.	—Nocturnos de otoño..............	4,00
X.	—Las ventanas del misterio........	4,00
XI.	—El reloj del amor y de la muerte...	4,00
XII.	—Retablillo grotesto y sentimental..	4,00
XIII.	—La canción de la farándula.......	4,00
XIV.	—Románticas y otros poemas......	4,00
XV.	—El espectro de la rosa............	4,00

Esta colección contendrá varios tomos inéditos.

